M.C.D. 2018

R.10833

M.B.V.
60

VICENTE BLASCO IBÁÑEZ

§ Prosa Vte. Blasco
M.B.V.

PARÍS

(IMPRESIONES DE UN EMIGRADO)

VALENCIA
CASA EDITORIAL DE M. SENENT
3—CADIRERS—3
1893

M.C.D. 2018

«¡Oh, vientos, que pasáis barriendo el [cielo
de la inmensa ciudad que el Sena baña!
Si es que a mi patria vais, os acompaña
de un proscrito infeliz el loco anhelo.
Llegad a ella en vuestro torpe vuelo,
Y decid, por Dios, a mi querida España
que un llanto de dolor mi vista empaña
al verme lejos de su amado suelo.
Decidle que fiel guarde mi tesoro:
a la madre cuya voz sonando escuelo
y a la amante mujer a quien adoro:
y decidle también que si ahora lucho
con la nostalgia, y desterrado lloro,
fué por el delito de amarla mucho.»

Queda prohibida la reproducción de esta obra, sin el permiso correspondiente.

Imp. Unión Tipográfica, Embajador Vich, 19.

M.C.D. 2018

AL LECTOR

Este libro tiene su historia.

Obligado el autor á abandonar la patria huyendo de persecuciones ocasionadas por ciertos actos políticos, refugióse en París, ese centro de la civilización que, como los antiguos templos que gozaban del derecho de asilo, tiene abiertas las puertas á los emigrados de todos los países.

Más de un año permaneció en la capital francesa, hasta que una ley de amnistía le permitió volver á la patria. Durante este tiempo, el emigrado vivió de su pluma, y uno de los productos de ésta, fué las cartas que semanalmente publicó el popular periódico *El Correo de Valencia*.

Alcanzaron estos artículos en que se intentaba describir la vida parisien, sorprendiendo los gestos más salientes, los movimientos más típicos de la gran ciudad, un éxito tan completo, que el autor no ha pensado jamás atribuir-

M.C.D. 2018

lo al escaso mérito de tales correspondencias, creyendo antes, que aquél era debido á la simpatía que el público dispensaba al que las había escrito.

Atendiendo á las indicaciones de varios amigos, que sentían ver entregadas tales producciones al olvido en que caen los trabajos periodísticos, el autor ha coleccionado sus cartas que hoy salen á luz con el título de *París*, (*Impresiones de un emigrado*) deseando que bajo la forma de libro, merezcan una acogida tan benévola, como al publicarse por primera vez en las columnas de un diario.

M.C.D. 2018

I.

El verano en París.—Los que se van y los que se quedan.—Elementos nuevos.—Ingleses y negros.—Los agradecidos á la esclavitud.—Los destinos en la humanidad.

La gran ciudad atraviesa en estos momentos, la crísis anual propia de las poblaciones de importancia, donde hay mucha gente de regular fortuna, que, gracias á ella, puede combatir los rigores de la Naturaleza.

El asfalto del boulevard y las avenidas del bosque de Bolonia no sienten ahora la pesada caricia del aristocrático carruaje; los principales teatros están obscuros y desiertos; la Opera sólo abre sus puertas contados días de la semana; los salones están cerrados; los clubs y asociaciones, únicamente reciben las visitas de esos seres asiduos y monótonos que se adhieren por toda la vida á una sociedad como las conchas al pedrusco submarino; el salón de conferencias de la Sorbona descansa mudo, preparándose á que en el próximo invierno repercutan sus ámbitos las voces

M.C.D. 2018

de los sabios más ilustres de Francia; las casas editoriales tienen ociosas sus prensas, y en los escaparates de las librerías bostezan de fastidio los libros nacidos en el invierno, esperando impacientes la llegada de nuevos hermanos; el barrio latino no conserva más estudiantes, que el griego, el egipcio, el japonés ó el americano, á quienes muchas leguas de mar y tierra impiden el pasar las vacaciones en el seno de sus familias; y la vida activa, ruidosa y superficial de París, esa vida que traspasa las fronteras para hallar eco en todo el mundo civilizado, que dicta la última moda á la ciencia, á la literatura y á la elegancia, que atrae la atención de Europa y América y preocupa á una cuarta parte de la humanidad, esa vida, ha huido por dos meses de la gran metrópoli, empujada por los rigores estivales, y está en las frescas costas de Bretaña y Normandía ó en las alegres estaciones del Pirineo francés, para volver como dócil golondrina á la gigantesca ciudad apenas soplen los primeros vientos del invierno.

Hoy, esos tipos que constituyen el todo París de los revisteros; la duquesa que da suntuosas reuniones; el diplomático que se presenta siempre cubierto de bordados y condecoraciones de los pies á la cabeza; el banquero de rústico aspecto, pero cuya fortuna es fabulosa; el artista melenudo y excéntrico cuyo nombre es conocido en el mundo entero; la mundana de altos vuelos que devora una fortuna cada mes y asusta en las

M.C.D. 2018

carreras con sus apuestas: todos esos seres cuyos apellidos figuran por diversos conceptos, á cada momento, en las columnas de la prensa parisien. no hay que buscarlos aquí; huyeron á donde la moda y la costumbre les obligaron á ir, y hoy con trajes pintorescos y originales, como personajes de alegre cromo, se pasean con su sombrilla roja por las animadas playas ó clavan su ferrado bastón en el pico de alto monte, contemplando en lo hondo de los valles, como semejantes á infantiles construcciones de cartón, se levantan sobre los verdes prados los establecimientos de aguas minerales, donde ellos por las mañanas toman innumerables vasos é inhalaciones, para curarse la tísis ó combatir un tenaz humor herpótico.

Y sin embargo, á pesar de esta deserción general del elemento que anima á París, éste sigue presentando casi el mismo aspecto de siempre.

Los barrios aristocráticos, las hermosas avenidas donde por la ley fatal del dinero sólo pueden vivir condes, duques ó reyes destronados, se encuentran hoy desanimadas y tan silenciosas como las calles de una villa, por las que de muy tarde en tarde pasa un carruaje; pero en cambio los grandes boulevares, ó sea el corazón de París y los barrios extremos, siguen presentando el mismo aspecto de siempre.

Quedan aquí los perdurables é innumerables elementos de vida de París; los tipos *boulevardiers* que parece pisan fuego según la prisa que se

M.C.D. 2018

dan á volver atrás siempre que se encuentran fuera de las calles en que pasan la vida día y noche; los hombres de negocios que en todas partes se encuentran, tan pronto corriendo como locos por las aceras, como derechos sobre el imperial de un ómnibus, eternamente con su aire preocupado, el sombrero de copa sobre el cogote y apretando contra su pecho la indispensable cartera de chagrín negro de medio metro de larga, que viene á ser ya como un nuevo miembro de su cuerpo; la alegre hija de la ciudad que cree no hay mundo civilizado fuera de las murallas, que considera todo lo que hay más allá como pais de bárbaros, que mira con curiosidad y lástima á los extranjeros, y ágil como una mona salta á los tranvías y se encarama á lo más alto sin importarle un ardite lo que se vea; los emigrados de todos los países, siempre tristes y mirando á los que les rodean con aire huraño y receloso como dispuestos á sacar la garra; los bolsistas gesticulando como energúmenos en el atrio del templo del dinero y corriendo á casa de los banqueros para hacer comentarios entre el grupo que se agolpa junto á la tablilla de cotizaciones; y el pueblo parisién, esos obreros de blanca blusa larga y pipa humeante, eternos coristas mal retribuídos de todas las tragedias revolucionarias que conmueven al mundo, que se acuerdan todavía de la *Commune*, que no han olvidado las algaradas de Boulanger y que en la época de tranquilidad que actualmente atraviesa Francia,

M.C.D. 2018

sienten la nostalgia de la lucha y sueñan con la revancha, ya que la política nacional no les da ocasión como otras veces para erizar de barricadas las angostas callejuelas del barrio de Belleville.

Queda además en París, en la presente estación, ese tráfico que la convierte en una de las primeras ciudades mercantiles del mundo y que se manifiesta en el Sena continuamente surcado por vaporcillos y barcazas, rebosantes de los más heterogéneos productos y en las numerosas estaciones de ferrocarril, que son otras tantas bocas por donde la gran metrópoli expele sus mercancías ó devora las de todos los países.

Pero si París hoy se encuentra abandonado del elemento que le presta la vida más ruidosa, en cambio recibe las visitas de gentes de varias naciones (especialmente ingleses) que para descansar de las tareas del invierno, vienen á la moderna Babilonia á gastar gran parte de sus ganancias anuales.

El hijo de la Gran Bretaña, con su abrigo al brazo, su lente perpetuamente adherido al ojo y su sombrero liliputiense, es un tipo que se encuentra ahora aquí en todas partes, lo mismo en los museos del Louvre y de Cluny, que sentado á las mesillas que los cafés de los boulevares colocan en las aceras.

Ellos y los negros constituyen la provisión de verano, la áncora de salvación, el protectorado seguro de las *cocottes* de regulares vuelos, que

M.C.D. 2018

no han podido encontrar un amigo sensible que las sacara de París para llevarlas á veranear á Dieppe ó Tionville.

A los españoles, como en nuestras ciudades no estamos acostumbrados á ver otros negros que algún que otro sirviente que traen las familías procedentes de las Antillas, no pueden menos de causarnos impresión y excitar nuestra curiosidad, estos individuos de raza africana que se presentan vestidos con la corrección elegante de un *getleman*, que afectan las maneras y posiciones más *faschionables*, que no saben mirar sin echar mano al lente que les salta sobre el chaleco y que lucen siempre monumentales cuellos de deslumbrante blancura, los cuales junto á su cara retinta, semejan la luna entre los negruzcos nubarrones de noche tempestuosa.

Tan obscuros elegantes son los reyes del París alegre en la presente estación. El portamonedas rebosante de luises ó la cartera atestada de billetes del Banco de Francia, dan á aquellos rostros en que parece haber basado Darwin su célebre teoría, el encanto de un Alcibiades; las mujeres más bellas de la ciudad viciosa, les dirigen sus sonrisas, y á cada momento se ve á alguno de ellos sentado en el fondo de elegante carretela al lado de una hermosura de porte insolente y cabellera rubia más ó menos química.

Cuando se contempla á esos seres, que tan felices son en apariencia, que compiten con los

M.C.D. 2018

hijos de París en elegancia y aun también en instrucción, y que parece que tienen empeño en postergar á los de la raza blanca en todo aqueilo que halaga sus pasiones, no se puede menos de volver la vista al pasado y reconocer la verdad de aquel refrán español que dice: «Dios saca el bien del mal» ó aquello otro de que «una misma causa produce diversos efectos.»

Estos *dandys* negros, en los momentos en que muestran su prodigalidad y riqueza, hacen recordar á sus antecesores, arrancados de las costas de Africa para ser encerrados en la cala de inmundo buque negrero, é ir á morir de fatiga, trabajando en los abrasados terrenos americanos.

Esos, ante quienes hoy se quitan con respeto el sombrero los cocheros y *garzones* de París, son los descendientes de los que en América se consideraron como bestias de carga y de los que antes fueron seres feroces en las praderas de Africa, y tal vez se hartaron de carne humana en las fiestas á sus divinidades ó en los sacrificios de prisioneros después de la victoria.

Tales efectos producen en nuestra sociedad la educación, y más que todo el... dinero.

Ellos, á pesar de ser más interesados en el asunto que los europeos, no podrán declamar con tanta justicia como nosotros, contra una institución tan odiosa cual es la esclavitud, y contra un tráfico tan infame como el negrero.

Podrán protestar contra tales crímenes los esqueletos de sus antecesores esparcidos por los

M.C.D. 2018

campos americanos; los miles de seres que perecieron bajo el látigo del capataz ó en los tormentos de la inquisición criolla; pero ellos, los que son millonarios y ostentan con justo orgullo títulos de abogados, ingenieros y médicos, no podrán hacer otro tanto, porque sin la diabólica influencia del corsario que robó á sus abuelos del continente negro para llevarlos á las praderas de los Estados Unidos, estarían en la actualidad paseándose por las verdes selvas africanas, y en vez de llevar del brazo una mujer hermosa y elegante, ó de asistir á las representaciones de la Opera y figurar entre el público de las conferencías científicas, se deleitarían con el amor brutal de una horrible compatriota, saltarían con salvaje alegría al compás del silbido de una flauta de caña ó tomarían parte en esa corta de miles de cabezas humanas que anualmente se hace en Dahomey.

Todo en el mundo es relativo, y las instituciones más crueles y odiosas son muchas veces agradecidas por los mismos que sufren sus fatales consecuencias.

La humanidad es un panorama rotatorio que á cada momento presenta las más distintas fases.

Ayer, esa raza negra y desgraciada, era un pueblo de parias casi excluido de los seres racionales, y á quien no se concedia importancia alguna; hoy tiene numerosos individuos que, gracias á la fortuna que han sabido conquistarse ó á la inteligencia que se ha desarrollado en ellos, están á la misma altura que sus antiguos explota-

M.C.D. 2018

dores; ¡quién sabe si mañana esa raza emancipada se pondrá á la cabeza de todos nosotros!

Inferiores fueron los europeos á los pueblos asiáticos, y hoy los miramos casi como á naciones bárbaras.

Por de pronto esa raza esclava, al lograr al libertad, ha andado ya mucho por el camino del progreso. Lógico es creer que ya que no por la inteligencia, algún día, por el dinero, sean más poderosos y atendidos los negros que los blancos.

La rubia parisién, que hoy llora lánguidamente y hace uso de todas sus naturales facultades de actriz, para lograr que el elegante negrito de quien se burla cuando está ausente, pero ante el cual se muestra fiel y sumisa como una esclava, le pague una cuenta de tres ó cuatro mil francos, es tal vez descendiente en línea recta del capataz de La Martinica ó La Florida, que descarnaba con su látigo las espaldas de los abuelos de su protector.

Ved ahí cómo cambian los destinos en la humanidad.

10 de agosto de 1890.

M.C.D. 2018

II.

MOULIN ROUGE Y BULLIER.—EL CANCÁN Y EL PUEBLO FRANCÉS.—UNA FRASE DE CARLOS MARX.—LAS DOS CARAS DE LOS FRANCESES.—HASTA DÓNDE LLEGA SU ENTUSIASMO.—LO QUE PUEDE ESPERARSE DE LOS FRANCESES.

En la presente temporada están cerrados casi todos los principales teatros de París, y sólo quedan con las puertas abiertas, aquellos que han encontrado el filón en una de esas obras de espectáculo que figuran en el cartel por espacio de dos años seguidos, y que obligan á desfilar por frente á su escenario toda la inmensa población de París con su gigantesca cola de viajeros que entran de paso en la gran ciudad.

El teatro del Chatelet tiene anunciado en sus carteles desde tiempo inmemorial (que para la vida agitada y rápida de París equivale á poco más de un año) el *vaudeville* de espectáculo *Orient Exprés*; el de Cluny viene ya muchos días poniendo en escena con una monotonía abrumadora *Les noces d'un reserviste*; la Opera fija sus localidades á un precio demasiado alzado para que pueda acudir á ella todas las noches la gente de

M.C.D. 2018

mediana fortuna, y los cafés cantantes acaban por aburrir con sus eternos *couplets* siempre iguales en música y en letra. ¿Dónde va, pues, por las noches, esa juventud alegre que anima las calles de París, que llama desde el primer momento la atención del extranjero y es como el nervio de la gran ciudad?

Dos sitios atraen hoy la presencia de dicho elemento, que se encuentra ¡violento y cohibido en los asientos de un teatro, y que necesita ancho espacio para dar expansión á sus aficiones ruidosas y locas. El *Moulin Rouge* en las cercanías de los boulevares, y *Bullier* en el barrio Latino, son las islas de placer y descanso para la juventud que durante el día cruza el siempre alterado mar de París.

En el primero de dichos puntos, reúnese el elemento elegante que pulula por los cafés del boulevard; los bolsistas, los americanos y los hombres bien portados sin profesión conocida, juntos con las *cocottes* que tienen diamantes y trajes de seda, pero que no han encontrado todavia un protector con el arrojo suficiente para comprarles carruaje y hotel, suntuosidades que marcan la última etapa del engrandecimiento de la mujer de mundo. Al segundo, acude la generación que en lo futuro ha de ilustrar la Francia y aun las otras naciones del mundo: los que serán ingenieros célebres, médicos afamados, abogados elocuentes, magistrados severos de cara fosca y diputados y ministros de reputación universal;

M.C.D. 2018

jóvenes que mientras llega su época de grandeza y esplendor, pasan filosóficamente la vida saltando como locos en el salón de baile, á pesar de sus melenas y barbas inconmensurables, y dando el brazo ó bailando con esas muchachas de existencia rara, extravagante y problemática, que á falta de mejores galas se improvisan trajes estrambóticos, que fuman á las puertas de los cafés del boulevar Saint-Michel, y que aparecen en los balcones de sus cuartos, con una tortuga ó un lagarto al brazo, que besan con la cariñosa efusión de una madre.

El espectáculo de dichos sitios, es la danza nacional que la mayor parte bailan con verdadero frenesí.

El eminente sociólogo alemán Cárlos Marx decía en una de sus cartas, que sólo había comprendido que los franceses constituyen un gran pueblo después de haberles visto bailar el *cancán*.

Efectivamente, la *cuadrille* es un baile enérgico, desprovisto de ese afeminamiento que parece comunicarse al hombre cuando da vueltecitas en el vals ó saltos en la mazurka.

Tiene el baile francés algo de nuestros bailes nacionales: en él, el cuerpo se mueve con energía, los brazos se agitan como buscando algo delante que aplastar, y todo denota la danza de seres valientes y enteros incapaces de afeminamiento; pero junto á esta parte, existe otra en el baile, grotesca y vil, cuyos movimientos son se-

M.C.D. 2018

mejantes á los del mono, y que tiende á rebajar al hombre quitándole la nobleza de líneas que le es propia, para hacerle semejante á cualquier animalucho que encerrado en su jaula hace reir á cuantos le miran.

Por esto último más que por lo anterior, reconozco yo la verdad en parte de las palabras del eminente sociólogo alemán, aunque en mi sentir debían modificarse para que dijeran: «Sólo después de haber visto bailar el *cancán* á los franceses, puede juzgarse la verdadera esencia de tal pueblo.»

Francia es el pueblo de la antítesis, de la conducta contradictoria y de las transacciones bruscas.

Si yo tuviera que simbolizar alguna vez al pueblo francés, lo pintaría como Jano, con dos caras: una en que estuviera retratada esa serenidad sublime, esa sonrisa celestial y grandiosa de los héroes y los genios que miran al porvenir, y otra contraida por el gesto canallesco y la risa estúpida del irracional.

Yo creo que los dos grandes hombres que Francia debe considerar más como suyos, son Víctor Hugo y Rabeláis, pues cada uno de ellos ha sintetizado una de las dos fases del pueblo francés.

El uno, es el genio sublime que mirando al cielo canta las cosas más grandes, las eternas aspiraciones de la humanidad; y el otro es la carcajada que huele á vino, ó la voz ronca, que

M.C.D. 2018

entona la canción licenciosa, que hace la apología de los apetitos brutales ó relata los cuentos más insulsos é indecentes.

A un pueblo así no le pidáis consecuencia no le pidáis la menor ilación en sus actos. Lo miráis por un lado, y es el pueblo sublime capaz de acometer las acciones más heróicas y de sacrificarse por la regeneración de la humanidad; lo miráis por otro, y es una aglomeración de seres ridículos y estrambóticos, que sólo sirven para divertir al extranjero que les da su bolsa á cambio de que le hagan reir.

Esta dualidad de carácter tarda algunas veces á conocerse. Es necesario aprovechar un momento de expansión del pueblo, en que se pongan á prueba sus sentimientos y en que él les dé á ambos rienda suelta.

Se puede vivir muchos años en París y no llegar á conocer tal división de carácter, y en cambio en un solo día se puede adquirir la triste seguridad de cuanto digo sobre el espíritu del pueblo francés.

Yo recuerdo todavía, por qué serie de hechos se me reveló en toda su desnudez esta antítesis que ya había notado vagamente en la historia de este pueblo, pero de la que no podía darme exacta cuenta.

Celebrábase una noche en el Campo de Marte una gran fiesta popular á beneficio de los perjudicados por los incendios de La Martinica. Todo era luz, alegría, animación y músicas.

M.C.D. 2018

En el fondo de la gigantesca cúpula central del Palacio de la Industria, se había levantado un hermoso tablado, por el cual debían desfilar todos los principales artistas de París.

Los suntuosos arabescos dorados y los hermosos grupos simbólicos, de la electricidad, el vapor y todos los demás adelantos del siglo que figuraban en la cúpula, brillaban acaricíados por los esplendores de las innumerables lámparas eléctricas, y á través de la gígantesca vidriera del frente, pasaban los rayos de luz blanca, roja ó violada, que surcando el negro y tempestuoso cielo, nos enviaban desde lo alto de la torre Eiffel. Aquello era un espectáculo grandioso, empapado de la poesía enérgica del progreso y mil veces superior á todas las narraciones fantásticas que ha producido la imaginación del poeta.

Más de diez mil personas que ocupábamos la *Dóme Central*, nos codeábamos, estrujábamos y sudando por todos los poros, hacíamos esfuerzos para adelantar un paso y poder gozar mejor de los espectáculos que sobre el tablado iban á presentarse.

Por fin comenzaron éstos. Desfilaron sobre la escena bandas de música, charangas de trompas de caza, danzarines persas que bailaban entre puñales, artistas de la ópera y de la comedia francesa, y por fin aparecieron un sinnúmero de señoritas que por su aspecto demostraban pertenecer á familias honradas y modestas; un grupo de jóvenes robustos y enérgicos, elegantemente

M.C.D. 2018

vestidos, y un sinnúmero de niños y niñas con sus trajes de fiesta y sonriendo asombrados de verse ante tan inmensa concurrencia. Todos ellos constituían un gran orfeón y su director era un anciano venerable y simpático, á quien sus barbas y sus guedejas blancas como el armiño, le daban el aspecto de una de las imágenes del Padre Eterno.

La batuta sonó sobre el atril, y todos aquellos centenares de bocas se pusieron en movimiento para entonar bajo aquella bóveda, elevada á la gloria del trabajo y de la paz, el himno nacido entre los fragores de una guerra nacional y que después han adoptado todos los pueblos como canto de redención. *La Marsellesa* produjo en la vasta sala un efecto indescriptible. Aquellas estrofas lentas y majestuosas que salían enérgicas y viriles de la boca de los hombres, graciosas y enternecedoras de las de las jóvenes y los niños, se extendieron por el espacio en medio del silencio respetuoso de aquel público que se quitaba los sombreros y que en sus miradas reflejaba el estado de su alma. Cuando el canto sublime llegó á su última parte, cuando resonaron las enloquecedoras palabras de *¡aux armes citoyens!* sucedió una cosa indescriptible: el público se levantó en masa de sus asientos ó se empinó sobre las puntas de sus pies como queriendo llegar al tablado y confundirse con los que cantaban; todos los semblantes estaban rojos; todas las lenguas se unieron al coro, y público y cantantes

M.C.D. 2018

terminaron unidos el himno, que tuvo que repetirse después de una ovación inmensa.

Jamás he experimentado emoción, ni creo experimentarla nunca, comparable á la que sentí en aquellos instantes.

Un escalofrío de entusiasmo subía á lo largo de mi espalda, y tenía que taparme la cara con el sombrero para que no me vieran llorar. Hubo instantes en que grité como un loco, y dí vivas á Francia y á la República; los franceses que me rodeaban y que mostraban una agitación tan grande como la mía, miraban cariñosamente al extranjero, agradeciéndole mudamente el entusiasmo que sentía por su pueblo.

Aquel canto, despertaba en mi memoria un sinnúmero de hechos, que desde las entrañas de los libros habían atraído mi atención. Las voces de mujer, puras y armoniosas entonando el himno de guerra de la humanidad oprimida, me recordaban las madres que frente á la Convención cantaban: *¡qué importa que mi hijo muera, si muere por la patria!*; en mi memoria surgía la imagen de aquella Francia del pasado siglo, gigantesca y sublime, armado paladín que en la defensa de los derechos del hombre luchaba por espacio de muchos años contra toda la Europa coaligada y que cayó vencida por fin bajo la alianza llamada *Santa*; y la comparaba con la Francia del presente, grande también y preponderante en el mundo por su civilización y su progreso.

Yo me enternecía al oír aquel himno que fué

M.C.D. 2018

el de la nación maldecida por toda la Europa tiranizada; el del pueblo sobre el cual todos los reyes y emperadores lanzaron sus ejércitos para apagar la hoguera que debía convertir en cenizas su poder absoluto, y que hoy es el del pueblo que atrae la atención de todo el mundo civilizado y que periódicamente asombra á todos los países con las apoteosis que del trabajo humano hace en sus monstruosas exposiciones; y al pensar en este triunfo inmenso, pensaba también en mi patria, en todos los estados que aun se encuentran al principio del camino que hare corrido Francia, y en todos los hombres que han sufrido y sufren por desear fervientemente iguales engrandecimientos para su país.

No puede el lenguaje artificioso del escritor, expresar nunca lo que el corazón siente en los momentos de emoción verdadera.

Aquel canto, entonado ante tal concurso y en un lugar como el que estábamos, hacía pasar ante mi imaginación en confuso tropel las más diversas imágenes. En un instante, ví desfilar la historia de un siglo del pueblo frances relacionada con el himno que halagaba mis oídos: desde Hoche cargando á sus sones sable en mano, contra los enemigos de la República allá en las márgenes del Rhin, hasta el pueblo del 71 interrumpiendo sus estrofas para dar vivas á Gambetta y mueras al ex-emperador.

Yo sentía satisfacción, como individuo de la raza latina, al contemplar tal espectáculo.

M.C.D. 2018

Aquellos jóvenes elegantes y los muchachuelos de aspecto rústico, vestidos de soldados de línea, tenían unos rostros que respiraban energía y cerraban con fuerza los puños cuando entonaban el estribillo del himno. Delataban una juventud seria, enérgica y valiente, capaz de los mayores sacrificios por la patria.

—Indudablemente—me dije yo—esto es un gran pueblo; y Alemania está muy equivocada si cree que la Francia de hoy es aquella Francia corrompida y cancanesca que humilló en Sedán.

El himno se repitió cuatro ó cinco veces, y por fin cesó. Retiráronse los cantantes de la escena, y en el público, los hombres bajaron de las sillas, las jóvenes se limpiaron los ojos humedecidos por el sentimiento, los soldados se pusieron el kepis, muchos padres dieron un beso al hijo que tenían al brazo y que tarareaba el himno con su graciosa vozecilla, y la sala recobró en parte su aspecto anterior, aunque siguieron los aplausos, y desde las galerías altas los vivas á Francia y á la República.

En esto, el director de escena salió para anunciar un nombre de artista que no llegué á oír, y saltó inmediatamente sobre el tablado un ser cuya aparición fué saludada con un berrido general de entusiasmo.

¿Sabéis quién era? Pues un zagalote de esos que causan asco y rabia, porque con sus maneras afeminadas rebajan la dignidad viril del hombre, y el cual parece que goza de gran popularidad

M.C.D. 2018

en París por sus tristes habilidades en fingir la voz y los movimientos graciosos propios del sexo bello.

Llevaba un deslumbrante vestido de baile de raso rojo, terminado con un colosal sombrero de forma fantástica, y con una voz atiplada que causaba náuseas, comenzó á entonar una canción escandalosa.

Yo miraba al público, esperando la primera silla que le rompiera un hueso á aquel indecente bellaco, que en España, pueblo serio y digno, aun hubiese alcanzado peor suerte; y mi sorpresa fué grande, inmensa, desconsoladora, al ver que tantos miles de personas, sin distiución de sexos ni edades, tenían impresa en el rostro una grosera sonrisa de satisfacción, y que reían y aplaudían como locos á cada palabra de color subido que salía de aquella boca pintada de rojo.

La desvergonzada canción lograba un éxito brutal. El público se movía febrilmente como agitado por las ansias del placer, aplaudía con furia, y algunos, no sabiendo como manifestar su satisfacción, daban gritos remedando al gallo y al cerdo, ó abrían sus paraguas entre las carcajadas de los más cercanos.

Aquello era incomprensible para mí. Aquel público no era el mismo de momentos antes; indudablemente había entrado nueva gente en la sala sin que yo la viera. Miré atentamente á los que más se distinguían en aplaudir al desdichado que estaba en escena, cada vez que me-

M.C.D. 2018

neaba su polissón ó se ponía el dedo sobre la mejilla. y... ¡gran Dios! eran los mismos que momentos antes aplaudían con gran furor la sublime *Marsellesa*.

Caí del cielo á la tierra. Yo que no era francés estaba todavía conmovido, y lo estaría por mucho tiempo con el recuerdo de la canción inmortal, y ellos que no saben hablar cuatro palabras sin nombrar enfáticamente á la patria, y que sueñan á todas horas con la revancha, en dos minutos se habían olvidado del himno de sus glorias, y no tenían oidos y manos más que para un espectáculo, que no ya como patriotas recientemente entusiasmados, sino como hombres serios y dignos debían haber reprochado enérgicamente.

Salí del salón disgustado y sintiendo asco. Aquellos estribillos de la voz atiplada sonaban dentro de mi cráneo como martillazos que desmenuzaban todas las hermosas imágenes que momentos antes me había forjado.

Aquello fué una revelación del verdadero carácter del pueblo francés, fugaz y contradictorio.

Pedidle á este pueblo que haga cosas grandes, y las hará; pero no por esto hay que tener la seguridad de que se sostendrá á tal altura por mucho tiempo, pues tal vez á los pocos momentos descienda de la sublimidad para encallarse en la cosa más fútil.

Cualquiera circunstancia basta para que cam-

M.C.D. 2018

bie inmediatamente de posición, y después de asombrar á Europa con su rostro de gigante, haga reir al mundo enseñando su mueca de mono.

Cuando se conoce el verdadero espíritu de este pueblo, no asombra ya lo grande y lo mezquino que aparecen confusamente mezclados en su historia.

En él, todo depende de la clase de impresión que le agita en tales instantes.

Lo mismo aclama á Gambetta que á Boulanger, y tan fácil le es vencer á media Europa en Austerlitz y Jena como caer deshonrado en el cieno de Sedán y Metz.

Todo consiste en que en tan supremos instantes se acuerde de *La Marsellesa* que hace pensar en la patria y en la gloria, ó del *cancán* que hace amar la vida por lo que en sí tiene de brutal.

18 de agosto de 1890.

M.C.D. 2018

III.

LA APARICIÓN DEL INVIERNO.—LA «TOILETTE» DE PARÍS.—LOS SUICIDIOS POR MISERIA.—LOS SUICIDIOS POR AMOR—EL ROMANTICISMO EN LAS COCINAS.

El invierno comienza ya á enviar desde el nublado cielo sus frias tarjetas de visita, á los vecinos de la gran ciudad, anunciándoles su próxima aparición.

En el mes en que todavía el calor agobiará con sus rigores á los españoles de las provincias meridionales, y en que éstos buscarán el benéfico fresco de la playa ó del monte para combatir los rigores de la estación, por estas calles empiezan á ser paseados los gabanes de invierno ó los gruesos impermeables, que muchas veces no sirven para defensa de los copiosos aguaceros que dos ó tres veces por día descargan las nubes.

París presenta un aspecto poco atractivo en la presente estación, pues los rigores de ésta, han venido á coincidir con las grandes reformas que en la ciudad están haciéndose, lo que motiva el que las calles presenten un aspecto sucio é intransitable.

Desde que el célebre barón Haussman, hace

M.C.D. 2018

treinta años, en la mejor época del segundo imperio, emprendió la célebre reforma urbana de París, que la gran ciudad, todos los veranos, por orden del municipio, queda como vulgarmente suele decirse *patas arriba*, para que en ella puedan realizarse todas las mejoras que van ideando los emprendedores ediles que se reunen en el *Hótel de Ville*, los cuales se parecen á los concejales españoles como un águila á una tortuga.

Todos los veranos, cuando el vecindario rico se encuentra en las playas ó en los Pirineos y en los Alpes, París, que espera tal momento para asearse sin incomodar á los potentados que la habitan, se lava la cara durante dos meses, y hace su *toilette* de invierno, gozándose en la sorpresa que experimentarán sus hijos cuando al volver de la excursión anual la encuentren rejuvenecida.

En París siempre hay motivo para emprender obras, tomando por base los adelantos que se hacen en el arte de embellecer y dar mayor comodidad á las ciudades.

Las casas que cuentan más de treinta años, cubren en verano su frontera lisa con grandes andamiajes para que el artista coloque en ellas todos los primores de que no carecen las fachadas de las casas más modestas de moderna construcción; y sobre todo, las calles se despojan de su traje antiguo para cubrirse con otro nuevo más duradero, sólido y elegante, y poseidas de la sed de progreso que les comunican los seres que de continuo las huellan, les parece ya cosa rancia y

M.C.D. 2018

anticuada el gas y se juzgan deshonradas, como vías de una de las primeras capitales del mundo, si no llega el obrero electricista y las orla con los potentes focos que en las noches serenas hacen palidecer de ira á la envidiosa luna.

Tras los adoquines vino el resbaladizo asfalto; pero éste, por su poca duración que obliga á contínuas reparaciones, resulta deficiente para París, y en la actualidad la mayor parte de las calles son pavimentadas con madera.

Las lluvias han venido á sorprender la ciudad cuando las obras están todavía muy lejos de terminarse, y de aquí que por todas partes sea sucio y penoso el tránsito por las calles.

En el desempedrado arroyo la lluvia produce un barro negro y pegajoso que causa la desesperación de los desheredados que sólo tienen unos pantalones; por las aceras se ha de desfilar muchas veces sobre angostas tarimas, y los carruajes y ómnibus, en calles anchísimas y de gran tránsito, se ven obligados á marchar á paso tardo y en fila, entre gigantescas barricadas de *tarugos* embreados que infectan el aire con su pesado olor.

Esta enorme provisión de madera, almacenada en las calles, ha sido en parte un auxilio inesperado para los verdaderos hijos de París, inmensa colectividad de seres que pasan la vida discurriendo el eterno problema de abaratar la existencia, y cuya idea, fija y eterna, es la nivelación de los gastos con los ingresos.

M.C.D. 2018

Los adoquines de madera embreados han parecido á muchos un excelente combustible para la cocina, sobre todo por su baratura, y de aquí que el estudiante ó el pequeño empleado se hayan encargado por las noches de disminuir los montones, llevándose un par de *tarugos* en los bolsillos del gabán para regalárselos á la *femme* que comparte con ellos la habitación y la vida, ayudándoles en tal tarea los *petits garzons*, que aprovechando las distracciones de los *sargents de ville* han contribuído á los gastos de su casa proporcionando leña á sus *bonnes meres*.

Aquí, como en España, está muy arraigada la idea de que robar al gobierno no constituye delito, ni aun siquiera falta; pero no debe haber entrado en las miras del municipio de París el proporcionar á sus administrados combustible al par que cómodos pavimentos, por cuanto ha hecho que sus agentes vigilen con tanta atención como si se tratara de tesoros, lo que pronto hemos de desgastar con las suelas de nuestros zapatos.

La radical transformación que experimenta París, aunque redundará pronto en beneficio de sus vecinos, está siendo objeto de generales quejas por lo incómoda que resulta.

Las calles retruenan durante el día con los golpes de innumerables mazos; apenas despunta el día, el infortunado vecino, ante cuya puerta trabajan los operarios municipales, se ha de levantar despavorido de la cama, no pudiendo sufrir tan pesado estrépito; y por las noches al re-

M.C.D. 2018

tirarse á casa, raro es el que no tropieza contra una cuerda tendida á estilo de valla y deja de dar de bruces sobre un montón de tarugos, ó huyendo del farolillo rojo que le indica dónde están las obras, se mete hasta las rodillas en un lodazal del que no sabe cómo salir.

El *esprit* francés encuentra materia en todo para reirse, y las obras del ayuntamiento las aprovecha hoy la prensa, siendo tema suficiente para graciosísimas revistas é ingeniosas caricaturas que en competencia publican los periódicos satíricos.

En la presente época vuelven á hacer su aparición, esa serie de tristes hechos que todos los años se repiten en París á la llegada del invierno y en el transcurso de éste. Los suicidios en el Sena llenan ahora más de dos columnas en los periódicos.

Se experimenta el frío del terror, cuando se considera que esta gran ciudad que se rie y se divierte cual ninguna, alberga en su seno un grupo de desdichados, disminuido todos los días por tres ó cuatro individuos que se arrojan al Sena.

Ese río majestuoso y alegre, surcado á cada instante por vistosos vaporcillos rebosantes de gentes felices que algunas veces saludan con carcajadas ó grotescos chistes á los que las ven pasar desde las orillas, causa al observador el efecto de una inmensa tumba, en cuyo fondo existe el secreto de numerosas historias, que escritas,

M.C.D. 2018

harían derramar lágrimas suficientes para formar otro río tan caudaloso.

Si su fango negro é infecto recibiera la última confesión de los que en él se hunden luchando con los estertores de la agonía, nadie sabría mejor hasta dónde llegan la miseria y los tormentos de algunos seres en esta gran ciudad, donde otros ríen y gozan por la simple ventaja de tener dinero.

Ese río negruzco y misterioso que corre mansamente hasta el punto de parecer tranquilo lago, guarda en su profundo seno el misterio de la joven desesperada, del muchachuelo hambriento y huérfano que desea morir con la esperanza de volver á encontrar la madre de sus primeros años, y del joven que lejos de su familia y cansado de pasear su estómago vacío y su raído traje por los boulevares donde se manifiesta la opulencia y la elegancia, se despoja friamente de la vida lanzando su última maldición á la sociedad egoísta y al cielo que la consiente.

El amor y la miseria son los dos proveedores de ese inmenso monstruo que marrulleramente se arrastra lamiendo París, adulando á la ciudad cruel que todos los días le regala alguno de sus hijos.

No puede el infeliz desesperado andar por la ciudad, sin tener que pasar una ó dos veces sobre el Sena; y cuando buscando algún descanso se apoya sobre la balaustrada de los puentes, apretando tal vez contra la piedra el desfallecido es-

M.C.D. 2018

tómago para acallar sus dolorosas punzadas, el río presentando ante sus ojos su inmensa sábana negra, le convida al eterno sueño, y la fiebre del hambre agiganta entonces en su cerebro el pensamiento del suicidio.

Hace palidecer de espanto la inmensa cifra que forman los que anualmente buscan la muerte en el Sena, y aun causa mayor impresión, el que los que se suicidan por amor ó por disgustos domésticos, son muy inferiores en número á los que lo hacen por hambre y miseria.

Cuando se conoce esto, se comprende el fanatismo y la excitación de esas masas que corren tras la realización de ciertas reformas sociales impracticables y utópicas, animadas del santo deseo de que cese la terrible desigualdad, que obliga á seres humanos á buscar la muerte, sencillamente porque el egoismo de las clases poderosas, después de tener satisfechas sus necesidades, acapara lo restante y no deja un pequeño sitio á tales infelices en el banquete de la vida.

Las predicaciones de ciertos sociólogos, cuando en España nos describen la miseria y la muerte por hambre de infinitos seres, hacen reir á los que les escuchan, porque afortunadamente en nuestra patria la bondad del clima, la baratura de la vida, y más que todo, el número no excesivo de necesidades en relación con la población, no permiten tales situaciones. Pero aquí la cosa varía de aspecto. Aquí los oradores populares que en los *meetings* claman contra el tremendo desni-

M.C.D. 2018

vel de fortunas, dicen la verdad; y aun no llegan en sus patéticas peroraciones á describir en toda su realidad espantosa la terrible miseria de las grandes poblaciones.

Aquí no se muere de hambre en medio de las calles, pero la Morge (el célebre depósito de cadáveres de París) exhibe todos los días los despojos de algunos desgraciados que no pudiendo sufrir por más tiempo los crueles tormentos que les causa el estómago al retorcerse sin encontrar nada que digerir, buscan en la asfixia por el carbón ó en las aguas del Sena, la muerte que evita para siempre las angustias de la miseria.

Aquí las masas trabajadoras tienen verdadero motivo para mirar con odio á los burgueses enriquecidos ó á las duquesas y príncipes que en cuidar un caballo de las carreras ó un perro de buena estampa, se gastan cantidades que serían suficientes para evitar la mayor parte de los suicidios que ocurren en un año.

Cuando se visitan los mil establecimientos que adornan la gran ciudad y se considera lo que en ellos se gasta, no se puede menos de sentir rabia contra la sociedad estúpida y vana, que cuida con suma atención ornatos aparatosos y ve con indiferencia cómo semejantes suyos van desesperados en busca de la muerte.

Con la magnífica carne que diariamente se comen los leones, las serpientes y demás numerosas alimañas que pueblan los jardines de Plantas y de Aclimatación, París podría evitar los más

M.C.D. 2018

de esos diarios suicidios que la deshonrarán á los ojos de las generaciones venideras, las cuales indudablemente sabrán ocuparse más de la alimentación y cuidado de los hombres que del sustento de las antipáticas fieras.

Como antes he dicho, no todos los suicidios son por miseria. El amor con todas sus dulzuras y tempestades, por más que parezca imposible. tiene también sus súbditos en esta población frívola y descorazonada, en que los hombres que han terminado una carrera se anuncian en los periódicos manifestando que desean casarse con una mujer, sea bonita ó fea, que traiga un dote de tantos miles de francos.

También hay aquí entre tantos corazones secos y tantas almas corrompidas, Romeos y Julietas dignos de otro Shakespeare que cante sus amores.

Alternando con las noticias del suicidio de un pobre obrero, padre de numerosa familia, ó del de un muchacho de catorce años que deseaba salir pronto de un mundo donde jamás había podido hacer una comida completa, se lee muchas veces, que unos marineros han pescado en el Sena el cadáver de un joven decentemente vestido que llevaba sobre el pecho un retrato de mujer, ó que ha aparecido flotando el cuerpo de una muchacha obrera que descontentadiza por carácter, después de haber tenido el honor de divertir por mucho tiempo á un señorito del gran mundo, se ha arrojado al río porque aquel la abandonó para casarse con una de su clase.

M.C.D. 2018

Estas muertes trágicas rodeadas de tales detalles, son argumento suficiente para una novela interesante y enternecedora, y á pesar de esto la gente de París está tan acostumbrada á tales noticias, sin duda por la frecuencia con que se repiten, que las lee en los periódicos con menos curiosidad que los anuncios de los espectáculos.

Los suicidios de los enamorados no logran llamar la atención de estos dos millones de seres pertenecientes á los dos sexos, que se buscan en París con la convicción de que el amor es una tontería que no dura más allá de una hora.

Es preciso que la trágica muerte de un enamorado revista caractóres muy especiales y esté adornada con algún detalle grotesco, para que la gran ciudad se fije en ella y la retenga en su memoria.

El último suicidio de esta clase, que todavía recuerda París, ocurrió hace poco más de un año.

Un joven extravagante, conocido en el barrio Latino por sus rarezas, al mismo tiempo que por su desaplicación como estudiante y su afición á componer versos, se dirigió una tarde al puente de las Artes, colocó su sombrero sobre un banco, puso en su fondo un papel. y después con gran agilidad saltó la barandilla de hierro, y hecho un ovillo se arrojó al Sena para ser extraído sin vida dos días después.

La policía se apoderó del sombrero y de su misterioso contenido, leyó cen ansía el papel, y... se encontró con un soneto, dirigido á una incóg-

M.C.D. 2018

nita, ingrata y cruel y cuyo contenido decía poco más ó menos lo siguiente:

«Me mato por no poder sufrir más tus desdenes. Tú dices que no me puedes tragar, y en esto cifro mi terrible venganza. Me arrojo al Sena porque sé que te gusta mucho la fritura de peces del río, y al comerlos, ¡tiembla, desdichada! no tendrás más remedio que tragarte poco á poco al que tanto aborreces.»

Ignoro si la incógnita desdeñosa seguiría comiendo su plato favorito y si se cumplirían con esto los deseos del desdichado bohemio, pero lo cierto es que aquel suicidio extravagante causó bastante efecto, en esta gran población, ávida siempre de cosas que la hagan gracia.

Aquí, para llamar la atención de la inmensa colectividad que tiene el sentimiento de las impresiones bastante estragado, no basta sacrificar la vida, hay que buscar además algo que sorprenda y haga reir.

A los parisienses no les causa impresión la lívida cara de un cadáver; para lograr interesarles, es preciso que aquella esté contraída por una sonrisa lúgubre y espantosa, de esas que sólo se ven en las fúnebres pesadillas.

Ahora se preocupa algo la prensa parisién del suicidio de una cocinera por desengaños amorosos.

Siempre causa alguna impresión el saber que la muchachota auvernesa, gorda, colorada y rebosando manteca, que vive en un mundo grosero

M.C.D. 2018

de salsas y cacerolas, siente las penas del amor como cualquiera Edelmira ó Matilde de una novela romántica.

El trágico fin de esa infeliz ha sido un tremendo bofetón para esos poetas que al describir el amor femenino en su aspecto trágico, sólo saben personificarlo en señoritas pálidas y delgadas que miran sin cesar al cielo, y no comen más que suspiros, ni beben cosa más sustanciosa que las perfumadas auras de los jardines.

Ya no hay clases... ni aun para la poesía.

31 de agosto de 1890.

M.C.D. 2018

IV

«MIREYA,» DE CÁRLOS GOUNOD.—LA PROVENZA PUESTA EN MÚSICA.—UNA NUEVA OBRA DE MASSENET.—LA FEDERAL.

Ninguno de los numerosos teatros de París que funcionan en la actualidad, se ve tan favorecido por el público, como el coliseo nacional de la Opera Cómica, que abrió sus puertas á principios de la pasada semana.

Una concurrencia numerosa compuesto de inteligentes que acuden ansiosos de gozar las hermosas producciones del genio, llena por completo la gran sala del teatro, y frente á la taquilla de billetes se forma todas las noches una cola compuesta de centenares de personas, que después de esperar durante un par de mortales horas que les llegue su turno, tienen que retirarse desesperadas en vista del cartelillo que se fija á la puerta anunciando que no quedan localidades.

Una sola obra es la que logra interesar de tal modo al público parisién, y ésta es la *Mireya*, del eminente Gounod, que á pesar de haber sido estrenada hace ya mucho tiempo parece que todavía no ha hartado el apetito musical de los *dilletanti*.

M.C.D. 2018

Mireya, como ya lo indica su título, es una ópera cuyo libreto está basado en el célebre poema del dulce poeta de Provenza Federico Mistral, y en verdad que un asunto tan delicado y tan tierno, sólo podía ser encomendado á inspiración tan original y halagadora como la del autor de *Faust*.

Tres veces por semana aparece *Mireya* sobre el escenario de la Opera Cómica, y el público que los restantes días tiene que contentarse con la música anticuada y ligera de *Fra Diavolo* ó de otras obras iguales, experimenta ante la partitura de Gounod el placer del gastrónomo á quien le sirven un plato nuevo de grato perfume entre dos viandas vulgares y pesadas.

Cuando se intenta querer comunicar á los lectores las impresiones que causa una ópera como *Mireya*, para que puedan conocer el valor artístico de ésta, se rebuscan en el cerebro frases nuevas que interpreten el fuego del entusiasmo, conceptos que tracen de una sola pincelada el mérito de aquella, y se acaba por sentir desesperación, pues la palabra es débil para describir una música arrulladora y orignal, y se comprende que el que lee fría é indiferentemente sin estar bajo la sugestión que producen las divinas melodias de un genio, no puede adivinar lo que inútilmente se intenta describir, é indudablemente le parecen punibles exageraciones los elogios que se tributen á la última obra del compositor francés.

M.C.D. 2018

Si en uno de esos agradables y dulces sueños de verano se escuchara vagamente la música de *Mireya*, diríase al despertar:—Esa música tan dulce y bella sólo la puede producir el delirio, y es imposible que pluma alguna de compositor la aprisione. Y, sin embargo, cuando se oye *Mireya* se sienten halagados los oidos por una música tan original como aquella. y enriquecida además por los admirables efectos que sólo sabe producir el talento.

Valiéndose de conceptos vulgares, de esos que se designan con el título de frases hechas, puede decirse que la última obra de Gounod, por su delicadeza, es una ópera escrita con guante blanco; y por el carácter campestre que resalta en todos sus números, bien puede asegurarse que ha sido escrita con tinta de violetas de los bosques.

Desde que suenan las primeras notas de la obertura hasta que termina la obra, la imaginación se traslada á la Provenza, esa región la más hermosa de Francia, por lo mismo que es la que más se parece á nuestra patria; y el espíritu vive por algunas horas en la misma atmósfera campestre en que Mistral ha inspirado sus hermosos versos y Alfonso Daudet ha trazado los lindos «Cuentos de mi molino.»

Hasta parece al oir aquellas notas, que sentís deseos de que se retiren los artistas de la escena, porque sus cantos, á pesar de lo hermosos que resultan, estorban para escuchar las maravillas de orquestación que saboreáis con más gusto con

M.C.D. 2018

los ojos cerrados, pues de este modo, y al influjo del genio del compositor alsaciano, veis desfilar ante vuestra imaginación, las fértiles llanuras provenzales con sus enanas viñas agobiadas por el peso de los negros racimos tostados por el sol; las inmensas Landas con la monotonía sublime de lo gigantesco, animadas en su soledad por el incesante canto de las simbólicas cigarras; el Ródano tranquilo precipitándose en el mar por sus numerosas bocas, y los bosques de olivos donde los ruiseñores cantan en invierno á la luz de la luna, esperando á los *felibres* que van á declamar en la primavera sus versos originales bajo las negruzcas espesuras.

Mireya es una obra en la que Gounod ha demostrado que la inspiración que creó el tercer acto de *Faust*, puede muy bien escribir música semejante para cuatro actos, sin cansarse ni decaer jamás. Este es el supremo mérito de la ópera en cuestión.

Exceptuando el tercer acto de *Mireya*, en el cual ocurre la riña entre el boyero de las Landas y el amante de la protagonista, escena dramática cuyo mérito podrán apreciar mejor los que conozcan el poema, y á la cual el compositor ha puesto una música que por la trágica, es infinitamente superior (por más que á muchos parecerá imposible) que la de la muerte de Valentin en *Faust*, en todo el resto de la obra predomina la nota tierna, dulce y original, que es típica en

M.C.D. 2018

Gounod, y que encuentra su principal interpretación en el violin y el armoniun.

Toda la música de *Mireya* tiene un tono vago y soñoliento, que, lejos de cansar, gusta cuanto más se la oye.

El coro de vendimiadoras con que empieza la obra y los duos sencillos y tiernos de Mireya y Vicente, piezas que constituyen el primer acto, tienen tal halago, causan tan profunda y duradera impresión, que se siente cierta pena por que en el mundo no se hablan de ese modo los amantes cuando se encuentran en las viñas; y hasta se desea huir de las prosaicas calles de las grandes ciudades para cambiar la ridícula levita por el chaqueton del viñador, para correr por los hermosos campos entre el tropel de lindas vendimiadoras, tenderse después fatigado sobre los verdes pámpanos y sentirse poseido de la sublime embriaguez de la naturaleza.

La canción del pastorcillo de las Landas en el último acto, joya musical pulida y aérea como divina filigrana, hace pensar en los felices tiempos de la Arcadia, y en que si aquellos pastores vestidos de color de rosa no cantaban sus penas y alegrías de igual modo, dicho lugar de dulzuras y de arte, era un miserable teatro de feria comparado con la Provenza que describe la música de Gounod.

Hay momentos en que oyendo ésta, parece sentirse en el rostro la brutal caricia del abrasador sol del Mediodía; otros, en que os extrañáis

M.C.D. 2018

que los árboles de papel pintado de la escena, no muevan sus hojas al arrullo de las frescas brisas marítimas que nacen de las cuerdas del violin al ser heridas por el arco; y la nota dominante de la obra es la típica del país, la que describe el canto de las cigarras, y que Gounod presenta con una originalidad encantadora, hasta el punto de que nunca llegan á cansar, cosa que desearían para las cigarras de sus campos los provenzales que algunas veces se sentirán fastidiados por el canto del monótono bicho que simboliza su tierra.

Mireya, en fin, es una obra que se oye cinco ó seis veces, sin que se amengüe el deseo de seguir escuchándola que se siente desde el primer día.

Ante ella se experimenta la impresión de beodo, que saboreando la primer copa, mira ya con tristeza la casi-llena botella, lamentándose anticipadamente, porque ésta se agotará antes que su deseo.

Lástima grande que los españoles aficionados á la buena música, á quienes juzgo más serios é inteligentes que la mayor parte de los de aquí, que todavía no han podido digerir el *Lohengrín* ni ninguna otra obra de Wagner por el hecho de ser éste alemán, no puedan admirar el talento de Gounod en su última creación.

Mireya es indudablemente una ópera que en España viviría mucho tiempo en los carteles.

Los periódicos parisienses vienen anunciando hace mucho tiempo una ópera que rivalizará

M.C.D. 2018

indudablemente con *Mireya*, sin lograr con esto el atraer la atención del público.

Es *El Mago*, de Massenet, obra para la cual se hacen grandes preparativos, pues su decorado será la última palabra de dicho arte, hasta el punto de que solo podrá ponerse en escenas tan dispuestas á grandes gastos como la de la Grande Opera.

La nueva obra de Massenet, según aseguran inteligentes y críticos, será una digna producción del autor de *El Cid*, y superará á cuantas óperas lleva escritas.

Massenet es hoy el compositor á la moda, y por lo mismo el que más homenajes de admiración recibe.

Mañana domingo se celebrará en el Campo de Marte la tan anunciada fiesta monstruo llamada del Millón, para la cual hay despachadas á estas horas más de cuarenta y cinco mil entradas, y en ella se cantará por diez orfeones reunidos, que compondrán un total de mil quinientos ejecutantes, el magnífico himno patriótico *La Federal*, que Massenet escribió para el último aniversario de la toma de la Bastilla, y que desde entonces no ha vuelto á ser oído.

Pronto describiré á los lectores esa fiesta monstruo, propia de una gran República que noblemente dedica toda su actividad á glorificar con ceremonias grandiosas las obras del trabajo y de la honradez.

6 de septiembre de 1890.

M.C.D. 2018

V

LA FIESTA DEL MILLÓN.—LA «FEDERAL.,» DE MASSENET.—LA JUVENTUD GIMNÁSTICA.

En la pasada semana todos los puestos de anuncios de París, aparecieron cubiertos con artísticos cartelones en que la sociedad «La Francia Previsora» anunciaba la fiesta monstruo que iba á verificarse el domingo en el Palacio de las Artes Liberales, para conmemorar la formación del segundo millón de francos de su capital social, por lo que todos desde el primer momento llamaron á tal ceremonia *La Fiesta del Millón*.

«La Francia Previsora» es una sociedad que debía ser imitada, por los buenos resultados que produce, en esa España que tanta prisa tiene en hacerse eco de todas las modas y novedades fútiles que incuba esta nación.

Cuenta la tal sociedad con más de veinticinco mil individuos pertenecientes á las clases obrera y pequeños industriales, los cuales satisfacen como mínimum la cuota mensual de una peseta, pudiendo en cambio, al cabo de cierto tiempo, recibir una pensión si es que quedan inútiles para el trabajo ó sufren una enfermedad crónica que les imposibilita el ganarse la subsistencia.

M.C.D. 2018

BIBLIOTECA VALENCIA

«La Francia Previsora» es una colectividad que valiéndose de la poderosa palanca de la asociación, ha realizado sin acudir al auxilio del Estado la creación de una clase tan respetable y necesaria como la de los invalidos del trabajo. Por esto goza de grandes simpatías en París, y su *Fiesta del Millón* se vió tan concurrida y presentó un aspecto tan magnífico.

Celebróse ésta en la tarde del pasado domingo en el palacio de Artes liberales, gigantesca galería que todavía queda en pie junto á la torre Eiffel y entre las tristes ruinas de los edificios que fueron la admiración del mundo que visitó la pasada Exposición Universal.

Las fiestas populares que verifica la ciudad de París, tienen siempre un carácter tan grandioso y artístico, que recuerdan las de la Grecia clásica, que tenían por espectadores á un pueblo entero.

A las tres de la tarde una inmensa concurrencia ocupaba todo el salón y las galerías del palacio, produciendo con sus voces y movimientos un ensordecedor zumbido.

Al través de la interminable cubierta de cristales, se filtraba un sol primaveral cuyos rayos de color anaranjado reflejaban todas las tintas del irís sobre los bosques de fiámulas y de banderas tricolores que cubrían parte del techo y de las paredes y calentaban á aquella inmensa muchedumbre que impaciente esperaba el principio de la fiesta.

M.C.D. 2018

Esta comenzó por un gran desfile á lo largo de los cuatro lados del gigantesco salón, desfile que duró más de una hora.

Más de treinta músicas, orquestas y orfeones formaban la prímera parte de aquella procesión cívica. El público culto, sin que mediara excitación de nadie, se hacía atrás y se apiñaba para dejar paso á aquellas bandas, cuyos músicos iban vestidos con el traje de los soldados de la Revolución francesa, rematado con el tradicional tricornio pequeño adornado con plumas tricolores; y tras éstos marchaban, los cornetas de la juventud de los gimnasios; las músicas de aficionados vestidos de frac y sombrero de copa, soplando unos con entusiasmo feroz el dorado cornetin ó zurrando otros con sublime gravedad el ventrudo bombo; las orquestas con sus instrumentos bajo el brazo reservándose para mejor ocasión; los orfeones, en los que los dos sexos están representados en todas sus edades, cantando el patriótico «Himno de partida» y otras canciones que traen á la memoria el recuerdo de una de las épocas más grandes de la historia; y la juventud francesa que antes constituía la «Liga de los patriotas», y que desde la vergonzosas caida de Boulanger ha perdido afortunadamente su carácter político, formada en filas de á cuatro, marchando con exactitud militar, vestida con su traje de campaña compuesto de pantalón y polainas blancas, blusa azul y kepis, llevando

M.C.D. 2018

á su frente las sonoras cornetas y mandada por oficiales que usan espada.

Tras esta brillante y ruidosa vanguradia venían los héroes de la fiesta, los individuos de «La Francia Previsora,» formados en grupos que representaban los barrios á que pertenecen, y llevando cada nno al frente su pendoncillo social.

En aquel desfile original é interminable estaban representadas todas las respetables clases que forman el gran núcleo del pueblo. Allí se veía lo mismo al pequeño industriai, al tendero ó al carnicero, con el prehistórico frac que le recuerda el día de su casamiento, y llevando del brazo á su rolliza mitad; que al obrero de rostro enérgico luciendo su chaqueta nueva y llevando delante su numerosa é intranquila prole: igual desfilaba el estudiante ó el artista de rostro picaresco y traje un tanto estrambótico, cogido de la mano con la muchachuela que comparte con ellos la vida, y aun algunas veces la miseria, que el ventrudo portero que se pavonea pensando en que su levita larga y su chaleco blanco pueden hacer muy bien que los mismos que todos los días le ven barrer el portal, le tomen ahora por un personaje: é interpelados con todos estos individuos, iba una numerosa tropa de criadas tiesas, enguantadas, con el sombrero recargado de flores, y procurando en su andar y ademanes imitar á sus señoritas que tal vez las contemplaban desde las galerías, sin conocerlas.

Aquellos miles de seres de tan distintas clases

M.C.D. 2018

y condiciones iban todos alegres por dentro, de verse objeto de las miradas de tan inmenso concurso, y exteriormente graves y estirados cual conviene á personas que, aunque no tengan algunas veces para comer, forman parte de una sociedad que posee dos millones de francos; é indudablemente por esto se miraban con orgullo la ancha cinta tricolor, distintivo de la sociedad que todos llevaban en el ojal.

Terminado el desfile, la fiesta tuvo el carácter de todas las de su clase. Hubo el correspondiente discurso del presidente, que á causa de la grandiosidad del local y del incesante zumbido que salía del público, apenas sí oyeron los que estaban junto á él; y después, bandas, orfeones y orquestas, se desparramaron por los numerosos tablados levantados en el salón y durante cuatro horas estuvieron tocando ó cantando, empezando muchas veces unos sin aguardar á que acabaran los otros, y produciéndose la más espantosa orgía de sonidos, que retumbando bajo la gigantesca bóveda, producía oida de lejos, el efecto de una tempestad musical.

De aquel espantoso maremágnum en el que alternaban también los espectáculos de clowns, bailarines y patinadores, sólo dos cosas consiguieron restablecer un tanto el orden y normalizar la fiesta: la ejecución de *La Federal*, de Massenet, y los ejercicios de la juventud gimnástica.

La patriótica producción de Massenet, cauti-

M.C.D. 2018

va desde sus primeras notas al público, pues tiene la grandiosidad sublime y ese espíritu de atracción propio de los himnos populares.

Cuando un compositor de profesión escribe un himno, siempre sucede que éste, siendo muy bueno, está sin embargo, exento de ese *quid* misterioso que constituye el principal carácter de las composiciones de tal clase: esto no sucede en *La Federal*, pues en él no se sabe qué admirar más, si su originalidad y armonía, ó lo fácil que resulta su música, que inmediatamente aprende y repite el público.

En el tal himno, predomina la nota grave; su aire es acelerado, y todo en él recuerda á aquellos batallones de ciudadanos que atravesaban la Francia en el pasado siglo para acudir á aquel mismo Campo de Marte y figurar en la gran fiesta de la Federación.

La Federal es un himno que no morirá nunca; antes bien el viento de las revoluciones tal vez le haga pasar las fronteras para que muchos pueblos lo adopten como su canto de guerra, y entonces *La Marsellesa* tendrá una hermana rival que casi llegará á ser tan considerada y conocida como ella.

Si el público recibió con entusiasmo el producto patriótico de un compositor moderno que demuestra el entusiasmo y virilidad de la actual república, no acogió con menos júbilo las manifestaciones del vigor de la joven generación que es la esperanza de Francia.

M.C.D. 2018

Los numerosos gimnasios que tomaron parte en la fiesta, ejecutaron toda suerte de trabajos de fuerza y agilidad, siempre con aplicaciones militares, y numerosos ejercicios de esgrima de todas las armas.

Los que estamos acostumbrados á ver en nuestra patria, una juventud enteca y enfermiza, escéptica por temperamento, que no se siente animada por generosas pasiones y que ni tan siquiera conoce la ambición, no podemos menos de sentir admiración y respeto ante esa juventud francesa, que pensando siempre en la patria que un día ú otro puede verse en peligro, robustece su cuerpo, adquiere una agilidad ssrprendente y aprende el manejo de toda clase de armas para no permanecer ociosa y quieta el día que la nación necesite de sus esfuerzos.

Los jóvenes que el domingo maniobraron ante el inmenso público del salón de Artes liberales, demostraron que ningún soldado del mundo podrá competir con ellos, el día que voluntariamente acudan al llamamiento de su patria en peligro.

Con difíciles ejercicios gimnásticos demostraron hasta donde llega su vigor muscular; con prodigiosos saltos hicieron ver que les era fácil asaltar altos muros ó inaccesibles edificios, y manejando las armas se manifestaron como viejos soldados á los que es difícil vencer.

Cuando se piensa lo que esta juventud, que sólo en París asciende á 10.000 individuos, puede hacer en un día de revolución, y se considera

M.C.D. 2018

que toda ella estaba con el mayor entusiasmo supeditada á Boulanger, no se puede menos de considerar á éste como un hombre sin energía é iniciativa, que cayó sin gloria estando apoyado por tan valiosos elementos, y congratularse al mismo tiempo de que la dictadura militar fuera tan ciega que se dejara vencer contando con tan grandes medios.

Esa juventud, en la cual, nivelados por la disciplina militar y el uniforme, figuran lo mismo el aristocrático alumno de la escuela de ingenieros que el aprendiz de cerrajero ó el mozo de carnicería, hoy desprecia á los políticos que intentaron conducirla al precipicio, poniéndola en abierta oposición con el gobierno del país; y en revistas y ejercicios, sólo piensa en aclamar á la República y á la patria, por lo que bien puede asegurarse que aquella, que hoy es ya la forma de gobierno que más años ha alcanzado de existencia en la Francia del presente siglo, será eterna sin que logren derribarla los ataques de sus enemigos, pues cuenta con el invulnerable escudo de la joven y entusiasta generación.

10 de Septiembre de 1890.

M.C.D. 2018

VI.

EL DOMINGO

El domingo es el día de la semana que mejor hace la apología de la laboriosa actividad de París.

En las capitales donde se vive en la holganza más completa y son menos los que trabajan que los que pasan la vida sin hacer nada, el domingo apenas si da á conocer su existencia, pues procura achicarse confundiéndose entre sus inseparables compañeros los restantes seis días de la semana; pero en las ciudades donde casi todos luchando con el triste problema del sostenimiento de la vida, tienen que dedicarse á absorbentes y pesadas ocupaciones, la llegada de esas veinticuatro horas que son como el límite divisorio entre dos semanas, tiene un encanto especial, algo que puede calificarse con el nombre de carácter propio.

El verdadero París, no ese París de los boulevares compuesto de gente de todas procedencias que llega á la gran ciudad con el único objeto de apagar su sed de placeres, sino la población que constituye su vecindario eterno; ese, aguarda que llegue el domingo para libertarse de las cadenas que semanalmente le oprimen, del mostrador de la tienda, de la oficina, del almacén ó del despa-

M.C.D. 2018

cho público, y como banda de gorriones que aprovechándose de la ausencia del dueño se arrojan sobre la repleta era atronando el aire con sus piidos y aletazos, se dejan caer en la alegre campiña parisién, no queriendo desperdiciar ni un solo minuto de tan alegre día y dedicándolo todo entero á la diversión y esparcimiento.

París, con ser la primera capital de Europa, al llegar el domingo presenta el mismo carácter que la más humilde aldea.

Los trajes de fiesta abandonan el fondo del guardarropa para ostentarse orgullosos por las calles todavía con los pliegues que demuestran su forzosa cautividad de una semana; todas las ien das quedan cerradas y obscuras, y las calles, de contínuo tan frecuentadas, á las tres de la tarde sólo ven pasar alguna familia rezagada, y su pavimento nó se siente conmovido por otro estruendo que el de los tranvías, ómnibns y fiacres que apenas si pueden arrastrar la carga de seres que les abruma.

Los puntos de embarque del río y los puestos de parada de carruajes, son ocupados por una inmensa cola de gente que se enrosca como una culebra esperando pacientemente que les llegue su turno, y los que ocupan los últimos puestos miran con envidia á los que ya han logrado alcanzar un asiento, pues diríase que París en las primeras horas de la tarde de un domingo es una ciudad infestada según la prisa que todos se dan en abandonarlo.

M.C.D. 2018

No existe lugar determinado para esa inmensa muchedumbre que se aleja de la gran ciudad. Unos remontan el río y van á Charenton ó al Marne para deleitarse en el espectáculo que ofrecen las incansables *canottiers*; otros bajan la corriente y van á Auteil, á Sevres ó á Suressnes, lugares donde tienen su asiento las diversiones ruidosas y alborozadas; y los más encopetados, los que quieren darse aires de personas importantes, bajan en cerrados escuadrones á los Campos Elíseos ó alquilan por horas un desvencijado fiacre para pasearse con una lentitud desesperante por las avenidas del Bosque de Bolonia.

Al llegar el domingo, la campiña, durante los restantes días tan desierta y silenciosa, roba á París su ruido y animación. Cada taberna fonducho, ó cada *restaurant* campestre, de platos más ó menos sospechosos, es un foco de alegría estrepitosa, cuyos ecos, á través de los bosques, se esparcen á larga distancia. El solitario paseante que anda entre matorrales sin ver á su alrededor más que añosos árboles, se para sorprendido, pues parece que las altas ramas rien sin cesar, conversan y tocan toda clase de instrumentos. El domingo es el gran día para los músicos aficionados, de los que París cuenta alguuos miles.

El pacífico y obeso tabernero está durante toda la semana haciendo provisión de aire en sus dilatados pulmones, y así que llega el día esperado, se encasqueta su gorrita de terciopelo, se calza sus botas altas, añadiendo muchas veces á

M.C.D. 2018

su tocado para que la ilusión sea más completa, las espuelas y el machete de caza. y requiriendo su dorada trompa va en busca de sus compañeros con los que contituye la *fanfarria*, que por lo regular siempre lleva los pomposos nombres de *Hijos de Lutecia*, *Honrados trompistas de París*, *Cazadores de Belleville*, etc., y así que se reunen, se sienten acometidos de la sublime inspiración artística y... ¡gran Dios! la que se arma- Apenas suben al imperial del ómnibus, ejecutan una diana estrepitosa y ensordecedora que conmueve las calles por donde pasan y hace salir la gente á las puertas de los cafés ó á los balcones y ventanas; llegan al campo y tocan sin tregua con sus atronadores instrumentos lo mismo una diana militar en la que imitan hasta los cañonazos, que el *Spirto gentil* ó el último *couplet* en moda; cuando agotan el repertorio se esparcen por los bosques para esconderse cada uno tras un arbol y responder á los toques que de lejos producen sus compañeros, recreándose de este modo ellos mismos con los ingratos sonidos de sus trompas; si se paran en algún fonducho es para beber un vaso de vino y cobrar nuevas fuerzas, pues de allí los arrojan porque los parroquianos sienten al poco rato dolor de cabeza; y de este modo echados de un sitio para ir á repetir sus dianas á otros, asustando á los que marchan por entre la arboleda y que de repente sienten estallar á pocos pasos aquel concierto de bramidos y llevando tras sí una estela de chiquillos

M.C.D. 2018

y papanatas, pasan toda la tarde las innmerables *fanfarrias* de trompeteros de afición, y cuando llega la noche con los carrillos inflamados de tanto tocar, cansados, sudorosos y llenos de polvo, se retiran á sus casas, asegurando que se han divertido mucho y deseando que llegue pronto el próximo domingo para continuar la diversión.

Así como el domingo es el día señalado para tales *artistas*, no lo es menos para los empresarios de los bailes campestres que al llegar aquél, hacen sus agosto para toda la semana.

Apenas se desembarca en Auteil ó Saint Cloud, los oidos se sienten raspados por un sinnúmero de orquestas en las que los tambores y los cornetines están en proporción numérica muy por encima de los violines; y la vista se detiene ante una larga fila de arcos de verdura que con sus títulos pintados en cartón: *Al conejo salteado*, *A las delicias de Terpsicore* y otros muchos que denotan un largo trabajo intelectual antes de ser inventados, anuncian otros tantos bailes públicos con sus correspondientes dependencias de tabernas y merenderos.

Sobre aquellos grandes tablados de madera encerada, que cruzan sin cesar los dependientes del establecímiento con su saquito al brazo para pedir cinco céntimos por baile á cada pareja, se divierte esa jnventud bulliciosa de París en la que la alegría está siempre en parangón con la falta de dínero.

Allí roba corazones el perfumado dependien-

M.C.D. 2018

te del Louvre ó del Pripemps con su chistera ladeada y el clavelito blanco en el ojal; allí está la representación del ejército francés con el dragón gigantesco que balancea su casco de crines negras al compás del baile, y hace crujir la madera con sus colosales y mal olientes botas; y dan mayor lustre al espectáculo, un buen número de señores con sombrero de copa, chaquet y guantes, graves y estirados, á quienes en el primer momento, fijándoos en sus patillas ó en la perilla solitaria, tomáis por exóticos milores ó acaudalados *yankées*, hasta que fijándoos mejor reconocéis en ellos al *garzón* que os sirve en el café ó al que os limpia las botas en el hotel.

Venus tiene allí un número incalculable de seres que la representan, ya que no por la hermosura, al menos por la distinción y la gracia, y á quienes todos los bailes, lo mismo el vals que la *quadrille*, parecen propios para exhibir sus medias negras, esas medias que son el eterno espectáculo de París lo mismo en los días de lluvia que en los de sol.

Los bailes campestres son el primer capítulo de muchas novelas, cuyo epílogo rara vez termina como las antiguas novelas, que siempre acababan por casamientos.

Allí la costurerita conoce al Ernesto, al Arturo ó á otro cualquier zangandungo, cuyo nombre es más bonito que sus actos y que se muestra más constante en bailar lindamente que en corregir males irreparables, y la criada que ha con-

M.C.D. 2018

seguido á fuerza de sisas y economías reunir tres mil francos, mínimum de dote en Francia, y con los cuales ya se puede aspirar á la compra de un regular marido, busca danzando un hombre que se case con ella y que no repita la eterna historia de beberse el dinero de su mujer y desaparecer inmediatamente como si le hubiera tragado la tierra.

En aquellos salones de baile se muestra en toda su repugnante desnudez el egoismo positivista que domina la sociedad presente. Se ven allí lindas criaditas que pasan toda la tarde sentadas mirando con envidia á los que bailan, con ojos casi lacrimosos por la rabia que les produce el que nadie se acuerda de ellas, y en cambio otras, con las que la naturaleza ha sido menos pródiga pero que visten mejor, se ven disputadas por los danzarines que una vez cogen su brazo no lo sueltan. Estas últimas, son las sirvientas de las grandes casas; la doncella de la actriz ó la acompañante de la *cocotte* en moda, las que perciben grandes propinas y hablan de duques y condes, á quienes abren la puerta todos los días, con el mismo desparpajo que si se tratara de amigos. Esas bailan todas las danzas, y á cada descanso tienen quien las convide, aunque ellas son al final quienes pagan las consumaciones.

Cuando llega la noche, ese inmenso público de los bailes, por tierra ó por el rio vuelve á París, y con soberanas embriagueces saluda la marcha del gran día que hace más tristes los

M.C.D. 2018

restantes de la semana dedicados al trabajo.

El aspecto que presentan estos alrededores de París no tiene comparación con el que ofrecen los Campos Elíseos y el bosque de Bolonia.

Allí no hay más ruido que el de los carruajes ni más gritos que los de los cocheros; pero en cambio ninguna ciudad del mundo podrá presentar un espectáculo más soberbio que el que ofrecen tales paseos en domingo.

En la actualidad París está gozando de una temperatura verdaderamente extraña por lo bonancible. Los días son serenos y templados, el cielo tiene un color azul claro no empañado por la menor nubecilla, y un sol pálido, pero hermoso, filtra sus rayos como polvo de oro entre las ramas de los árboles. A esta luz algo fantástica que prolonga gigantescamente las sombras en el suelo, ver marchar ocho ó diez mil carruajes en filas de seis por la empinada avenida de los Campos Elíseos ó los innumerables caminos del Bosque, es un espectáculo verdaderamente seductor por lo grandioso.

París ejerce atracción en el extranjero por sus museos y sus incomparables obras artísticas; pero estos encantos los tienen otras capitales, mientras que ninguna, absolutamente ninguna, puede ofrecer espectáculo como el del Bosque de Bolonia.

Aquel inmenso paseo, verdadero laberinto en el que es fácil perderse, anonada con su grandeza, y el paseante se contempla como un átomo

M.C.D. 2018

perdido en la inmensidad, al verse entre aquellos miles de personas de todos sexos y edades, que se codean en los anchurosos andenes, ó entre aquellas interminables filas de carruajes que semejan al infinito por no tener principio ni fin.

El domingo es también el gran día del Bosque. Los potentados, los elegantes, la gente desocupada que lo vísita diariamente, al llegar el fin de la semana, siente como enfado al ver invadida su jurisdicción por el inmenso tropel de gente.

En domingo, deja el Bosque de ser el paseo elegante, pues la clase media, reflejando lo qne hoy sucede en el mundo, lo invade todo, abrumando con su número á la aristocracia.

Los vistosos y elegantes trenes que en el resto de la semana llaman la atención, pasan el tal día desapercibidos por entre los fiacres de alquiler que con sus ruedas los salpican de barro, con esa complacencia propia del humilde cuando se venga del grande.

En tal día, las familias aristocráticas no tienen más remedio que marchar en fila tras el fiacre en que se ostentan orgullosos la muchachuela del Barrio Latino y el estudiante que en un rapto de generosidad se gasta cinco francos obsequiándola con un paseo en coche; y muchas veces aquellos corazones altivos pasan el para ellos tremendo tormento de marchar á la par que el carruaje que conduce á la prole de un tendero de su calle, carruaje que no sirve más que para cuatro y en el que suelen ir el obeso matrimonio,

M.C.D. 2018

las tres señoritas de la casa, la nodriza del chiquitín y los hijos con su uniforme de colegial, los cuales, no encontrando hueco entre tanta carne, se encaraman en el pescante á guisa de lacayos.

El paseo del domingo en el Bosque de Bolonia tiene más trascendencia social de la que á primera vista parece. La aristocracia y la clase media se confunden en tal día, se miran de cerca y se conocen mutuamente.

¡Qué revelaciones adquieren esos modestos comerciantes é industriales que en tal sitio se codean con condes y marqueses!

Por de pronto esa clase burgnesa que hoy es dueña de la situación de Francia, que es tosca y ridícula pero virtuosa, no sabe distinguir entre la marquesita estrambótica (tipo que tanto abunda) y la entretenida á la moda. Ambas visten iguales, llevan parecido descoco impreso en el rostro, repiten idénticos saludos á las mismas personas y van á estilo de hombres guiando sus ligeros carruajitos que parecen cáscaras de huevo montadas sobre ruedas.

Los honrados burgueses se indignan semanalmente contra esa alta sociedad que tales igualdades permite, y basándose en éstas, con su lógica de hierro, saca la consecuencia de que en ella todos son iguales y están á una misma altura moral.

Ese espectáculo que ofrece París con sus *cocottes* elevadas que imponen la moda y que go-

M.C.D. 2018

zan de una celebridad que desearian para sí muchos hombres de talento, no puede ser más triste y desconsolador.

Se exhíben en todos sitios con su lujo asiático, y tienen la satisfacción de qne si las mujeres honradas las desprecian, no pueden menos de mirar con el rabillo del ojo sus trajes raros para imitarlos, ó contemplar con envidia el abrigo de precio fabuloso que todos saben les ha regalado el príncipe A...., ó el aderezo que les ha comprado el conde B...

Sus galas fantásticas por lo fastuosas, producen la admiración en el primer instante; pero la consideración de cómo han llegado á su poder, apena el ánimo y muchas veces causa rabia. Cada brillante de los que chispean en las orejas ó sobre el pecho de esas elegantes perdidas, representa muchos miles de lágrimas.

Cuando se contempla el lujo de esas devoradoras de fortunas, la imaginación se lanza en el campo de lo desconocido; y se contempla la choza del labriego en donde escasea el pan para poder pagar al administrador que no sabe cómo procurar miles de francos á su alegre amo, ó se considera el dolor del padre de familia que priva de diversiones á sus inocentes hijos para satisfacer el inquilinato de su habitación con dinero que va á parar á las manos de la sacerdotisa del vicio.

Causa indignación el pensar que hay honradas jóvenes que trabajan sin cesar, agostan su hermosura en la soledad y hasta sufren hambre

M.C.D. 2018

y desnudez, por contribuir indirectamente á los derroches de esas modernas Mesalinas que son reinas del gran mundo.

La alta sociedad las halaga, pues los hombres las miman y las mujeres las respetan aunque aparenten despreciarlas; pero en cambio las demás clases las odian, especialmente lo que ha dado en llamarse la burguesía. Esta les profesa un miedo sin límites.

El honrado especiero que arrastra una vida de continuo trabajo para legar una fortuna á su hijo, y que éste sea un personaje, siempre que ve pasar á una mundana reclinada en el mullido fondo de su carruaje, mira con indecisión al ya talludo colegial que lleva al lado y se aterra al pensar si después de morir él, la fortuna que tanto le ha costado reunir, será devorada por una de estas mujeres en menos de un mes.

6 de octubre de 1890.

M.C.D. 2018

VII

EL ENTIERRO DE JOFFRIN.—EL CEMENTERIO DEL PADRE LACHAISE.—EL RINCÓN DE LOS FEDERADOS.—EL ÚLTIMO DÍA DE LA SEMANA SANGRIENTA.—EL VERDUGO Y LAS VÍCTIMAS.

En la pasada semana, un suceso ha venido á conmover momentáneamente la gran ciudad, y los periódicos, por un par de días, han olvidado la política palpitante para ocuparse de tal ocurrencia.

Joffrin ha muerto.

Ante esta noticia, la mayoría de los lectores se quedarán en suspenso repasando en su memoria el catálogo de nombres conocidos, sin poder al fin encontrar el de dicho hombre público, cuya fama, no porque no sea universal y esté circunscrita al círculo de París, deja por esto de ser justa y merecida.

Joffrin no era más que un pobre obrero mecánico; pero en cambio tenía una historia política hermosa, y en todos los sucesos que han agitado la Francia desde mediados del siglo había jugado un papel importante.

De joven fué de los que más trabajaron por la caida de Luis Felipe y el advenimiento de la se-

M.C.D. 2018

gunda república francesa; al verificar Napoleón *el pequeño*, su golpe de Estado del 2 de Diciembre, figuró entre los heróicos y contados republicanos que protestaron desde las barricadas al lado de Víctor Hugo y del infortunado Baudin; durante los veinte años del imperio vivió emigrado en Inglaterra, arrostrando la miseria con valiente entereza; al caer el tirano bonapartista y ser derrotada Francia por Alemania, fué uno de los patriotas desesperados que defendiendo á París buscaron la muerte en los baluartes y en las salidas contra el enemigo; y finaimente figuró entre los hombres que dirigieron la *Commune*.

En época próxima habia alcanzado grandes triunfos. Cuando la última elección de diputados por París, el gobierno y el gran partido republicano que veían ya en el general Boulanger un enemigo de las instituciones francesas, pensaron en colocar frente al *héroe* de la falsa popularidad un hombre que por su historia política y sus generales simpatías lograra derrotarle, y encontraron este campeón en Joffrin, que siempre ha gozado entre los revolucionarios de la gran ciudad una consideración sin límites.

El barrio de Belleville, ese distrito que ha servido de escenario á la parte más interesante de todas las revoluciones, dió unánimemente sus sufragios al ilustre obrero, y Joffrin fué proclamado díputado después de derrotar al ridículo aspirante á dictador.

M.C.D. 2018

A pesar de este triunfo ruidoso, propio para llenar de satisfacción y alegría al político más exigente, Joffrin desde tal época hasta la hora de la muerte, ha arrastrado una existencia triste y desesperadora, agobiado por un mal tan terrible como repugnante.

Desde hace algunos años que su rostro estaba corroido por un espantoso cáncer, que poco á poco se iba enseñoreando de aquellas facciones nobles y enérgicas, y convirtiendo la cara que con solo su gesto tantas veces había animado á los combatientes en las barricadas y á las masas de las manifestaciones, en una asquerosa máscara de materia corrompida.

Hacía ya dos años que aquel hombre á quien la política y la naturaleza se encargaban de convertir en resignado mártir, no se presentaba en público, temeroso de la repugnancia que pudiera causar su vista á los más íntimos amigos, y en silencio devoraba su incesante dolor escondido en el aposento más recóndito de su casa.

La consideración de sus terribles padecimientos físicos y su historia pura y brillante, han motivado que su muerte fuera acogida, tanto por partidarios como por enemigos, con un dolor sin límites.

Su entierro fué una manifestación por lo espontánea y unánime como pocas veces se ve.

Más de veinte mil personas seguian el modesto féretro que encerraba los restos del gran revolucionario.

M.C.D. 2018

Por las calles, aquella manifestación marchó triste y silenciosa como embargada por inmenso pesar, pero así que traspuso las puertas del cementerio del Padre Lachaise, se desplegaron gran número de banderas rojas, y miles de bocas prorrumpieron en atronadores gritos de ¡*Viva la Commune*!

Aquella manifestación fúnebre, ó más bien aquel atronador saludo del pueblo obrero al campeón que iba á tragar para siempre la negra fosa, causó en cuantos la presenciamos un efecto indescriptible.

Inoportuno es el turbar la paz de los cementerios con manifestaciones de las luchas de la vida siempre impropias en la mansión de la muerte, pero éstas pueden ser disculpables, tan sólo, si se verifican en el cementerio del Padre Lachaise, el más elegante y célebre de París.

En aquel campo de la muerte, hermoso y risueño como el más lindo paseo, al lado de las artísticas tumbas de los potentados y de los grandes hombres, hay algo que representa como una cuenta inmensa sin saldar y que recuerda el acto más inmenso de la ferocidad humana que todavía no ha sido borrado por la venganza.

Todos los días hay en Belleville y en la Roquette, muchas familias que al levantarse, miran al cementerio que ocupa lo alto de una colina, y al contemplarlo, suspiran lamentándose de que no haya llegado la hora de vengar á los amigos y allegados que allí tienen.

M.C.D. 2018

Cuando se visita por primera vez el Padre Lachaise, no se puede evitar una impresión mucho más triste que la que se siente en otro cualquier cementerio.

El *cicerone* os conduce por aquellos intrincados laberintos que forman los labrados mármoles y los desmayados sauces, y os detiene, ante la tumba de Alfredo de Musset para que contempléis su hermoso busto y leáis sus versos grabados en la piedra, en los que pide á sus amigos la sombra de un árbol para dormir el sueño de la muerte; anté el sepulcro de Ledrú Rollín, cuya estatua parece animada por el fuego de uno de los arrebatadores discursos del gran tribuno republicano, y así sucesivamente, ante las tumbas de Rossini (hoy vacía), de Chopín, de Michelet, de Allan Kardech y de casi todos los hombres ilustres que han agitado este siglo en todas las esferas, sin olvidar á nuestros compatriotas Godoy y Moratín que en modestos mausoleos duermen para siempre en lo más alto de la colina.

Cuando ya se siente cansancio de leer tanto nombre ilustre, en letras más ó menos doradas, que evocan en la memoria recuerdos halagadores, pero que en realidad no son más que rótulos que por igual indican al indiferente una porción de materias corruptas; y cuando ya habéis visitado el calado templete gótico que encierra los restos de Abelardo y Eloísa, los dos héroes del amor, el *cicerone* os dice después de examinaros un corto instante, como para calcular por vuestro

M.C.D. 2018

aspecto, las aficiones que os dominan y las ideas que tenéis:

—Ahora voy á enseñarle á usted *el rincón de los federados*.

Y con aire un tanto misterioso, como si temiera atraer sobre su cabeza la maldición del mundo entero, os hace atravesar todo el cementerio hasta llegar donde éste termina y no alcanzan las suntuosas y artísticas tumbas.

Una extensión en declive de más de cincuenta metros se presenta ante vuestros ojos, y en frente, veéis la tapia negruzca y miserable que junto á los panteones blancos y resplandecientes, os produce el efecto de una blusa rota y mugrienta entre los fracs y las doradas casacas de un baile diplomático.

Aquella extensión de suelo no tiene otro adorno que las flores silvestres que crecen en él con profusión; pero en cambio la pared está cubierta por completo con gigantescas coronas rojas que contienen inscripciones más ó menos conmovedoras; con cartones en los que están escritos versos atronadores como volcanes ó discursos plagados de imprecaciones rabiosas; y con tarjetas de gente de todos los países, que al visitar aquel tétrico campo, han querido dejar una clara muestra de su simpatía y adhesión á unas ideas político-sociales.

Aquel es *el rincón de los federados*, la sepultura de los últimos defensores de la *Commune*, el lugar donde duermen confundidos algunos lo-

M.C.D. 2018

cos, muchos héroes é innumerables inocentes.

El tal *rincón* es para muchos un lugar maldito que sin duda apesta. La señora elegantemente vestida de luto, á quien el carruaje espera á la puerta y que se dirige hacia fuera con aire satisfecho, después de depositar una corona de 500 francos sobre la tumba del marido, de quien apenas si se acuerda, al pasar por cerca del célebre rincón, apresura su marcha y lanza una mirada, que lo mismo puede ser de desprecio que de miedo, sobre el muchachote todavía sucio del humor de la fábrica ó la hambrienta obrerita, que aprovechan todos los domingos para ir á clavar un ramito de cinco céntimos en el muro que sombrea el lugar en que deducen sin ninguna certeza que estarán enterrados sus fusilados padres; y los niños de las familias ricas de los alrededores, los angelitos rubios y mofletudos, que con la pala y el cubo van á jugar, acompañados de sus niñeras, con la tierra del cementerio. con la misma indiferencia que si fuera la de un jardin, esos, en sus excursiones, procuran no acercarse nunca á aquella pradera de muerte, porque sus papás les han enseñado que allí duerme el *coco*, ese *coco* que de aquí á algunos años, cuando se hayan convertido en comerciantes enriquecidos ó en abogados listos, designarán con los nombres de «hidra de cien cabezas,» «espanto del orden social,» etcétera.

A pesar de todo esto, el tal *rincón* es lo que más atrae al hombre que no se para en exteriori-

M.C.D. 2018

dades y que busca siempre empaparse en la verdadera esencia de las cosas.

Los templetes de mármol y de granito que esbeltos se yerguen en lo alto de la colina, por cada hombre de mérito que encierran, guardan los restos de mil nulidades cuyo único mérito en el mundo, fué poseer mucho dinero ó ser dueño de títulos heredados, más ó menos ridículos; mientras que bajo, en aquella sombría pradera junto á los cimientos del negro muro, se esconde el suceso terrible y repugnante, que fué el epílogo de una tragedia, que quizá algún día la historia se encargará de rehabilitar.

Era el último día de la *semana sangrienta* y de la *Commune*. La revolución estaba en su postrera agonía.

El gobierno establecido en Versalles, que tan débil se presentaba siempre ante Bismarck y que cedía Alsacia y Lorena, sabía sacudir con mano fuerte á la *canaila* de París, y el ejército francés, aquel ejército poco antes imperial, se batía con un furor rabioso, nunca visto, contra el pueblo de la gran ciudad, que por querer conservar los cañones que eran suyos y que le habían servido en la única defensa seria que se había hecho contra los prusianos, se declaró en abierta insurrección, al mismo tiempo que por su deseo de emanciparse después de la caída del imperio, del centralismo unitario, mil veces peor que aquél.

La lucha, que ya duraba siete días, estaba próxima á terminar. Delescluze, el hombre civil

M.C.D. 2018

de la revolución, se había hecho matar en una barricada; Domwroski, el general del pueblo, había caído en el Puente Nuevo, y ya no quedaban más federales en armas que algunos grupos aislados que se batían parcialmente.

Uno de éstos, el más numeroso, se introdujo en el cementerio de Padre Lachaise, y encastillándose en él, bien puede decirse que se enterró en vida.

El combate duró casi todo el día, y fué tan terrible por la ferocidad de los combatientes como por lo extraño del lugar.

Aquellos hombres, locos por la desesperación, negros por el humo de la pólvora y tan hambrientos como desgarrados, se emboscaron en los mausoleos de lo alto de la colina, y atrincherándose en los templetes griegos, las pirámides egipcias y los panteones góticos, sacando el cañón de su fusil por entre los brazos de colosal estatua ó las asas de los vasos funerarios, rompieron un nutrido fuego sobre las tropas que les atacaban.

La calma del sagrado lugar fué profanada durante todo el día con interminables descargas, gritos de muerte y maldiciones, y muchas veces los cuerpos palpitantes de los heridos caían sobre la abierta fosa que les había de servir de eterno lecho. La empinada avenida que desde la puerta principal conduce á la alta capilla, estaba cubierta de cadáveres; la metralla pasaba rugiendo por entre los mármoles y rompiendo ramas de árbol, blancos ángeles, cruces ó urnas funerarias, bus-

M.C.D. 2018

caba los cuerpos de carne de los comunistas agachados tras los cuerpos de mármol.

A la caída de la tarde, llegó el instante en que apenas si quedaron defensores, y entonces las tropas del gobierno se enseñorearon de todo el cementerio.

Lo que hoy es el *rincón de los federados*, era entonces una inmensa fosa recién abierta, y á ella condujeron los cadáveres de los defensores del cementerio. Allí estuvieron ante los ojos de los ebrios vencedores, los cuerpos ensangrentados de aquellos infelices víctimas de la desesperación; pero aquello no bastaba: era necesario algo más, que desagraviase á eso que se llama «vindicta pública;» era necesario cumplir las órdenes de Thiers, qué acababa de salvar á la patria dando á los enemigos dos pedazos de ésta y una cantidad de millones cuya cifra espanta, y á las últimas luces del crepúsculo, fueron llegando largas cuerdas de infelices que habían sido cogidos en las barricadas de los alrededores ó sencillamente en las calles.

Entre aquellos hombres de semblante hosco y de blusas desgarradas, iban otros que por sus trajes demostraban pertenecer á clases más elevadas y muchas mujeres y niños.

¡Mujeres y niños! Sí; habían sido cogidos en las barricadas; y como no era creible que allí hubieran ido al empuje de los afectos de familia, porque para los gobiernos, entre la gente que toma parte en las revoluciones no hay mujeres que

M.C.D. 2018

tengan maridos ni niños que tengan padres, había que tener la seguridad de que estaban en aquéllas para hacer fuego contra la tropa, aunque no se les hubieran encontrado armas; y por lo mismo se les debía fusilar.

En cuanto á aquellos hombres bien vestidos que protestaban diciendo que nada tenían que ver con la revolución, y que habían salido para prestar sus servicios como médicos ó sencillamente para convencerse de que todo había terminado, los soldados se encargaron de hacerlos callar á culatazos.

Los prisioneros fueron formados en largas filas, á cuyas cabezas se colocaron ametralladoras, por ser su fuego más mortífero que el de la fusilería, y con unas cuantas descargas la inmensa hoya quedó colmada de cadáveres.

¿Cuántas fueron las víctimas? No se sabe; el que menos hace ascender á más de mil los ametrallados en el Padre Lachaise, número que resulta mezquino comparado con los cuarenta mil comunistas de todos sexos y edades, ametrallados en Satory por orden de Thiers pocos días después.

Aquella hecatombe del cementerio devoró á muchos inocentes, contándose entre ellos gran número de españoles.

De éstos, los más notables fueron dos: un médico mallorquín que salió á auxiliar á los heridos y que fué á morir por esto al Padre Lachaise, y un viejo portero, veterano de nuestra primera guerra civil y antiguo soldado de Cabrera, que

M.C.D. 2018

por asomarse á la puerta de su casa fué fusilado como defensor de unas ideas que tantas veces habría maldecido.

Thiers tuvo un verdadero disgusto al saber que sus soldados habían confundido á las personas decentes con los pícaros federados; pero se consoló de aquella pena, con la satisfacción de haber salvado á la sociedad fusilando miles de hombres, de mujeres y de niños.

Cuando se recuerda toda esta historia sangrienta, no se puede menos de sentir cierta emoción ante el rincón del Padre Lachaise, que tales memorias guarda; ese rincón, siempre cubierto de coronas rojas, que tiene por principal adorno un cráneo con kepis, puesto sobre una bandera rota, y que todos los años en la fecha aniversario de la Commune, es siempre testigo de inmensas manifestaciones que principian con elocuentes discursos y acaban con garrotazos entre los manifestantes y la policía.

Cerca de ese lugar de recuerdos ha sido enterrado Joffrin, y en verdad que el jefe del partido socialista obrero, no puede descansar mejor, que al lado de los que hace algunos años combatieron con él en las barricadas.

El numeroso acompañamiento que formaba el cortejo de los restos del diputado obrero, después de dejarlo en la fosa, hizo una pequeña manifestación ante el rincón de los federados.

Cuando la gente se retiraba de aquel lugar y buscaba las puertas de salida, yo me fijé en un

M.C.D. 2018

panteón grande como un templo y de un gusto artístico tan suntuosamente pesado, como todos los edificios burgueses, el cual ocupaba el lugar más alto de la colina al lado de la capilla.

Aquella gigantesca masa de mármol que salvando las más altas ramas de los árboles parecía abrumar el cementerio, llamaba poderosamente mi atención.

—¿Quién está enterrado allí?—pregunté á un joven obrero, simpático é inteligente, con el que había trabado amistad durante el entierro.

—¿Allí?—me contestó.—Allí está Thiers. El verdugo duerme sin duda más tranquilo cerca de sus innumerables víctimas.

6 de Septiembre de 1890.

M.C.D. 2018

VIII

LOS NIETOS DE LOS CRUZADOS

Los periodicos *boulevardiers*, esos pedazos de papel que no pueden pavonearse como los demás con el mérito más ó menos ilusorio de que son los principales medios de ilustración de la sociedad, pero que en cambio ruedan sobre las mesas de lectura de los casinos más aristocráticos, pasan por entre las manos más blancas y finas y descansan con la tranquilidad del que está en su casa durante un día entero sobre las otomanas de elegantes y misteriosos tocadores en que muchos entes empingorrotados darían algo por entrar; esos periódicos, dedican en la presente época casi todas sus columnas, tan pésimamente escritas por algún *Almaviva*, *Mascarilla*, etc., como ávidamente leídas, á reseñar casamientos efectuados ó próximos, que, salvo la variación de nombres, siempre parecen el mismo, pues en él por lo regular son actores una nieta de treinta duques, condes y marqueses, y un Gastón, Gontran ó Guy, cuyos antecesores fueron á las Cruzadas, por lo que ostenta media docena de títulos; á pesar de lo cual se contenta con ser en la presente sociedad francesa, irrespetuosa y republicana,

M.C.D. 2018

teniente de dragones ó de cazadores á caballo.

La entrada del invierno es la época designada por la sociedad elegante de París, en cuyo seno radica el poder ejecutivo de la moda, para que se verifiquen los enlaces de los seres que antes de ir al matrimonio, la han dado esplendor bailando cotillones y ostentando las modas más *originales* y que después organizarán en su gloria, bailes costosos, se inscribirán en el catálogo de las familias que se exhiben en los palcos de la Grande Opera y apostarán en las carreras de Longchamp, cantidades que bastarían á impedir la mayor parte de los suicidios que diariamente ocurren en París, á favor de Jack, de John ó de cualquier otro monigote vestido de verde ó de rojo que monte un esqueleto de caballo.

Es verdaderamente cruel la conducta que sigue este pueblo ensoberbecido con su República y su progreso, con estos dignos descendientes de aquellos nobles magnánimos, sabios y heróicos que en el pasado siglo danzaban en el Trianon vestidos como pavos reales y entretenían sus ocios con actos tan grandiosos, como atropellar al pueblo con sus carrozas, dar de palos á un pelele á quien se conocía con el nombre de Voltaire, apedrear á un pobre hombre llamado Rosseau y decir á los labriegos que se morían de hambre, que si no tenían pan comieran bizcocho.

Hoy los descendientes de hombres tan ilustres se ven reducidos á que su nombre no suene más que cuando contraen matrimonio ó cuando cual-

M.C.D. 2018

quier plebeyo insolente, les embarga por deudas; y muchas veces, á pesar de sus títulos de vizconde y de barón, el industrial ó el comerciante retirados que miran su vejez endulzada por la satisfacción de que sus hijos que pasaron la infancia entre los artefactos del taller ó de la tienda, adquieren hoy fama como ingenieros, abogados ó médicos, al leer en *Le Petit Journal* los retumbantes apellidos de cualquiera de esos jóvenes que recorren el mundo *chic* de París, se sonríen con extrañeza y desprecio y exclaman:

—¡Calla! ¿Y quién es este?

Hay que convenir en que esta sociedad francesa, como hija de la monstruosa revolución del pasado siglo que proclamaba la igualdad entre los hombres y que hoy está regida por la República, ha llegado á un grado de corrupción inconcebible, pues levanta estatuas en el exregio *carrousel* á un plebeyote de Cahors que se llamaba Gambetta; venera como si se tratara de un semidios el recuerdo de Víctor Hugo que era hijo de un soldado raso en los tiempos de la primera República; se ocupa con verdadero interés de lo que escribe Zola, que hace algunos años era dependiente de librería, y Daudet, que en igual época comía castañas para aplacar el hambre y paseaba sus zapatos rotos por el Barrio Latino; y en cambio desprecia á los descendientes de aquellos que fueron á Jerusalen con Godofredo de Bouillon, porque es incapaz en su embrutecimiento democrático, de comprender la sublimidad que encierra el inven-

M.C.D. 2018

tar el frac rojo, el arte que se necesita para peinarse en recta raya desde la frente hasta la nuca, y los grandes talentos que es preciso haber recibido del cielo para mover dos escuálidas pantorrillas cubiertas de negra media al compás de un rigodón.

Esa clase antes privilegiada en Francia, que ahora se contenta con ejercer la supremacía en el mundo de la elegancia y de la moda, y vivir con la superioridad que le da el dinero, está furiosa, y con razón, de que el gobierno nacional esté en manos de la plebe, que en vez de elevarlo dándole esplendor, se empeña en reducirlo poco á poco en cuestiones de aparato á la más mínima expresión.

Hay para desesperarse porque Francia esté gobernada por abogados, ingenieros é industriales que sólo pueden exhibir como gloriosos títulos el ser tribunos elocuentes, eminencias científicas y estadistas acreditados, mientras se halla en la emigración el *chico* de Orleáns que siempre se retrata correctamente vestido á la inglesa y con una placa de San Luis sobre el pecho, y el príncipe Víctor Bonaparte que sabe montar á caballo tan bien como cualquier *jockey* de las carreras. ¡Oh, los tiempos que pasaron! Aquellos fueron los días de gloria y de prosperidad para Francia; cuando había un Napoleón III que sabía deportar á Cayena á los catedráticos y á los periodistas junto con los criminales, porque propagaban las doctrinas republicanas; que daba bailes en las Tu-

M.C.D. 2018

llerías cual nunca se han visto; que se presentaba vestido siempre de general tan correctamente como pudiera hacerlo cualquier actor de opereta, y revistaba fastuosamente aquellos ejércitos imperiales que comenzaron á cubrirse de gloria en las matanzas de un pueblo indefenso en 2 de Diciembre y alcanzaron la palma de la heroicidad en Metz y Sedán; cuando era presidente del gobierno un duque de Morny que sabía sacudir fuerte á la canalla democrática, y para demostrar más sus indiscutibles talentos, inventaba una moda cada semana é interrumpía las discusiones del Consejo de ministros para recibir á las modistas de sus queridas, y en el mismo papel de los *memorandums* y expedientes dibujaba los trajes que debían hacerles para la próxima *soirée*. Entonces estaba la nación á una altura inconmensurable; entonces era respetada por el mundo entero, y no ahora que se encuentra regida por hombres que no saben sostener en el ojo ese lente redondo que es el *desideratum* de la elegancia, y que ignoran que el *Vincitor* y el *Gladiateur* son los dos caballos que más dinero han ganado en las corridas; por políticos como Carnot, que hace simplezas tales, como ir siempre en un modesto fiacre que casi parece de alquiler, con el sombrero calado hasta las orejas y el paraguas bajo el brazo, á todas las exposiciones tanto industriales como de Bellas Artes y á todos los talleres y fábricas donde se ensaya algún adelanto de mecánica, y como Freicinet que en vez de dar

M.C.D. 2018

saraos en el ministerio de la Guerra, asiste, á pesar de sus años y sus achaques, á las maniobras militares como un simple soldado, recorre las fronteras para examinar personalmente el estado de las plazas fuertes y acuartelamientos, y se llena de satisfacción porque puede aplicar las pamplinas que de joven le enseñaron en la Escuela Politécnica y las que después ha aprendido en su larga práctica de ingeniero civil, á las necesidades de defensa que siente su patria ante la Europa hostil y armada.

Esos elegantes odian un estado de cosas tan anormal y monstruoso, y protestan contra él, apretando más sus filas para impedir que en ellas entre la levadura democrática, é imponiéndose el sacrificio de no ser nada, en una sociedad que indudablemente se deshará al no sentir en años su trascendental presencia.

El que más de todos ellos, para evitar los efectos de esa ley de servicio militar obligatorio, malhadada disposición de la República que condena á vestir el grosero capote lo mismo al vendedor de periódicos que al descendiente de Condé ó de Rhoan, se decide á estudiar dos años en la academia de Saint-Cyr, y entra en el arma de caballería, para la que se necesitan pocos conocimientos científicos, y es teniente de cazadores ó de dragones, si bien evita en lo posible ir al regimiento, porque en el ejército se ha dejado sentir también la maldita influencia democratica, y muchas veces tiene que recibir órdenes del hijo

M.C.D. 2018

del tendero, que por saber matemáticas, idiomas, táctica ú otra zarandaja por el estilo, ha conseguido entrar en el Estado Mayor.

Pero fuera de ese mundo vulgar y plebeyo que hoy es el dueño de la situación y al cual se ven ellos obligados á tratar, los nietos de los cruzados, esos seres que constituyen la clase privilegiada que se alberga en el *faubourg* San Germán, que lleva flores de lis en la corbata y escudos de armas en los puños, que asiste todos los años á la misa en honor de los pasados reyes, y que hace poco halagaba á Boulanger con la esperanza de pescar algo en la lucha contra la república, esos entes, sienten en ciertos momentos inmensa satisfacción y la alegría que produce la venganza, al ver que los diputados y los ministros que peroran en la Cámara ó gobiernan Francia son tan ignorantes y están tan dejados de la mano de Dios, que no saben que los sombreros no se llevan ya de pronunciada copa; que sólo se debe combatir el frío con gabanes de doble esclavina; que la corbata debe ser de plastrón y no negra y de tirilla, y que en la Opera es una verdadera grosería mirar al escenario y atender al canto, pues lo más *chic* es estar vuelto de espaldas, conversar con los amigos y decir majaderías para que las señoras rían estrepitosamente ocultando la cara tras los abanicos.

Francia está verdaderamente deshonrada dejándose gobernar por hombres que ni tan sólo llevan un simple *de* frente al apellido, ni tienen la

M.C.D. 2018

faz pálida y tísica por el placer, y el bigotillo erizado hacia los ojos, cuando podía ser regida por el conde de París, el príncipe Víctor y por una porción de vizcondes y duques que aun hoy, en la época de desgracia, demuestran su afecto al pueblo y el deseo que tienen de gastarse el dinero en su bienestar, pagando un magnífico hotel en la Avenida de los Campos Elíseos á cualquier Margarita ó Isabela, hija auténtica de un cochero, que hace algunos años vendía *bouquets* en los *boulevards*, ó codeándose de continuo con *jokeys* y desbravadores.

La razón y la justicia se imponen siempre, y nada importa que en la actualidad se cuenten en la nación francesa los legitimistas por pares y los republicanos por miles; Dios mediante, y algunos golpes de efecto como el que hace poco realizó el *chico* de Orleáns, presentándose en Francia por mandato de su papá y contra lo dispuesto por una ley, triunfará la buena causa, y entonces ese mundo *chic* que hoy se alberga en el *Jokey Club* ó en el *Círculo de los Gentlemans* se desbordará, extendiéndose por ministerios y demás centros oficiales para hacer la felicidad de su patria.

Entretanto ellos trabajan contra la república por medios tan temibles como exhibirse con las más extrañas modas, que llaman la atención de todos y con las cuales preparan su popularidad. El príncipe de Gales, pontífice infalible é indiscutible de la moda, se encuentra ahora en París,

M.C.D. 2018

y ¡quién sabe si en un rapto de inspiración inventará otra cosa parecida al gabancillo, corto como mi chaqueta, deforme cual obra de sastre chapucero, sin costuras en la espalda y con el clavel blanco en el ojal, emblema del legitimismo! Hay que convenir que con un golpe así, la república vendría inmediatamente al súelo.

Yo no comprendo la tranquilidad de este gobierno, ante lo que puedan concebir esas cabezas enemigas tan correctamente peinadas, y que muchos, llevados de una injusticia imperdonable, aseguran que sólo contienen aire ó cuanto más un enorme guijarro. Hay que temer mucho las concepciones de esos Gastones y Gontranes, escuálidos y entecos, que se pasean por el Bosque de Bolonia con el bastón á estilo de cirio, y que diariamente ponen en caricatura dibujantes irrespetuosos.

Para desesperación de los viejos duques, que son como los pastores de esta grey noble y dorada, esperanza de la Francia, muchas veces el positivismo de la época se abre paso en las filas de su ejército, y no es extraño que el descendiente de un barón feudal que hacia la tertulia á la docena de reyes destronados que antes de la ley de proscripción vivían en París, arruinado por el juego, las queridas y los caballos, busque la revancha casándose con la acaudalada hija de algún antiguo fabricante de quesos ó chocolates.

Pero estos incidentes, son pequeñas nubecillas que no logran empañar el esplendente sol de la

M.C.D. 2018

aristocracia legitimista. Tan pequeñas faltas se olvidan inmediatamente y aun también otras de más bulto, pues algún privilegio han de tener los nietos de aquellos varones ilustres que en los pasados tiempos se distinguieron en Asia y en Europa por la brutalidad de sus fuerzas y lo duro de su mollera.

Hay que convenir en que estos nietos de la Edad Media, que de entonces á acá han conservado la sangre privilegiada en toda su pureza y que hace un siglo todavía gozaban de inmensas preeminencias, pasan por pruebas muy rudas, apenas dan un paso fuera de la sociedad á que pertenecen.

A la escuela de Derecho, asiste un vizconde descendiente en línea recta de Juana de Arco, que por un capricho raro en familias como la suya, hace algunos años que aspíra tan fatigoso como inútilmente á adquirir el diploma de abogado. La sociedad irrespetuosa y democrática del día, se muestra con él muy rigurosa, y el descendiente de la noble doncella de Orleans tiene que rebajarse á tratar con consideración á los nietos de sus antiguos vasallos, que pululan por el cuartel literario y asisten con él á las aulas, para librarse de este modo de plebeyos puñetazos.

Hace algún tiempo sus compañeros notaron que el vizconde desaparecía toda s las noches apenas sonaban las siete. ¿Dónde iría? Indudablemente asistía á obscuros conciliábulos de sus

M.C.D. 2018

iguales comprometiéndose tal vez en alguna tremenda conspiración legitimista.

Sus compañeros, llevados de la curiosidad, averiguaron lo que hacía á dicha hora, y supieron con sorpresa que el descendiente de Juana de Arco iba al Circo Hipódromo á ver á una amazona de última fila, hija de una castañera, que le trataba á latigazos y patadas como á un perro, si todas las noches no acudia puntual para entregarle veinte francos y ayudarle á ponerse los mallones de color de rosa.

2 noviembre de 1890.

M.C.D. 2018

IX.

LAS HIJAS DE LA NOCHE

Empiezan á hacerse más densas y obscuras las sombrías gasas que el crepúsculo extiende sobre las calles de París; comienzan á brillar inquietas las lenguas de fuego del gas dentro de los faroles ó á centellear los blancos focos eléctricos, semejantes á las pupilas de un albino; termina en los cafés la hora de la absenta; empieza el trabajo en los retaurants: y apenas tal sucede, sobre el asfalto de los *boulevards*, sentadas á las mesas de los comedores públicos ó contemplando con fingido interés los escaparates, mientras miran al mismo tiempo con el rabillo del ojo á los que están detrás, aparecen un sinnúmero de mujeres, que van solas ó formando parejas, mujeres que tienen una existencia particular y rara, á quienes jamás veis por el día, y que semejantes á las aves nocturnas, como si el sol les incomodara, aguardan las primeras sombras para salir de su madriguera.

París, en las primeras horas de la noche parece una ciudad invadida por inmenso ejército femenino. Doquiera dirigís vuestros pasos, encontráis siempre los mismos tipos, aunque presentados en

M.C.D. 2018

diversas formas. Unas, las de clase más modesta, vestidas extravagantemente con ropa que á la legua delata su procedencia de deshecho, se paran en las esquinas devorando el pedazo de pan y de carne que acaban de comprar en la *cremerie* y que tal vez constituye su única comida diaria; otras que apenas si parecen llegadas á la pubertad, pequeñas, entecas y vistiendo todavía como niñas, saltan y corren por las aceras con grande algazara, gozando en empujar rudamente al pacífico transeunte que nada les dice; muchas pasan andando con gravedad soberana, vestidas con arreglo al último figurín y dejando tras sí una estela de punzantes perfumes; pero todas ellas miran de igual modo y llevan idéntica expresión en el rostro, lo mismo la que viste de negro con cierto aire monjil y lleva la cabeza descubierta, que la que ostenta el ancho sombrero de alas serpenteadas y ondulantes plumas.

La virtuosa madre de familia, la joven honrada, no se atreven á salir así que cierra la noche, sino del brazo del esposo y del hermano, porque muchas veces las identidades en el vestir producen gran confusión y tremendas equivocaciones.

Esa invasión que nocturnamente sufre la gran ciudad es lo que la deshonra á los ojos del mundo; es la que hace aparecer como centro, únicamente de placeres y vicios, á una población cuyo vecindario en su gran mayoría honrado, trabajador y virtuoso.

Pero el inmenso número de seres que alberga

M.C.D. 2018

París pertenecientes á la clase antes descrita, es suficiente para dar á una capital un carácter poco honroso que realmente no tiene.

¿Cuántas son las mujeres que en las primeras horas de la noche salen á las calles de París á buscar el sustento á cambio del honor?

Primeramente se imagina que son algunos miles, pero cuando se acaba por ver que apenas hay calle ni establecimiento de recreo de la inmensa ciudad donde ellas no envíen su representación, no se puede menos de creer, que semejantes á los descendientes de Abraham, su número es tan inmenso como las estrellas del cielo ó las arenas del mar.

La última estadística formada por la policía en el pasado año, hace ascender á cerca de setenta mil el número de mujeres de tal clase que habitan la gran ciudad, cifra que espanta y que hace pensar con tristeza en que otras tantas son las madres honradas que ha perdido la sociedad.

Este inmenso ejército del vicio se ve diariamente combatido con gran rudeza por la miseria y las enfermedades; en él la muerte se ceba con una insistencia feroz que no guarda para otras clases; y á pesar de esto, sus filas no se aclaran, y en el hueco que deja una que cae para siempre, aparece inmediatamente otra, que trae todavía en las mejillas el color de melocotón sazonado, signo de salud y robustez que no tardará mucho en perder.

Para que tan incesante reemplazo se verifique

M.C.D. 2018

en su ejército, el vicio tiene especiales y activos reclutadores, y el más principal de éstos, es la atmósfera de corrupción propia de las grandes ciudades.

Según las observaciones de esos sabios parisienses que se dedican á estudios en la apariencia algo fútiles, pero que en el fondo tienen trascendencia social, de cada diez mil muchachas que anualmente llegan del fondo de los departamentos á la gran ciudad para dedicarse al servicio doméstico, mil se vuelven á sus pueblos á los pocos meses por no ser aptas para tal profesión ó sentir demasiado la nostalgia de la patria; otras tantas consiguen á fuerza de sisas y economías por espacio de cuatro ó cinco años reunir tres mil francos, con lo que compran un marido, *garzon* de hotel ó símplemente visitante de tabernas; unas diez ó doce se arrojan al Sena, pues cometen—como diría una parisién—la insigne tontería de tomar el amor en serio; y las restantes, maleadas por el ambiente de la ciudad, con la conciencia corrompida por los ejemplos que continuamente se presentan á sus ojos, desesperadas de poder reunir la mínima cantidad de dinero que necesita en Francia una mujer para casarse, y seducidas por el espectáculo de algunas que meses antes fregaban platos como ellas, y en la actualidad visten mejor que sus antiguas señoritas y gastan á todas horas fiacre de alquiler, se deciden á hacer un cambio radical en su vida y conducta, pasan el Rubicón que en estas cir-

M.C.D. 2018

cunstancias representa el honor, y van á engrosar aquellas mesnadas femeninas que atraen la presencia en París de toda la gente rica y corrompida de las cinco partes del mundo.

¡Qué tristes historias sintetiza cada una de esas infelices que pasa la vida riendo por las calles y cafés de París! Muchas veces la más descocada é insolente, que remedando los ademanes que veía á sus antiguas señoritas ha conseguido darse cierto aire de distinción, y hace creer á sus imbéciles amigos que es hija de un banquero arruinado, de un general perdido por la política, etc., es causa de que dos pobres ancianos, allá en lo más ignorado del último departamento y en su miserable choza, lloren noche y día, creyendo muerta la hija que salió del pueblo cuando muchacha, para ir á servir á París, con las mejillas rojas por el rubor, los ojos bajos y el aire timido é inocente. Los infelices padres recibían todos los meses una carta garrapateada. en la que la niña les decía que su salud era buena y les contaba las cosas de sus amos; pero llegó un mes en que la carta faltó, y al siguiente tampoco vino, y así fué sucediendo por mucho tiempo, hasta que al fin los dos viejos fueron á Paris á buscar á su única hija; pero su intentó resultó vano, y á los pocos días, asustados del ruido de la gran ciudad, se volvieron á casa para llorar á la muchacha, que, según sus deducciones, habría sido aplastada por un coche ó se habria ahogado en el Sena. Aquellos infelices lloran sin tregua...

M.C.D. 2018

y con motivo, pues se conduelen de la mnerte de la hija honrada é inocente, y ésta ya no existe, puesto que los virtuosos ancianos nunca querían reconocer á su hija de ayer en la mundana desenvuelta de hoy.

Historias como éstas, hay muchas en la gran ciudad, pues se encargan de formarlas la mayor parte de esas jóvenes que llegan á París cubiertas con ridículas cofias y mirando á todos con aire cerril y salvaje, para al cabo de un año ir por las calles llevándose tras sí centenares de miradas, cubiertas de las más costosas galas que constituyen la última moda, y muchas veces salpicando de barro con las ruedas de su carruaje, á las mismas familias á quienes meses antes les servían la sopa todos los días á las seis de la tarde.

Muchas veces esas mujeres que tal salto han dado en su existencia, rodando de brazo en brazo, encuentran algún poeta que les cante, porque la lira de la juventud que sólo quiere entonar himnos á la belleza, es poco escrupulosa en punto á moralidad, é indudablemente entre las Ninon, las Ninettes y la Lilis, á quienes dedicaba sus originales sonetos Alfredo de Musset, el poeta más dulce y más cínico á la par que ha tenido Francia; entre aquellas mujeres que merecían tan hermosas frases y tan aéreos conceptos, las había que poco tiempo antes barrían las escaleras, se llamaban Paulas ó Mauricias y no conocían más versos que los estúpidos de los *couplets* populares.

M.C.D. 2018

¡Es triste cosa que un par de trajes elegantes y cuatro ademanes imitados, basten para trastornar el seso de un gran poeta, y que su lira rompa deshonrosamente á cantar el vicio y la corrupción!

Pero no es solamente la clase antes indicada la que contribuye á que el vicio tenga siempre su sacerdocio en París, pues éste se ve también engrosado por otros elementos.

Acuden á la gran ciudad como mariposas atraidas por fuerte luz, desdichadas de todos los paises; lo mismo de las risueñas campiñas andaluzas que de los campamentos cosacos; igual de las repúblicas americanas que de las posesiones europeas de Africa; y ellas hacen desfilar, por frente á esos millonarios que durante el invierno sientan sus reales en los *boulevards*, todos los tipos, colores y configuraciones de los diversos pueblos de la tierra.

Junto á todas estas, descuella dándose inmediatamente á conocer, la indígena ó propiamente parisién, la que sí ha salido más allá de las barreras, sólo ha ido á Versalles ó Suressnes, y que cree que el centro del universo, á cuyo alrededor giran el sol y todos los planetas, es el *boulevard* de los Italianos; mujer original y rara, á quien gusta todo lo extravagante, y que tiene la ágil perversidad del mono, la fatuidad y los discordes chillidos del pavo real y las marrullerías y malas intenciones de un gato viejo.

El tipo de la alegre parisién es un ejemplar

M.C.D. 2018

BIBLIOTE
VALENC

repetido hasta el infinito, pero siempre con el mismo texto. Su historia es siempre idéntica. Nace y crece en una portería ó en un sotabanco. La madre vende flores ó frutas en un carretoncillo por las calles, el padre trabaja tres días á la semana, y en la noche del sábado, después de andar á puñetazos con su mujer por cuestión de mejor derecho para guardar los ochavos, se mete en la taberna de donde sale el miércoles casi á gatas. La niña como ya es grande, trabaja en un taller tranquílamente, hasta que un día la compañera la tienta á ir por la noche á un baile cualquiera, y allí danza con un muchacho que empieza su conquista regalándole un ramo de violetas de cinco céntimos y convidándola á un bock, y acaba por enamorarse de aquel tipo delicioso que sabe ponerse el sombrero de canto sobre la nariz, que imita el canto del gallo con exactitud sorprendente, que baila la *quadrille* haciendo el pajarito, y que tiene un sin fin de hermosas habilidades, aunque desconoce la más principal, ó sea la del trabajo, pues no falta quien le asegura á ella, que el tal ente vive de poner contribución á los afectos dé sus enamoradas.

Desde aquel día la muchacha no vuelve á su casa; el padre, entre vaso de vino y copa de kirsckic, jura á sus compañeros de la taberna que donde la pille la va á matar; la madre llora y cuenta sus penas á la vecina, y así pasan los meses hasta que un día la encuentran en el *boulevard* los autores de sus días, elegantemente vestida, del brazo

M.C.D. 2018

de un caballero y... no sucede absolutamente nada, pues al marido le parece muy agradable tener una hija que siempre que le encuentra le da un par de francos para beber, y la mujer casi se alegra de que la niña no haya venido á casarse al fin con cualquier muchacho del barrio que la haga desfallecer de hambre y le administre una paliza semanal.

¡Especial modo de ser el de gran parte de las familias parisienses! Las honradas familias españolas jamás podrán comprender para fortuna nuestra y de la moral, esa indiferencia afrentosa que se manifiesta aquí, entre ciertas clases, ante la pérdida del honor.

El espectáculo que ofrecen esas infelices jóvenes, entregadas á una incesante crápula en la edad de los ensueños y de las ilusiones, no puede ser más triste y desconsolador. Se ven entre ellas, rostros francos y hermosos, que á primera vista parecen frescos é inocentes, pero que mirados con más detención, delatan una fatiga inmensa, prepia del abuso de la vida; y aquellas bocas, muchas veces plegadas por angelicales sonrisas, se abren para dejar oir voces roncas por el alcohol, que profieren las más soeces frases ó los más tremendos juramentos, con una naturalidad abrumadora.

La vida nocturna de esas infelices, está de continuo llena de sobresaltos y peligros, pues cuando no las incomoda el vicio con sus más hediondas formas, las persigue la sociedad, que tiene

M.C.D. 2018

más cuidado en sacar provecho de los seres que viven fuera del mundo de la moral, que en redimirlos de tan degradante esclavitud.

Muchas veces, el transeunte de rostro bondadoso que pasea su bonhomia por las calles durante la noche, se ve de repente agarrado del brazo por una mujer que empieza á marchar junto á él, con la naturalidad de antiguos amigos. El sorprendido intenta preguntar, però ella le ruega que calle, y así andan un poco hasta que al llegar á cualquier esquina, el hombre, que ya empieza á interesarse por comprender en qué parará aquello, ve que su pareja le abandona y desaparece. Es que aquella infeliz va perseguida por la policía, que siempre se muestra cruel con el vicio que no da parte de sus rendimientos al Estado, y para salvarse, se agarra al brazo del primer hombre que encuentra, lo que la pone á cubierto de toda detención.

Tan inmensa falange, de víctimas de la concupiscencia de una gran ciudad, aumenta todos los días. Raro es aquel en que las oficinas de la policía, no reciben reclamaciones de dos ó tres familias para que busquen otras tantas jovenes fugitivas del hogar doméstico; pero como no andaría muy medrada la institución que vela por la seguridad pública si tuviera que atender á tan contínuas demandas, son pocas las diligencias que se hacen para buscarlas, y á las muchachas emancipadas de la tutela paternal para ser víctimas de las pasiones, les basta mudarse á un barrio de París algo distante del que ocupan sus

M.C.D. 2018

parientes, para que éstos no las encuentren en años.

El antimoral ejército que pulula por París, tiene dos tremendos enemigos que ametrallan de continuo sus filas causando muchas bajas: el hambre y las enfermedades.

Cuando el vicio forma las legiones que sostienen su bandera y pasa revista, encuentra muchos huecos en ellas. ¿Qué se ha hecho Titin, Odilia, Shara, Iseult y Minií?

Que se lo pregunten al Hospital ó al Sena. Las más han perecido á manos de la miseria, y sus cuerpos figuran en las mesas de disección de la escuela de Medicina; y las otras se han suicidado arrojándose al río, porque estaban cansadas de vivir... á los veinte años.

13 de Octubre de 1890.

M.C.D. 2018

X

EL BARRIO LATINO.

Con la llegada del invierno ha comenzado á cobrar su carácter original y propio el barrio de París, que no tiene igual, en ninguna de las grandes capitales del mundo.

Con las primeras brisas heladas, las golondrinas han levantado su vuelo dirigiéndose á las costas de Africa; pero para remediar tal ausencia, han llegado, procedentes de todos los departamentos y aun de lejanas naciones, los estudiantes tan ruidosos y alegres como dichas aves, y que á semejanza de ellas que cuelgan sus nidos de los más altos tejados, van á refugiarse en los últimos pisos de los hoteles del Barrio Latino, que en altura parecen querer competir con la torre de Babel.

Ya ha despertado de su sueño veraniego el cuartel literario de París: sus establecimientos de enseñanza, desperezándose, han arrojado el polvo que cuatro meses de clausura depositaron en sus aulas, y las calles del Barrio tienen esa animación *sui géneris*, ese aspecto especial que tantos ilustres escritores han descrito magistralmente sin acercarse por esto á la realidad.

M.C.D. 2018

El Barrio Latino es lo más notable que tiene París. Esto parecerá á muchos que hayan visitado la gran ciudad un tremendo sacrilegio; y, sin embargo, es una verdad irrebatible. El París de la derecha del Sena, es una ciudad magnífica que causa admiración al viajero en los primeros instantes, pero que al fin termina por parecer monótono. Sus grandes *boulevards*, sus magníficos edificios, sus colosales establecimientos, sorprenden al principio, mas después se les mira con indiferencia, porque son obra del progreso moderno, y otras capitales pueden ofrecer igual espectáculo al viajero, si no mejor: allí no existe esa seducción de lo antiguo, lo tradicional y lo histórico, que evoca en la memoria una serie interminable de recuerdos. En cambio la otra parte de la ciudad, que está á la izquierda del río, es el París antiguo, el París de la Soborna, la antorcha del saber qne hace siglos está batallando con las universales sombras de la ignorancia; el que desde la Edad Media atraía á todos los hombres eminentes del mundo que venían á este Barrio á adquirir conocimientos para después difundirlos en sus respectivas naciones, y que en las épocas de guerras sangrientas y de brutales reacciones, se convirtió en arca santa é inviolable, donde estaban encerradas, esperando la hora de salir nuevamente á luz, todas las conquistas hechas por la ciencia en el terreno de lo desconocido.

Del inmenso número de viajeros que diariamente llegan á París, pocos, muy pocos, son los

M.C.D. 2018

que visitan este Barrio, que tiene más importancia que el resto de la gran ciudad. Los *boulevards* centrales, con sus placeres, devoran las remesas de viajeros que no saben pisar otro suelo que su asfalto, y sólo algún inglés con su gorrilla microscópica á la cabeza y sus gemelos á la bandolera, se atreve á pasar los puentes y pasearse por este Barrio, cuyo nombre, apesar de tal desdén, es universal.

Muchos de esos elegantes viajeros que van de una ciudad á otra por pura moda y que salen de París sabiendo únicamente que en Longchams se hacen muy buenas corridas de caballos. y que en la *Maissón Doré* ó en casa Brebánt es donde se come mejor en el mundo; al hojear la *Guia* da la gran ciudad y encontrarse con el Barrio Latino, se dirán indudablemente:

—¡Bah! ¡El Barrio de los estudiantes! ¡Gran cosa tendrá que ver!

Y es porque ellos no saben que las cuatro calles que componen tal cuartel son sin disputa las más importantes del mundo, pues en ellas han vivido hombres eminentes de todas las naciones en sus épocas de emigración ó de asíduo estudio, y por ellas han paseado su juventud los genios de la política ó de la literatura, cuyos nombres ha repetido y repite el mundo con respeto.

¡Qué impresión causa en el aficionado al estudio que habita en tal Barrio, el encontrarse á cada paso con recuerdos perennes, no ya de los grandes hombres que ilustraron pasados siglos, sino

M.C.D. 2018

de los que llenan nuestra época con los ecos de su renombre!

Por estas calles que os sirven de paseo, por el café que visitáis todos los días y tal vez por el mismo hotel que os alberga, han pasado los genios cuyas obras forman vuestro principal encanto.

En el Barrio Latino parece que se viva en continuo contacto con los grandes hombres que murieron y con las notabilidades que aun existen; y no se puede reprimir cierto movimiento de satisfacción, cuando cualquier viejo dueño de hotel de la calle de las Escuelas, os cuenta que hace años alborotaba ésta con su atronadora voz, un estudiante atlético y tuerto, hijo del Mediodía, que lo mismo perseguía á las muchachas, que pronunciaba discursos republicanos en los cafés, y al cual le llamaban León Gambetta; ó que por igual época conocían á un muchacho tímido y enteco como una señorita, que llamaba la atención por sus melenas merovingias y por los muchos libros que siempre llevaba bajo el brazo, y cuyo nombre era Alfonso Daudet.

En este Barrio han llorado y han reído cuando muchachos, todos los hombres que estaban destinados á dar á Francia esa hegemonía intelectual que tiene sobre el resto del mundo; han sufrido hambre y frio. solos y desconocidos, los que después debían ganar millones con su pluma, y han tenido sus primeros amores los genios á quien la

M.C.D. 2018

admiración universal coloca en la categoría de semidioses.

Todas las mañanas cuando á la hora del almuerzo subo el *boulevard* Saint Michel, principal arteria del Barrio Latino, me detengo algunos minutos para contemplar en una de sus esquinas, á una vieja de más de ochenta años, que vende barquillos y á la cual profesan cariñosa veneración todos los estudiantes con ínfulas de escritores, á causa de que allá por los años que median entre el 25 y el 30 del presente siglo, ó sea cuando ella era una de las muchachas más bonitas del cuartel, vivió algunos meses en amorosa intimidad con un jovenzuelo llamado Víctor Hugo que ya comenzaba á tener entonces alguna celebridad por sus *Orientales* y sus *Odas*. ¡Quién sabe si muchas de las poesías del vate sublime que hoy nos arrancan un grito de entusiasmo, habrán sido escritas bajo la influencia de un beso de esa boca hoy arrugada y sin dientes, que os da las gracias débilmente cuando alargáis á su dueña una pieza de cinco céntimos! La vida no es más que una serie de contrastes.

Y así como encontráis en este Barrio los vestigios de hombres tan eminentes, halláis también el café donde lucía su imaginación y su fatuidad un joven mulato que era escribiente en la administración del príncipe de Orleans, llamado Alejandro Dumas, y que por entonces no pensaba aun en escribir novelas; la cervecería donde Musset recitaba sus originales poesías á una turba de

M.C.D. 2018

admiradores estudiantes, que hacían gala inocentemente de un cinismo que por fortuna no tenían; la taberna donde Enrique Murger fumando su pipa predicaba con el ejemplo aquella vida bohemia que después imitaron los literatos de todos los países; y la tasca miserable llamada *del Papá anteojos*, donde hace algunos años se reunían todos los ladrones y asesinos de París, y á la cual asistió con gran asiduidad Eugenio Sué para estudiar los tipos que luego debía poner en escena en sus *Misterios de París*.

De este Barrio han salido todos los grandes hombres de Francia y en él han vivido los políticos extrenjeros en sus épocas de emigración. Nuestros hombres públicos Pí y Margall y Salmerón, pasaron sus tiempos de proscripción en este Barrio donde están las mejores bibliotecas de París, y en cuyos establecimientos de enseñanza dejan oír su voz los sabios que en el mundo de la ciencia figuran en primera fila.

El aspecto que presenta el Barrio Latino es propio del lugar donde tiene su nido la ciencia y la ilustración. En un pequeño perímetro que bien puede recorrerse en cinco minutos, encontráis un gran número de estatuas destinadas, no á inmortalizar, como las que existen en el resto de Paris, á guerreros más ó menos heroicos, á políticos mejor ó peor reputados ó al introdctor de las patatas en Francia, sino á grandes hombres de la ciencia y la literatura que han influido notablemente en el progreso humano. En la calle de las

M.C.D. 2018

Escuelas encontraréis en un espacio menor de cincuenta metros, la estatua de Homero pulsando su lira en el peristilo de la nueva Sorbona, y la del Dante y Claudio Bernad, los dos grandes descriptores del infierno y del cuerpo humano, en el jardincillo que se extiende á la entrada del Colegio de Francia. Bajáis al *boulevard* San Germán y veis la gigantesca estatua del filósofo Esteban Dolet, librepensador y sabio enérgico, que prefirió ser quemado en el siglo XVI, en el mismo lugar que hoy ocupa su monumento, antes que abjurar de sus doctrinas; y la de Broca, el hombre ilustre fundador de la ciencia antropológica; y si subís hasta el paseo del Luxemburgo, encontráis allí infinidad de pequeñas estatuas que representan á los literatos franceses más eminentes del presente siglo.

En el Barrio Latino están todos los establecimientos de enseñanza de París; la Sorbona, las escuelas de Derecho y de Medicina, la Politécnica y el Colegio de Francia, y además la biblioteca de Santa Genoveva, soberbio edificio atestado de libros escritos en todos los idiomas, y junto al cual nuestra tan reputada biblioteca nacional de Madrid, presentaría el mismo contraste que una casa de vecindad al lado de la torre Eiffel.

Como si Francia concediera al Barrio que ha sido el *alma mater* de su ciencia, el honroso encargo de velar el eterno sueño de sus hijos ilustres, dentro de él se encuentra el Panteón en cuyas criptas, siempre abiertas al público, están las

M.C.D. 2018

tumbas de Voltaire y Rousseau, junto al féretro de metal que guarda el cadáver de Víctor Hugo; y en donde se está trabajando hoy para construir un soberbio mausoleo digno del gran Danton.

Pero todos estos edificios pierden su importancia al ser comparados con el que se levanta á la izquierda del *boulevard* San Miguel, teniendo su principal entrada por la calle de las Escuelas. Es Cluny; lo que primeramente fué las termas y el palacio de Juliano *el apóstata*; después el histórico monasterio que hacía sentir su oculta influencia en toda la cristiandad, y hoy el primer museo de antigüedades del mundo.

El edificio tiene un corte extraño y original, pues todas las épocas han puesto allí una parte de su gusto artístico. Hay en él, sólidos muros de argamasa romana, agujereados por esbeltas ojivas góticas de afiligranados remates, y soportando el peso de lápidas con inscripciones en idiomas casi desconocidos, ó de jimios y quimeras de piedra tan horribles y epilépticos como los podian concebir las extraviadas imaginaciones de los artistas de la Edad Media; y los tonos negruzcos y sombríos de tan viejo edificio, se alegran y cobran hermoso claroscuro con la hiedra que, formando verdes culebras, se enrosca hasta lo más alto de almenas y torrecillas. El interior, en su decorado, no tiene el carácter vulgar de cualquier otro museo, pues todos los salones parecen propios de un castillo feudal, y os produce el efecto de un cruel anacronismo, el que el pavimento

M.C.D. 2018

sea de madera y los dependientes vistan el frac de uniforme. En aquellas espaciosas cámaras, terminadas cada una con auténtica chimenea gótica atestada no de menuda leña, sino de colosales troncos, están almacenados objetos de todas las épocas, desde las más remotas hasta la fecha; siendo tan completa la colección, que á su vista se podía escribir sin perder detalle la historia de la civilización humana. Allí figuran desde el hacha de piedra de los tiempos prehistóricos, hasta el sutil espadín del pasado siglo; lo mismo el extravagante zapato de la castellana mediévica que el microscópico chapín de la *incroyable*; y en una misma estancia veis, armaduras de todos los tiempos, trajes de todas las épocas, carruajes de todas formas, desde el tiempo en que el hombre creyó que era más cómodo explotar las bestias que andar á pie, hasta el siglo pasado en que se construían casas sobre ruedas que se llamaban carrozas; y separados por sólo algunos metros, el yatagán del sarraceno del lecho del rey gótico, la corona de nuestro monarca Recesvinto de la diadema de un emperador romano, y un cincelado de Benvenutto Cellini, de férreo cinturón de castidad que el señor feudal ponía á su esposa antes de partir á la guerra de las Cruzadas.

El jardín de Cluny es tan original y tiene tanto carácter como el edificio. Entre los altos árboles se levantan fragmentos de arcadas góticas y románicas, piedras sepulcrales con indescifra-

M.C.D. 2018

bles inscripciones, estatuas de obispos lacios y en actitud de bendecir, grifos quiméricos y bustos griegos, todo ello herido por la mano del tiempo, gastado por los vientos y las lluvias, devorado por las plantas trepadoras que se empeñan en cubrirlas con sus hojas, pero en pie, á pesar de tales enemigos, y pareciendo entonar de continuo en nombre de su antigüedad, un himno mudo de protesta contra los faros de luz eléctrica que por las noches les envían sus rayos desde el vecino *boulevard*, contra el vapor que brama en los barcos del cercano Sena y contra el gobierno que les hace permanecer en una gran ciudad moderna, al lado de una calle populosa y en un jardín, donde muchas veces sirven de ridícula diversión á imbéciles y á niños.

El más notable escenógrafo se daría por muy satisfecho si pudiera trasladar el jardín de Cluny á una decoración que sirviera para el cuadro fantástico de *Roberto il diavolo*.

Este jardín guarda todo un muudo de recuerdos. En él han sido proclamados por los legionarios de las Galias emperadores romanos como Juliano; por entre sus árboles paseó en otro tiempo un monje alemán que se llamaba Hildebrando, y que después debía tomar el título de Gregorio VII para asombrar al mundo con su audaz intento de la monarquía universal del Papado, y bajo su suelo almacenaron tantas riquezas los monjes, que según las crónicas, en cierta ocasión, se necesitaron siete días y muchos hombres para sacar todo el

M.C.D. 2018

oro y alhajas que guardaba el monasterio; á pesar de todo lo cual, el terreno que tan gloriosa historia tiene, hoy sólo se ve frecuentado por unas cuantas viejas que á la sombra de las arcadas y sentadas en los verdes bancos, hacen sus labores y se ocupan de los para ellas felices tiempos en que había reyes en Francia; ó por turbas de chiquillos que se meten en la hierba para contemplar de cerca y con cierto temor, al dragón de piedra que tiene eternamente abiertas sus amenazantes fauces, ó hacerle muecas á la estatua de algún preste barbudo que mira al cielo envuelto en su capa pluvial.

Cluny, á pesar de sus recuerdos, apenas si atrae la atención de esa juventud del barrio que después de algunas horas de estudio busca el placer y la alegría. Los cafés de Soufflet y de Vachette que están algunos pasos más arriba, en las dos esquinas de la desembocadura de la calle de las Escuelas, llaman mucho más su atención, porque si en ellos no hay históricas armaduras ni túnicas de castellanas, se encuentran en cambio vestidos elegantes que cubren los cuerpos de las muchachas más alegres del barrio, y en vez de austeros obispos góticos, la vista tropieza con lindas ramilleteras que para vender diez céntimos de flores se dejan abrazar un sinnúmero de veces.

Estos dos cafés conservan hoy todavía la importancia política que les dió un hecho no muy lejano. De estas dos esquinas salió la muerte po-

M.C.D. 2018

lítica de Boulanger, siendo verdaderamente casual que el hombre que dirigía su partido desde el cuarto de cualquier *restaurant* ó desde los entresuelos del café de Riche, recibiera el golpe de misericordia, de los parroquianos de dos establecimientos iguales á los que él empleaba como campo de operaciones.

Cuando la falsa y pagada popularidad del heroe de la barba rubia era más grande; cuando toda Francia estaba sometida tácitamente á él y los viejos republicanos no se atrevían á protestar contra la naciente dictadura, esta juventud bulliciosa que todas las noches llena los salones de dichos cafés, y que es firmemente republicana y enemiga de dictaduras y militarismos, se olvidó del placer para ocuparse de cosas serias, y allí mismo se organizaron las manifestaciones antiboulangeristas que alarmaron á París por espacio de un mes.

Aquel arranque de la juventud escolar entusiasta y desinteresada, provocó la ira de Boulanger, que envió á la esquina de la calle de las Escuelas, cuadrillas de mozos de tahona y de carnicería armados con colosales garrotes y pagados á razón de cinco francos por día, para que sofocasen á viva fuerza aquel movimiento. Los estudiantes supieron resistir aquella brutal agresión, organizada por Boulanger, teniendo indudablemente por modelo nuestra *partida de la porra*, y desde entonces el citado lugar fué por espacio de un mes teatro de soberanas palizas y pateaduras,

M.C.D. 2018

de las que sacaron su parte los agentes de policía; pues á estos estudiantes todas las ocasiones parecen santas y buenas para vengarse de sus eternos enemigos los *sergents de ville*, á los que profesan un odio sin límites.

El resultado de aquella campaña fué el desprestigio y la caída moral de Boulanger, y hoy los estudiantes, esa semilla de burgueses como los llama el ofendido Rochefort, se enorgullecen de haber sido los que contribuyeron más eficazmente á la salvación de la República. Su odio al exgeneral es eterno, y á pesar de que ahora le ven vencido, llevan su encono hasta poner en grandes letras bajo todos los carteles que en el Barrio anuncian especialistas en enfermedades secretas, «médico de cámara de Boulanger.»

Si en el boulevard San Miguel son hoy considerados los dos referidos establecimientos como otras tantas instituciones, no les va en zaga el café del Museo de Cluny, situado frente á este edificio, y que de antiguo es el punto de reunión de las personas serias del barrio, porque en él no se permite la entrada á las muchachuelas que pululan por el boulevard.

En sus mesas figuran los mismos señores graves, distraídos y melenudos, como el Paganel de «Los hijos del capitán Grant,» que por la mañana veis salir de la Sorbona ó el Colegio de Francia después que han explicado en su cátedra, puestos de frac, que es aquí el traje oficial de los profesores, y leyendo siempre por la calle, con

M.C.D. 2018

tal ensimismamiento, que muchas veces no reparan que se ensucian metiéndose en el arroyo.

Cerca de éstos se sientan otros parroquianos que no hablan en francés, que no saben decir nada en su lengua en voz baja, y que sus palabras las acompañan siempre con fuertes puñetazos sobre la mesa. Son españoles procedentes de las emigraciones republicana y carlista, que á pesar de su divergencia de opiniones, se reunen porque se sienten atraídos por ese espíritu de nacionalidad tan imperioso fuera de la patria; pero muchas veces olvidan la mutua conveniencia, sacan á plaza el santo de sus ideas políticas, y entonces son de ver los rostros escandalizados de los pacíficos parroquianos del café, ante aquellas vociferaciones matizadas de expresiones tan enérgicas como poco cultas.

Describir el Barrio Latino, aunque sólo sea ligeramente, es empresa difícil por la gran extensión que requiere. Pero si cierto interés tiene el hacer la descripción de esta parte de París, no lo tiene menos el pintar los diferentes tipos que forman su vecindario, y esto es lo que haré á la mayor brevedad.

El estudiante parisién es un ser digno de estudio, encerrado siempre en los límites del barrio; pues, como dice Julio Simón, sólo cuando se siente acometido de esa flebre de lo desconocido que ha empujado á los más ilustres viajeros, se atreve á pasar el Sena y llega denodadamente hasta la calle de Rivoli.

M.C.D. 2018

El escolar que esto hace es uu Stanley entre los suyos, pero pronto se arrepiente de su heroicidad y se siente fastidiado en el Paris comercial ó elegante, por lo que vuelve rápidamente á su Barrio Latino, en el que no hay fábricas ruidosas, sino silenciosas bibliotecas, y en el que encuentra establecimientos que le dan lo que los grandes almacenes de la otra parte del río no le pueden proporcionar; sombreros de copa magníficos á seis francos y zapatos de charol á ¡siete francos el par!

10 de Octubre de 1890.

M.C.D. 2018

XI

LOS HABITANTES DEL BARRIO LATINO.

El que se dedicara durante un año entero á pasear por los *boulevards* centrales y todas las demás grandes arterias de París, por donde desfila en períodos determinados Europa entera, podía muy bien apostar á que en tal espacio de tiempo no veía dos veces las mismas caras en los transeuntes.

Esta es la gran diferencia que distingue el Barrio Latino del resto de París. En sus calles se ven siempre los mismos rostros ó idénticos tipos, porque el tal Barrio tiene su población propia que no se renueva más que muy de tarde en tarde.

Los estudiantes, que constituyen su vecindario, guardan aún cierto espíritu de clase, y se agrupan para hacer la vida en común y resistirse contra la tendencia igualitaria que reina en la sociedad presente, y que destruye todas las asociaciones tradicionales.

En París, como en Alemania é Inglaterra, la clase escolar ha sabido resistir al nivelador rasero de los tiempos presentes, y si no conserva

M.C.D. 2018

todas sus costumbres antiguas, tiene aún su existencia especial que la distingue.

Alemania tiene sus masonerías escolares con sus grotescas y á veces terribles ceremonias; Inglaterra conserva sus universidades rivales de Oxford y Cambridge con sus eternas y originales luchas, y Francia posee un Barrio Latino con sus costumbres extravagantes y su aspecto cosmopolita.

El cuartel parisién, que tiene por corazón la Sorbona, es en realidad una aglomeración de representantes de todos los pueblos. En sus calles suenan las voces de todos los idiomas conocidos, y hasta resulta raro oir hablar en francés. Hay en él, á más de una verdadera nube de negros, americanos y rusos, estudiantes chinos, japoneses, egipcios y árabes. En el reducido espacio de un café, oís hablar en los más difíciles y raros idiomas. En cada mesilla se habla una lengua diferente; muchas veces, estudiantes de la misma nación, se separan para hablar en el dialecto de su provincia, y español hay en el Barrio, que pasa horas enteras junto á un grupo de muchachos fornidos y rubios que hablan un idioma tan raro como rudo, y tomándolos por rusos ó polacos, viene al fin á averiguar que son compatriotas suyos, pero como hijos de las Vascongadas, se expresan en éuskaro.

La misma confusión que reina en el Barrio Latino en cuanto á idiomas, impera también en la cuestión de trajes. La tal parte de París vive

M.C.D. 2018

en perpetuo Carnaval, y de seguro que los trajes que en ella pasan sin extrañeza, arrancarían una gran carcajada en la otra orilla del Sena.

Confundidos con los alumnos de la escuela de Derecho ó la de ingenieros que van siempre correctamente vestidos á la última moda, lo que les vale cierto desprecio de los demás camaradas, pululan los estudiantes de Medicina con sus descomunales boinas de terciopelo negro ó sus chisteras de alas planas que sirven de coronamiento á unas hirsutas melenas que siempre rebasan los hombros; los cursantes de Bellas Artes imitando en sus trajes á las pasadas épocas, con su capa española ó italiana y un chambergo romántico que pide á voces una tiesa pluma de gallo; las estudiantas en su mayoría rusas, feas como muchachos, con el pelo cortado, sucias gafas sobre la chata nariz y por toda indumentaria su largo pardesú, una gorra de astrakán y una descomunal cartera para meter libros y papeles; y los alumnos de la Escuela Politécnica, con su vistoso uniforme negro y dorado, su airoso sombrero de picos, su esclavina impermeable y su espada rabitiesa, atalaje que visto de lejos les da el aspecto de pájaros exóticos.

Entre la bulliciosa población del Barrio Latino, los *politécnicos* gozan de una extrema consideración que deben á su futura importancia y á su brillante historia.

De entre ellos han de salir forzosamente los primeros ingenieros del mundo, que se inmortali-

M.C.D. 2018

zan con obras tan estupendas como la torre Eiffel, los generales que han de mandar ese ejército monstruoso en el que Francia cifra todas sus esperanzas y aun los hombres que ocuparán las primeras magistraturas del Estado, pues los dos primeros políticos de la nación en la actualidad, Carnot y Freycinet, proceden de la Escuela Politécnica.

Además, la historia de la tal escuela merece hoy gran aprecio y no menores elogios, pues está llena de hechos que demuestran adhesión y amor á la República. En Francia ocurre una cosa muy distinta á la que sucede en otros pueblos. En varias naciones de Europa, las armas especiales del ejército y las altas clases científicas, se han mostrado siempre amigas de la reacción y contrarias al progreso político; en Francia ha ocurrido todo lo contrario, pues dichas clases, por el hecho de ser más ilustradas, lo mismo en épocas favorables que en las adversas, han llamado la atención por sus opiniones republicanas.

La Escuela Politécnica, en todas las revoluciones populares ocurridas en París en el presente siglo, ha enviado sus alumnos á morir en las barricadas, y en las épocas de tiranía y usurpación ha sabido protestar con la pasividad enérgica del caído que medita su rehabilitación.

París recuerda aún la conducta de los politécnicos durante el imperio de Napoleón III. En aquel período de brutal cesarismo que medió entre la segunda y la actual República, los alumnos de la escuela que están organizados militarmente

M.C.D. 2018

y forman un batallón, se negaron en todas cuantas revistas y actos oficiales tomaron parte, á aclamar al emperador que odiaban.

En una revista militar verificada á raíz de la terminación de la guerra de Crimea, los alumnos de la Escuela Politécnica, al pasar por frente al lugar que ocupaba Napoleón *el pequeño* con su familia y su vistoso Estado Mayor, se negaron á contestar los gritos de ¡viva el emperador! que daban sus profesores. La emperatriz Eugenia, cuya altanería española se sintió ofendida por el gesto hosco que ponían aquellos muchachos al desfilar por frente al tirano del 2 de Diciembre, preguntó con irónica expresión á uno de los generales que estaban detrás de ella y que procedía de la misma escuela:

—¿Quiénes son estos pequeños arquitectos?

—Señora—contestó el general justamente ofendido por la grosería imperial,—de entre esos *pequeños arquitectos* han salido los que acaban de tomar Sebastopol.

La firme y duradera protesta de los politécnicos durante el imperio, su historia revolucionaria y su heroísmo durante el sitio de París por los prusianos, en que murieron sirviendo las baterías de mayor peligro casi todos los individuos de la escuela, hace, como ya hemos dicho, que estos muchachos que con infantil complacencia lucen su uniforme por todos los cafés, bailes y cervecerías del Barrio, sean acogidos con simpatía y respeto por la juventud escolar que es republi-

M.C.D. 2018

cana, y entre la cual sólo se encuentra raramente algún estudiante de Derecho que es legitimista y se entretiene en hacer malos versos á Juana de Arco, porque esto da siempre para los papanatas cierto aire de distinción y nobleza.

Singular vida la de los estudiantes de París. Entre ellos es rara la desaplicación, y muy contados los que pierden cursos y no terminan la carrera en el plazo común; á pesar de lo cual, fuera de las horas de clase, se les ve siempre por las calles con su muchacha del brazo, alborotando como enérgúmenos, ó dedicándose á ejercicios de fuerzo y de destreza.

Los estudiantes españoles, que, salvo algunas excepciones, son entecos y de una gran pobreza física que aumenta más con una vida anémica y monótona, debían tomar ejemplo de la juventud escolar de Francia que es tan alborotadora y alegre, pero también tan fuerte y diestra, como la que en otros tiempos llenaba las aulas de nuestra inmortal Universidad de Salamanca.

La gimnasia y la esgrima son las pasiones de estos estudiantes, cuyo tipo por lo regular es robusto.

La principal pieza de la Asociación de los Estudiantes de París, gran centro establecido en la calle de las Escuelas, es la sala de armas. Siempre está llena de muchachotes, que después de fortalecerse los brazos levantando pesos enormes, pasan horas enteras tirando á la espada con tal maestría, que se cuentan los botones á estocadas,

M.C.D. 2018

como aquellos diestros licenciados de Salamanca de que nos habla Cervantes.

La afición á la esgrima en todas sus manifestaciones domina de tal modo á estos estudiantes, que muchas veces en el histórico y hermoso paseo del Luxemburgo (que es el pulmón del Barrio Latino) por la tarde y á la hora en que está más animado, por tocar en él una música militar, los mocetones melenudos, que tal vez dentro de un año firmarán planos de edificios y visitarán con gran seriedad á los enfermos de los hospitales, se agarran á *boxearse* á la francesa, y son de ver los puñetazos y patadas que se propinan en broma y por puro entretenimiento, con gran contento de los espectadores pacíficos que forman corro y aplauden al vencedor.

Estas aficiones que dominan á la juventud ilustrada de Francia parecen á primera vista algo brutales; pero cuando se considera que todos estos muchachos son soldados de la patria y que tendrán que tomar las armas el día que ésta tenga una guerra y movilice sus reservas, no se puede menos de reconocer su utilidad, pues mediante á ellas la República tendrá una juventud militar diestra, robusta y ágil, que se diferenciará de aquella del Imperio, que de tal modo cayó en Metz y Sedán; como en la historia se distingue la adolescencia enérgica y entera de los primeros tiempos republicanos de Roma, que se ejercitaba en la lucha en el campo de Marte, de los romanos de la decadencia imperial,

M.C.D. 2018

perfumados como damas y coronados de flores.

Esta población del Barrio Latino, á pesar de su carácter y vida original y del poco respeto que siente por las preocupaciones sociales, ha cambiado mucho en el transcurso de medio siglo, pues las reformas urbanas que en el cuartel se han hecho, no han podido menos de influir en las costumbres de sus habitantes.

Víctor Hugo, Alejandro Dumas (padre), Erckmann-Chatrian y otros ilustres autores que, como ya dije otra vez, pasaron en él su juventud, han hecho exactas pinturas de este barrio de París, al cual hoy ya no reconocerían, por las infinitas transformaciones que en su parte urbana y en su población ha experimentado. Donde hoy existe el *boulevard* San Miguel, tan alineado y correcto como otra cualquiera vía grande del lado opuesto del río, se extendía antes la tortuosa y célebre calle de *La Harpe*, de la que partían, como otros tantos nervios, callejuelas estrechas que ya han desaparecido bajo la piqueta demoledora del *Hotel de Ville*. Por aquellas calles estrechas, tortuosas y miserables, se paseaban los estudiantes de frac de color con botón dorado, aquellos tipos deliciosos tan bien descritos por Víctor Hugo en sus *Miserables*, poseídos de un epicurismo feroz en el primer tercio de este siglo y animados después por aquel romanticismo político que producía seres tan sublimes como el rubio Enjoldrás.

Aquella población del antiguo Barrio Latino, fué la que llegó á hacer una vida tan extravagan-

M.C.D. 2018

te como la que pudieran soñar Pierrot ó Arlequín. De aquella época se conservan vivas tradiciones en este cuartel, y todos recuerdan cuando haciendo furor en Paris los paracaídas que comenzaban á emplear los aeronautas, se dedicaron los estudiantes y sus amigas á arrojarse desde los más altos tejados con un gran paraguas en la mano que atenuaba y hacía más dulce la caída. Pero á poco de repetirse tan peligroso experimento, comenzaron á romperse los paraguas, y algunos de los audaces aeronautas se estrellaron la cabeza contra el pavimento de las calles, por lo cual tomó la policía cartas en el asunto, prohibiendo severamente el empleo del original paracaídas; conducta censurada cruelmente por la gente del Barrio que cree que el estudiante, y sobre todo la muchachuela, tienen derecho á hacer lo que quieran de su vida para divertir á los demás.

De aquel Barrio Latino antiguo, ya no quedan más vestigios que la tradición de sus hechos transmitida de unas generaciones escolares á otras. El último representante de tan feliz edad murió hace unos dos años y era un catalán llamado March, cuyo nombre todavía goza fama en el barrio. Tenía al morir unos ochenta años y estaba todavía en el primer curso de la escuela de Medicina, habiéndose matriculado en ella allá por el año 30.

La holgazanería, ha estado representada por un español en este barrio de ilustración y de estudio, por más de medio siglo.

M.C.D. 2018

El tal March, abandonado de su familia que le quería un médico vulgar y no un sabio según el gusto que manifestaba de estudiar en París, le olvidó á los veinte años de estar en el Barrio Latino, y cesó de enviarle dinero pensando rendir su vagancia por hambre; pero el eterno estudiante siguió en el célebre cuartel, al que había tomado cariño, toda su larga vida, paseando impertérrito sus andrajos y su altiva miseria por tabernas y cervecerías. Fué uno de los compañeros del célebre Murger que constituyeron con él cenáculo de la *bohemia*, y hasta en sus últimos años gozó los honores de la popularidad entre las nuevas generaciones escolares que le respetaban por sus tremendas borracheras en las que consumía más líquido que tres estudiantes juntos, y por lo pronto que sabía cortar todas sus cuestiones con los más hábiles *boxeadores*, sacando una enorme navaja de Albacete de esas que se miran aquí con terror supersticioso y que formaba como parte integrante de su individuo.

Una de las fiestas que quedan todavía del antiguo Barrio en toda su pureza y sin haber sufrido mengua por las costumbres, acaba de verificarse en la pasada semana.

Todos los años los alumnos internos de los numerosos hospitales de París, organizan un baile en honor de los compañeros que terminan la carrera, y al cual no pueden asistir más que estudiantes ó gente por ellos presentada, siendo la entrada libre para las *damas*.

M.C.D. 2018

Por más que se esfuerce la imaginación, no se puede concebir nada tan raro, tan ruidoso y tan alegre como el *baile del internado*. Hacía ya tres años que no se celebraba por prohibición de la policía que no deja en paz á los estudiantes, y es indudable que en el próximo tampoco se celebrará, pues la anterior clausura no ha influído para nada en que los estudiantes guarden una conducta juiciosa.

El día del baile fué un verdadero día de fiesta en el Barrio. Apenas cerró la noche, recorrieron las calles, comparsas formadas por los internos de cada hospital ó los asociados de cada taller de Bellas Artes, llevando á su frente banderas pintadas, con tales figuras y atributos, que sólo se comprende las dejara pasar la policía de noche y en el Barrio Latino. Aquellos muchachos, vestidos unos con el mandil y gorrito blanco de los hospitales, y otros con la boina negra de artista, pasearon el cuartel tocando flautas de caña, golpeando cacerolas y cantando gravemente y con aire de responso, canciones tales, que hacían ruborizar á las hoteleras más viejas y curadas de espanto. Así remontaron el *boulevard* San Miguel, llegando á la gran sala de Bullier, que era el lugar designado para el baile.

Allí era donde se desarrollaba en toda su amplitud esa liturgia extravagante que de antiguo tienen establecida los estudiantes para sus fiestas. Las grotescas banderas al entrar eran acogidas con rugidos de entusiasmo, según fueran más

M.C.D. 2018

ó menos frescas sus pinturas; pero las personas recibían un tratamiento peor.

Todos los que entraban tenían que pasar entre dos largas filas de estudiantes que los examinaban de piés á cabeza, y ¡ay del que no fuera sucio, roto y sin sombrero! Aquella era una prueba feroz para los estudiantes amadamados, y en especial los negritos que se presentan siempre con flamantes sombreros de copa y grandes pecheras que parecen de porcelana.

Apenas alguno de éstos se encontraba á pocos pasos de la puerta, vigorosos puños caían sobre su sombrero hasta hacerlo una torta ó convertirlo en pedazos, y el infeliz, aturdido, se sentía llevado y traído por numerosos brazos que no lo soltaban hasta dejarlo sin corbata y con la camisa tan arrugada y tan sucia como la de un carbonero.

Todo esto se hacía en medio de la mayor algazara, y cuando el catecúmeno lograba entrar en el baile, por si no tenía bastante con los espaldarazos, era bautizado con agua de Seltz por algunos chuscos que ocupaban las tribunas.

El salón de baile presentaba un aspecto grotesco y casi infernal. Aquello era un sábado de la Edad Media, con sus danzas diabólicas y su música discordante. La orquesta sólo tocaba cuadrillas con gran acompañamiento de timbales y platillos, y un inmenso pataleo conmovía el pavimento y hacía trepidar el techo.

Entre aquella abigarrada multitud había hom-

M.C.D. 2018

bres que hace ya años tienen terminada una carrera que ejercen con gran lucimiento, y amparados de la obscuridad de las tribunas, estaban viejos catedráticos, que acudían allí á rejuvenecerse recordando sus felices tiempos de estudiante.

¡Qué baile! Ni la danza macabra puede sufrir comparación con la fiesta del internado. Allí no habían reglas de danza de ninguna clase, y muchachos y muchachas se agarraban del brazo y, formando corro, pateaban como locos y echaban las piernas al aire hasta que venía el *monomio* (nombre con que los estudiantes designan la serpenteante cola que forman agarrándose unos á otros de los hombros) y con sus vertiginosas evoluciones, barría el salón de un extremo á otro, arrojando al suelo á los danzarines.

Formábanse pirámides con los que caían, y al venir al suelo, unos se agarraban con fuerza de otros y la ropa quedaba hecha jirones.

Una hora después de haber empezado el baile, no quedaba levita ni chaqué que tuviera más de un faldón, ni quien llevara á la cabeza más que el forro de su sombrero ó algún andrajo de fieltro de la más rara forma.

Unas señoras inglesas, de esas viejas acartonadas y graves que con su gabán largo y su rara pamela, recorren el mundo y se meten en todas partes, se introdujeron en el baile con el afán de conocer espectáculo tan raro; pero nunca tal hicieran, pues apenas entraron fueron víctimas de

M.C.D. 2018

la locura estudiantil que las levantó en alto, y pasándolas de brazo en brazo, fueron desde el fondo del salón hasta la puerta sin tocar el suelo, siendo saludadas con berridos de alegría las ranciedades ocultas que en el aóreo viaje salieron á luz.

A las doce, el baile se hizo ya imposible para el dueño del establecimiento y la infinita policía que lo vigilaba.

Unos pegaban fuego á los restos del sombrero que cubrían su cabeza, y bailaban solos, contemplando en los espejos con brutal complacencia su corona de llamas; otros se saludaban mutuamente con puñetazos que hacían bambolear la cabeza sobre los hombros; y las muchachas del barrio, tal vez porque su intimidad con los estudiantes las hace conocer perfectamente de lo que éstos son capaces, comenzaron á querer desfilar, con lo cual precipitaron el desenlace, pues á los pocos instantes, muchas de ellas, sin que por esto cesaran de reir, iban como pelotas por el aire, empujadas de unos á otros.

Aquella fué la señal de terminar.

La orquesta se retiró, los faros de luz eléctrica comenzaron á apagarse, y como los concurrentes manifestaran propósitos de seguir á oscuras, tuvo que entrar la guardia republicana para hacerlos salir.

Como en la calle caía una lluvia torrencial, y casi todos llevaban la cabeza poco menos que descubierta, comenzó una lucha entre los estudiantes para apoderarse de los birretes y boinas

M.C.D. 2018

que algunos conservaban todavía íntegras, y español conozco yo que á cambio de perder su sombrero viejo salió del baile con una gorra inglesa.

Los estudiantes cogieron otra vez sus banderas, se formaron en cuadrillas, y cantando como antes, sudorosos y cansados, se fueron á la calle en busca de la pulmonía, ó por lo menos del constipado, y á acabar la noche en cafés y cervecerías.

Nadie al ver á altas horas de la noche en las calles del Barrio Latino aquellas cuadrillas... de bandidos, pues tales parecían por lo rotos y sucios, se hubiera figurado que en ellas iban hombres que al día siguiente estarían tan graves en su nuevo bufete ó visitando en el hospital; muchachos, cuyos padres llevan nombres tan ilustres como Charcot, Daudet, etc., y genios ahora ocultos que en el porvenir han de ilustrar á Francia, como hoy le dan gloria los que hace treinta años cometían aún mayores locuras que los jóvenes que asistieron al último baile del internado.

28 de Octubre de 1890.

M.C.D. 2018

XII

ESTATUAS Y MÚSICA

París es la ciudad de las estatuas.

La afición cada vez más creciente de perpetuar por medio del bronce la memoria, no sólo de los ilustres franceses, sino de las celebridades extranjeras, va rayando ya en manía, y los individuos del Consejo municipal se devanan los sesos, buscando lugares á propósito para emplazar las docenas de estatuas próximas á ser erigidas, mucho más, que cuando tienen que ocuparse de la trascendental, cuestión de presupuestos.

No existe un *boulevard* en París medianamente ancho, ni una plaza regularmente espaciosa, que deje de tener el ornamento de una ó más figuras de bronce, que muchas veces representan hombres que debieron ser muy ilustres, ya que la posteridad les rinde culto, pero cuyos nombres sólo habéis escuchado rara vez.

Todos tienen aquí estatua: desde el divino Dante, á Parmentier, el introductor de las patatas; lo mismo Napoleón el Grande y sus principales mariscales, qne el sargento Bobillot, que hace pocos años se hizo matar en el Tonkín; ó igual un tirano como Luis XIV que un patriota como Ledrú Rollín.

M.C.D. 2018

Las diversas épocas, han ido llenando conforme á sus gustos las calles de París, con obras artísticas que en realidad no son más que monumentos levantados en honor de las ideas predominantes, y por si aquéllas no eran suficientes, en la sociedad actual se ha desarrollado de un modo alarmante la manía del bronce (como algunos la llaman), hasta el punto de que muchos crean que llegará día que en las vías públicas figurarán tantas estatuas como faroles.

Esta manía tiene en el fondo algo de egoísta y no menos de ridícula. Hay seres, que cansados por la lucha de llamar la atención del público hacia sus personas sin conseguirlo, apelan al medio de ser iniciadores de erecciones de estatuas de genios más ó menos problemáticos.

El eterno fundador de sociedades ó de periódicos, ese tipo tan extendido en nuestra sociedad, ha encontrado un compañero en el iniciador de estatuas. Nota un periódico *boulevardier* que su suscripción disminuye y que cada vez son menos los que lo leen, pues inmediatamente desentierra del panteón del pasado un nombre ilustre, y desde aquel día comienza una abrumadora campaña para que se le erija una estatua en la gran ciudad, seguro de que los admiradores del hombre, cuya figura reproducirá pronto el bronce, prestarán gran apoyo á la publicación, que es el decidido adalid que defiende su gloria.

Por este egoísmo de llamar la atención á costa del nombre de algún ser tan ilustre como desgra-

M.C.D. 2018

ciado, y que en su época fué totalmente desconocido, se comprende que existan tantas estatuas en proyecto y otras para cuya erección se está trabajando activamente.

Aun no hace tres semanas se inauguró en el hermoso paseo del Luxemburgo el original monumento al pintor Delacroix, y hoy todo París se ha olvidado ya de él y sólo se ocupa de tres estatuas en proyecto, que no tardarán mucho tiempo en ser un hecho: las de Teófilo Gautier, Bizet y Garibaldi.

Ante tres nombres tan universalmente conocidos, no puede decirse como en otras muchas ocasiones, que la gran ciudad levanta monumentos á eminencias discutibles, pues todos ellos hace ya años merecían que París perpetuara su recuerdo en alguna de sus calles.

De la estatua de Teófilo Gautier puede decirse aun más, pues es indudable que para mengua de la sociedad parisién llega algo tarde.

La posteridad ha sido algo ingrata con el eminente novelista y poeta, pues su nombre había casi desaparecido, siendo únicamente familiar al corto número de seres de exquisito gusto literario que se deleitaban con las obras de aquella imaginación, por lo grandiosa y original, casi rayana á la locura; pero gracias á esa manía de que antes hablábamos, de labrar el propio renombre á costa de famas ajenas, su recuerdo ha vuelto á salir á la superficie, y hoy, con objeto de fomentar la suscripción nacional abierta para re-

M.C.D. 2018

caudar los fondos que deben emplearse en la erección de la estatua, en todos los principales escaparates de París y en la primera plana de los periódicos ilustrados, figura el retrato del eminente autor de *Avatar* y la *Historia de una momia*, con sus hombros de gigante, sus hinchados carrillos de fabricante de cerveza y aquellas revueltas barba y melena, que le hacen semejante á un hombre prehistórico.

Los trabajos de preparación se llevan á cabo con gran rapidez, y muy pronto esta ciudad podrá contemplar trasladada al bronce, la figura de aquel hombre extravagante y nervioso que en su juventud escandalizaba el timorato París de 1830 con su chaleco encarnado á lo Robespierre y sus originalidades, al frente de la *claque* artística que defendía los dramas de Víctor Hugo contra los ataques del público clásico; y que después fué el crítico que aterrorizaba á los pintores apenas éstos le veían entrar en los salones de la Exposición anual de Bellas Artes.

No es menos justa la sociedad al erigir una estatua á Bizet. Los hombres ilustres parecen sometidos á idéntica ley en todos los tiempos y en todos los pueblos. Desvío y obscuridad mientras viven, y después de muertos, veneración y gloriosa apoteosis.

Todo París se interesa por la pronta erección del monumento en honor del que escribió *Carmen* y *Los pescadores de perlas*, y esa misma ciudad que hoy tal cariño demuestra por su ilustre hijo, lo

M.C.D. 2018

miraba hace veinticinco años, como un musiquillo cualquiera, y lo mataba, todavia joven, á fuerza de indiferencia y desvío.

Los músicos de París son los que más empeño muestran en que pronto tenga la ciudad una estatua del joven maestro, y con dicho objeto, celebran todas las semanas fiestas y conciertos, cuyos productos se destinan á los gastos que aquélla ha de ocasionar.

El domingo verificóse en el teatro del Chatelet un gran concierto en el que tomaron parte los mejores artistas de la Opera Cómica y algunos actores de la Comedia Francesa, que leyeron poesías en honor de Jorge Bizet.

La Asociación Artística, orquesta que dirige el célebre maestro Colonna, y que cuenta con más de trescientos profesores (en la verdadera acepción de la palabra), interpretó durante cuatro horas, todas las mejores obras del malogrado compositor, dando á conocer la obertura *Patria*, los *Juegos de niños* y otras piezas tan ignoradas hasta hoy como exuberantes en mérito.

La música de Bizet no se puede oir sin que el ánimo se sienta poseído de esa respetuosa veneración que siempre inspira la desgracia. Cuando se asiste á un concierto como el del pasado domingo y se siente halagado el oído por una música tal, es cuando menos se comprende la indiferencia de Francia ante las obras de Bizet, cuyo mérito únicamente reconoció cuando así se lo hicieron ver las demás naciones.

M.C.D. 2018

Es realmente asombroso el poder de aquel genio tierno y delicado, que sabía transformar cuanto tocaba con la varilla mágica de su inspiración; que al escribir *Carmen* inventaba un género nuevo y original punteando la popular guitarra con guante blanco, y que al producir *Los pescadores de perlas* hizo desaparecer la India real para resucitar la India poética y misteriosa creada por la imaginación.

Sin duda Francia para borrar su anterior y censurable conducta con el gran maestro, se extrema hoy en halagos con sus hijos que producen obras musicales, y cae en el extremo contrario, pues tributa los honores del genio á talentos más ó menos medianos.

Francia es nación de notables músicos, pero como compositores eminentes sólo puede ostentar á Bizet y Gounod.

Hoy hace cuantiosos gastos por que todos los años aparezcan en su Gran Teatro de la Ópera dos óperas nuevas, pero ni una sola de éstas logra salvar las fronteras y extenderse por el mundo.

El *Ascanio*, de Saint-Saens; el *Sigurd*, de Reyer, y *El Rey de Is*, de Laló, son modelos de sabiduría musical, verdaderos derroches de instrumentación: pero tengo la firmísima seguridad de que puestas en escena estas obras en España, aun con el asombroso aparato con que las visten en la grande Ópera, no vivirían mucho tiempo en los carteles, porque por entre aquellos alardes artísticos se nota ese vacío que

M.C.D. 2018

existe, allí donde no hay verdadera inspiración.

Las obras que hoy producen los compositores franceses de moda, exceptuando un poco las de Massenet, son esqueletos envueltos en regios y deslumbrantes mantos, que así que son levantados por la crítica, muestran la frialdad de la muerte, ó lo que es lo mismo, la falta absoluta de genio.

Francia tiene verdadero empeño en contar con buenos compositores para alcanzar en el arte la supremacía que goza justamente en otras esferas; pero todos sus esfuerzos resultan vanos y tiene que pasar por la amargura de que hasta hoy el cetro de la música lo empuñe Alemania con su Wagner.

Si censurable es la conducta seguida por Francia con un músico hijo suyo, como Bizet, no lo es menos la que ha adoptado, por el hecho de ser extranjero y perteneciente á una nación hostil, con ese otro genio que figura en la cúspide de la gran pirámide que forman los eminentes compositores de todas las épocas.

Si mañana cualquier pueblo de Europa tuviese un conflicto con Francia y por vengarse de ésta silbara en sus teatros el *Fausto* de Gounod, ¿qué dirían los periódicos de París? Tengo la seguridad de que á dicho pueblo, los periódicos franceses, lo borrarían del catálogo de las naciones civilizadas, y que á los silbantes los pondrían en la categoría de salvajes.

Pues igual espectáculo está dando el pueblo francés, combatiendo á viva fuerza las manifes-

M.C.D. 2018

taciones de un genio y tapándose los oídos ante la música de Wagner por el tremendo crimen de ser éste hijo de Alemania y haber amado mucho a su patria.

En Francia, como en todas partes, aunque en menor número, hay hombres que veneran el genio allá donde lo encuentran, y que en materias artísticas saben despojarse de todas las preocupaciones políticas y de nacionalidad, que les impidan un imparcial examen.

Lamoreux, el célebre director de conciertos, ha tenido la heroica audacia de dar á conocer en pleno París el *Lohengrín* en piezas sueltas; pero hasta aquí ha llegado la conquista contra la preocupación popular ciegamente patriotera, y nadie se ha atrevido á más, pues todavía está reciente el descalabro sufrido por cierto empresario de ópera que por amor al arte se empeñó en dar á conocer la inmortal obra de Wagner.

Para no atraerse con anticipación el odio de los enemigos del maestro alemán, aguardó á las primeras horas de la noche para suspender la ópera anunciada y reemplazarla con el *Lohengrín*, pero no le valió esta estratagema, pues la noticia corrió rápidamente por los cafés y cervecerías donde se reune la gente más bullanguera, y esa juventud francesa tan ilustrada y sensata en casi todas las ocasiones, se acordó una vez más de la *revancha*, de la *bandera* tricolor, de la *patria afligida* y de todas esas frases huecas que diariamente les repiten poetas hueros y periodistas sin seso,

M.C.D. 2018

y se dirigió al teatro con la creencia de que silbando á Wagner se apoderaba de la Alsacia y la Lorena y echaba al suelo todas las tácticas de Moltke.

El escándalo fué tan mayúsculo, que todavía su recuerdo está fresco en París. Una gritería infernal apagó las inspiradas melodías del insigne maestro, y como notaran los patrióticos manifestantes que en algunos momentos de calma aquella música comenzaba á causar impresión en el público, redoblaron el escándalo, hasta el punto de que la obra tuvo que suspenderse; con cuyo triunfo é insultar á los que por voluntad habían acudido á aplaudir el genio, se dió fin á la algarada.

Ni por sorpresa pueden las obras del maestro alemán pasar en París, y las personas inteligentes que aman la buena música sin considerar cuál sea su procedencia nacional y que al mismo tiempo gozan regular fortuna, van todos los años á Bayreuth para asistir á las representaciones del teatro Wagner.

De esta hostilidad patriótica nadie se aprovecha mejor que los mismos músicos franceses que hoy gozan de más alto renombre, pues en la seguridad de que Wagner no será por ahora ni en mucho tiempo conocido en París, meten sin escrúpulo la tijera en sus obras. Ese pueblo que dice con la mayor frescura que el maestro alemán se inspiraba oyendo á los jumentos, aplaude en la Gran Ópera, poseído del mayor entusiasmo, obras

M.C.D. 2018

nuevas de autores franceses, tan esencialmente wagnerianas, que parece que cantan disfrazados de galos en la escena, la espiritual Elsa ó el caballero del Cisne.

Es verdaderamente curioso lo que le sucede á París. Guarda la puerta con el garrote en la mano y el silbato en los labios, para que no entre el genio enemigo, y éste calladamente se introduce por la ventana y logra que le aplaudan.

Ya que de música hablo, terminaré nombrando á Saint-Saens, el compositor más en moda que ha demostrado bajo una nueva forma su talento.

Al autor de *Ascanio* no le ha bastado figurar como músico aplaudido, ha deseado ser poeta y acaba de publicar un tomo de versos con el título de *Rimas familiares*.

Las poesías del que produjo la *Danza Macabra* son correctas y artísticas como su música; mas en ellas se nota la misma falta que se distingue en ésta allá en lo más hondo.

Sus versos aparecen tan mecánica y armónicamente combinados como lo están las notas en sus célebres partituras; hay en la forma efectos sorprendentes, pero en el fondo se nota lo mismo que se reconoce en la música de todos los autores franceses modernos: lo que no es patrimonio del talento, sino del genio, la inspiración que muchos llaman divina, tal vez porque cada día va siendo más escasa.

15 de Noviembre de 1890.

M.C.D. 2018

XIII

EL INVIERNO

—Definitivamente el sol ha muerto.

Esta es la afirmación que todas las mañanas hace uno al levantarse de la cama y ver que por los vidrios de la ventana se filtra una luz mortecina y sucia que todo lo entristece, dando á las personas y objetos un tinte fúnebre.

París hace cerca de un mes que tiene por pabellón un cielo ceniciento monótono y tétrico, y si alguna vez por casualidad el sol con un coletazo de su flamígero manto desgarra parte de las plomizas nieblas, asoma tan sólo un poco de rostro, pálido por la risa que le causa su propia jugarreta de retirarse inmediatamente, dejando que las nubes, aprovechando tal ausencia, descarguen chaparrones torrenciales sobre la gran ciudad que sufre pacientemente tan continuas injurias.

El invierno con su frío sepulcral y su desnudez de esqueleto, ha abandonado su mansión veraniega del Polo para venir á establecerse en París, ni más ni menos que cualquiera de esos potentados millonarios que pasan el estío en los Alpes y los Pirineos y que viven aquí el resto del

M.C.D. 2018

año, porque la estación se presta á lucir ricos gabanes de pieles, mullidos y cerrados coches y salones suntuosos en que se baila perfectamente al calor de las estufas.

En ningún sitio mejor que en París luce el invierno, su plomiza cara sobre el cuello de diluviadoras nubes, y sus patas de hielo que enfrían el suelo hasta cubrirlo de escarcha congelada.

Singular carácter el del invierno, ese eterno personaje que anualmente hace su aparición en el mundo y que tiene especial empeño en dar á conocer su existencia en este París, que le detesta y le sufre como á un huésped incómodo, pero poderoso.

Tiene instintos de bandido y gustos de niño mal criado. Se pasea por las calles con aire de señor absoluto, y mientras que al banquero ó á la dama aristocrática que van reclinados en el fondo de su carruaje, solo les envía un helado suspiro, á través de los vidrios de las portezuelas, que aun les da placer y les hace gozar con más delicia del calor que les rodea, tiene la cruel satisfacción de helar las piernas del albañil que por dar sustento á su familia trabaja en el alto andamio y le empuja con su aliento huracanado para ver si cae y se rompe la cabeza contra los adoquines; cubre de sabañones las manos de la pobre obrerita que llena su estómago en relación con la prontitud con que maneja la aguja; se ceba en los infelices que comen mal y visten peor; sopla en la boca de la infeliz mujer que

M.C.D. 2018

metida en el Sena hasta las rodillas, lava la ropa de la familia, y desliza la pulmonía al fondo de su pecho; regala con fiera esplendidez á su querida la Muerte cuantos desgraciados encuentra debilitados por el hambre y corroídos por las enfermedades de la miseria; y si en sus paseos nocturnos pilla dormido en los muelles del río, alguno de esos muchachuelos que parecen hijos del barro de París y que están lejos de creer que alguna vez habrán tenido madre, lo deja yerto de una patada, da á su cuerpo la frialdad de la nieve, y metiéndose la inocente alma bajo el brazo, la lleva á la eternidad muy satisfecho de haber dado materia á los periódicos para que al día siguiente publiquen una triste gacetilla.

Cuando no se siente poseído de tan crueles instintos, se divierte con bromas pesadas propias de un muchacho que falta á la escuela. Así que hizo su aparición en París, le dió por subirse á los árboles y despojarlos de hojas, quitando toda belleza al campo y á los paseos. Los árboles se han dejado arrebatar la vestimenta sin otra protesta que acompasados balanceos, y hoy presentan el aspecto ridículo, al par que triste, del hombre, que á las dos de la mañana se ve asaltado por audaces ladrones en cualquier calle de París, y se presenta sin pantalones ni camisa en el primer puesto de policía.

¡Cómo han quedado el bosque de Bolonia y el de Saint-Cloud! Da lástima verlos. Los poéticos lugares cubiertos por bóvedas de verdura han

M.C.D. 2018

desaparecido, como se desvanecen las aéreas ojivas y las fantásticas arcadas que forma el humo del cigarro, y no queda ya ni un mal rincón guarnecido de una cortina de matorrales, donde puedan darse cita, la modistilla que para llevar un traje á dos pasos de su taller emplea toda una tarde, y el muchacho á quien el severo papá, haciendo cuentas tras el mostrador, supone á aquellas horas enterándose en el aula de las producciones jurídicas de Justiniano ó revolviendo despojos humanos en el anfiteatro anatómico.

En aquellos lugares de delicia en el verano, donde la vista se ahitaba en una orgía de verde y el oído se complacía con un interminable gorjeo, no queda ahora más que una gruesa alfombra de hojas secas y millares de colosales escobas que tienen los rabos hincados en la tierra y que chorreando humedad, elevan su ramaje al cielo como suplicando al sol que les haga una visita de atención por lo menos dos veces á la semana, y que emplee su valiosa influencia con la lluvia para que no sea tan importuna.

Semejante á retocada jamona que al volver del baile, se quita los postizos bucles y dientes, y pierde el colorete y los polvos al pasarse la húmeda toalla por la cara, el otoño antes de entregarse á su sueño anual, se ha despojado de todos sus adornos, y como únicos restos de su magnificencia, quedan por aquí unos cuantos gorriones independientes y alborotadores como diputados boulangistas, que careciendo sin duda de nido,

M.C.D. 2018

vuelan atolondrados de un punto á otro, sin saber á donde ir ni en donde guarecerse, cual el infeliz bohemio á quien el dueño del hotel pone en la calle porque no tiene con que pagarle el cuarto.

Causan verdadera lástima esos rezagados del verano, que validos del respeto que aquí se profesa á los animales, bajan al pavimento de las calles, y con la tranquilidad del que se halla entre amigos, buscan el sustento en las rendijas del adoquinado ó se remontan al más alto alero para llamar con sus piídos al sol que nunca llega; pero que así que empieza á caer la lluvia, vuelan espantados sin saber dónde ampararse, y pasan junto á las ventanas rozando con sus alas los cristales, como las golondrinas de Becquer, suplicando que las abran para poder meterse dentro.

Muchas veces miro con envidia á esos pobres bohemios de la naturaleza, y cuando veo alguno de ellos sufrir las inclemencias del tiempo, siento tentaciones de gritarle:

—Sufres porque te da la gana. ¿Qué haces aquí? Márchate á España; vuela á mi país donde el sol preside siempre el día y no se esconde aun cuando llueva. ¿Qué te reticne bajo este sucio cielo? Tú no tienes otra patria que el aire, y doquiera vayas estarás bien. ¡Feliz el que no siente la nostalgia de la tierra, el que puede llevar á todas partes sus afectos y cariños, el que no tiene recuerdos, y sobre todo... dichoso y bienaventurado el que como tú puede viajar gratis!

M.C.D. 2018

Pero los gorriones de París no deben comprender tales *sublimidades* de los hombres, y antes que ver el hermoso sol del Mediodía, donde hay cazadores que se amaestran haciendo blanco en pájaros tan inservibles, prefieren quedarse aquí y sufrir el frío y la lluvia, siendo súbditos volátiles de una república que impone veinte duros de multa á un carretero, por dar un latigazo á uno de ellos cuando revoloteaba sobre el piso del *boulevard* confiado en la garantía de las leyes.

En esta última semana, el invierno se ha dado frío á sí mismo, y por no constiparse, entra todos los días al anochecer por las calles de París envuelto en amplia capa de densa niebla.

La ciudad cobra con tal aparición un aspecto fantástico. Las luces de los reverberos brillan como ígneos ojos de gigante en la blanquecina obscuridad, y los ómnibus y tranvías conmoviendo el suelo con su peso y pasando á poca distancia de vosotros, sin que de ellos distingáis más que una masa cuyos contornos se pierden en la niebla, os causan el efecto de terribles monstruos que furiosos corren por las calles de París. Las abiertas puertas de las tiendas, las bocanadas de calor que salen de los cafés y los teatros, y el continuo ir y venir de transeuntes, se encargan de rasgar en girones la capa del invierno, que al día siguiente sale de la ciudad para volver por la noche con otra más fuerte y densa.

La niebla es caritativa con el infeliz. El desheredado que de seis á ocho de noche (hora en la

M.C.D. 2018

BIBLIOTEC VALENCI

que París come ó hace creer al vientre que come) se pasea sin saber donde ir, cada vez que abre la boca con el bostezo de la necesidad, deja que se cuele hasta el fondo de su lacio estómago un jirón de esa nube blanca que con su frío aviva los fieros tenazazos del hambre, y que al mismo tiempo ensucía el paladar con un insoportable gusto de polvo; y si es que cansado de sufrir, el desgraciado desea acabar pronto la existencia de un cuerpo que sólo muy de tarde en tarde sabe lo que es digestión, no tiene más que salirse unos pocos pasos de la acera, pues no tardará en llegar la rueda que dando vueltas á ciegas en el denso velo se tomará la molestia de partirle en dos esa bolsa receptora de alimentos, que á veces proporciona placeres, pero que en muchas ocasiones es la carga más pesada que el destino ha arrojado sobre el hombre.

En países que tienen la temperatura de París, siempre que llega el invierno, se nota una recrudescencia en esas manifestaciones de la clase proletaria, que dice que las cosas andan mal repartidas en el mundo, solamente porque ve que un muchachuelo enflaquecido por el trabajo tira fatigosamente de un enorme carretón, mientras cuatro caballos briosos arrastran una ligera carretela en la que va cualquier señora espiritual, arrugada como una pasa y que no pesa tres adarmes; y porque mientras hay quien gasta centenares de arrobas de carbón en calentar el invernadero de su jardín para darse el gusto de llevar

M.C.D. 2018

una rosa en la solapa del frac en pleno invierno, en las boardillas, la madre se quema los dedos en el humoso quinqué para que no queden yertos é inactivos en el trabajo, y criaturas angelicales de seis ó siete años, á quienes no da calor un mal guisado de patatas acompañado de agua fría, se duermen rechinando los dientes y oprimiendo sus ateridos pies entre las manecitas para hacerlos entrar en reacción.

El invierno con sus inclemencias, paraliza las obras públicas, impide la construcción de nuevos edificios, deja en reposo muchas industrias, hace que los jornales se abaraten por la gran concurrencia de brazos ociosos, y que el trabajo escasee de un modo alarmante. Justamente en dicha época es cuando más se necesita para sostener la vida, pues en verano existen frutas y legumbres baratas, el agua gusta al estómago y cualquier vestido sirve; mientras que el frío, reclama el grueso chaquetón, el caliente vino y la nutritiva carne, y ni chaquetones, ni carne, ni alcohol amílico mezclado con agua y campeche, sé yo que den gratis ni al fiado en ningún punto de París.

Cuando se vive lejos de poblaciones como esta gran ciudad, en puntos como Valencia, donde un ridículo brasero basta para espantar el frío, y en comparación con la ropa que se gasta en París puede decirse que se anda desnudo, no necesitando la clase obrera tanto vino ni tanta carne para adquirir un calor que más naturalmente

M.C.D. 2018

les da el sol meridional, no se comprenden los raptos de desesperación á que aquí se entregan las clases proletarias y las ovaciones que les arranca, una histórica ilustrada como Luisa Michel, pidiendo el reparto de lo existente; pero cuando se vive en contacto con ese pueblo trabajador de París, cuya miseria sólo puede compararse al de Londres, ya no se siente tanta extrañeza al ver como á la salida de un *meeting*, en el cual, envueltas en locas utopias, salen á luz verdades como á puños, los manifestantes cierran con la primer panadería que encuentran al paso, y se reparten los bollos con la tranquilidad del que respira aire, que es aquí lo único que todos poseemos por igual.

En un país como el nuestro, repugnan siempre ciertas aspiraciones que desde el primer examen resultan utópicas en la práctica; pero aquí no extrañan nada absolutamente, ni aun las teorías más descabelladas que, á fuerza de radicales, llegan á ser ridículas. Están en París amontonadas la mayor riqueza y la más absoluta miseria; en las calles, á cada paso, se tropieza con los más dolorosos contrastes; en las columnas de los periódicos se encuentran confundidas las estúpidas extravagancias de una riqueza que llega á aburrir á su poseedor y los suicidios por hambre; y todos estos extremos, al ser comparados, necesariamente han de producir en muchas inteligencias, teorías que con sus absurdos únicamente denotan pobreza intelectual, pero á las

M.C.D. 2018

que nadie puede negar el ambiente filantrópico en que se han incubado, y el santo deseo de terminar con esa desigualdad irritante que, sin ningún género de duda, ha de hacer más ó menos pronto que el mundo dé tumbos y sufra epilépticas convulsiones más terribles que la que agitó á Francia en el pasado siglo.

¡Oh este París! ¡Qué contrastes tan crueles presenta en el invierno! Cuando cierra la noche y ese mundo elegante sale de sus brillantes mansiones y se lanza á la calle para ir á la *soirée* del día que anuncia *El Fígaro*, ó á la Opera, no para escuchar á los artistas, sino con el propósito de ver en su palco á los príncipes de Dinamarca ó á otros de los futuros reyes en estado de canuto que vienen á Paris con frecuencia para aprender en las corridas de Longchamps ó en el *foyer* de las bailarinas á gobernar pueblos, se presentan espectáculos que al par que entristecen, causan vergüenza, pues no se puede menos de pensar en lo qué dirán de nuestra sociedad las generaciones venideras. Así como los sabios historiadores de hoy, ocupándose del mundo antiguo que desapareció y que tenía su cabeza en Roma, nos hablan del más horrible crimen de la humanidad, de la esclavitud, y nos detallan las grandes diferencias y tremendos abismos que existían entre unas clases sociales y otras, la guerra que se hacían y las crueldades de los patricios arrojando esclavos á sus estanques para que engordaran los peces y resultaran éstos más sabrosos en la mesa, llegará día en que

M.C.D. 2018

los sabios del porvenir dirán con gran escándalo de sus contemporáneos, que en el siglo XIX, en los tiempos llamados del perfeccionamiento, y en París, la Roma universal de tal época, mientras había condes y marqueses que gastaban cincuenta francos todos los días en alimentar á cualquier escuálido caballucho de las carreras, con bizcochos mojados en vino generoso, los médicos ilustres manifestaban á sus amigos que el noventa por ciento de los niños que morían en los hospitales de París, no tenían más enfermedad que el hambre, y al ser inspeccionados por la autopsia, presentaban un estómago que demostraba haberse esforzado siempre en digerir alimentos de nutrición casi nula; que habían nobles y elevadas damas que por medios reprobados se desprendían del fruto de sus devaneos, mientras infelices muchachas de taller huían de su casa por dedicar su existencia entera al hijo, producto de un desliz; y que hombres de inteligencia y de gran ilustración renegaban de su talento y de su racionalidad, y deseaban volverse leones, panteras, ó al menos lobos, no para vengarse cruelmente de la sociedad tan desigual como cruel..., sino para que los encerrasen en el Jardín de Aclimatación, donde podrían tener habitación y carne, esa cosa que entonces se prodigaba á las alimañas más antipáticas, negándose en cambio á muchos miles de representantes del género, á quien tal vez por sarcasmo ó porque tiene necesidades más insaciables, se le da el título de *rey* de la Naturaleza.

M.C.D. 2018

En estas noches, el invierno, ó sea el amigo de los poderosos, se complace en contemplar escenas crueles.

A la salida de la Ópera, por entre los grupos que forman en la escalinata los monigotes con bigotillo erizado y gabán de pieles que entreabren para que se distinga sobre el frac, el calvario de deslumbrantes cruces complemento de la estupidez que se revela en sus rostros, se escurren á pesar de los mojicones de los *sergents de ville* (que odian á esa canalla que en los conflictos internacionales bailan siempre con la más negra y muere sobre el campo de batalla en honor de los potentados que se quedan en casa), algunos muchachuelos que con los pies descalzos ó poco menos, tiritando y con una mano metida bajo el sobaco para hacerla creer que está caliente, ofrecen con la otra, á las deslumbrantes damas que salen, un ramito ajado que nadie mira, pero que les sirve de pretexto para pedir inútilmente una caridad, pues la policía les perseguiría si les pillara cometiendo el enorme y escandaloso delito de solicitar una limosna.

Realmente es criminal, eso de pedir cinco céntimos y entristecer con el espectáculo de su miseria al *todo París* de los revisteros, que llenando el ambiente de perfumes, se ha deslumbrado á sí mismo dentro del teatro con el espectáculo de su

M.C.D. 2018

riqueza, y sale pensando en cosas tan trascendentales como las ligeras pantorrillas de la Maury ó el vozarrón de Melchisedech.

—¿Qué quieren esos pilletes? Muy bien, bravo, guardia. Un puntapié y que se vayan lejos de aquí, á los muelles ó á las callejuelas de Montmartre. Tal vez allí les coja la pulmonía y les evite el que pronto vayan á presidio... Hasta me rreo que buscaban mi reloj.

Y el quídam elegante que dice tan profundas sublimidades á través del cuello de pieles de su gabán, saluda con aire satisfecho á cuatro ó cinco amigas, monta en su carruaje y va al casino donde sin tener hambre pide una costosa cena, pues no es *chic* ir á acostarse sin haber destrozado ricos manjares, arrojándolos bajo la mesa.

Otras veces os paráis á ver con qué ojos tan especiales contempla un tronco de soberbios caballos ó un endiosado cochero, alguno de esos tipos especiales, barbudos y sucios como bandidos, pero cuya mirada tímida y resignada, explica por qué sus codos salen á la luz perforando las mangas de su raida levita y cuál es la causa de que los dedos de sus pies rompan las botas para bañarse en todos los charcos de la calle.

Todos los ejemplares de este tipo, sin los cuales los asilos nocturnos de mendicidad no servirían para nada, son por lo regular violinistas ó

M.C.D. 2018

pianistas, que cansados de buscar inútilmente lecciones ó un café que los admita, acaban por no encontrar ni una plaza de barrendero; ó profesores de lenguas que no hallan en el griego, el hebreo ni el mismo sanscrito, palabras bastante elocuentes para que en la *charcuterie* les fíen una morcilla, y que morirían de hambre á no ser por la chuleta averiada, el pan de tres días ó la taza de café recalentado, que de vez en cuando les da la criada alemana ó inglesa á quienes ellos, bajando de las alturas sublimes de la filología, se deciden á enseñar el francés.

Esos infelices no pueden ver un caballo de esos que tiran de los trenes aristocráticos, sin pensar que á veces es una desgracia no haber nacido bestia para evitarse el traje y tener siempre una cuadra caliente y un pesebre lleno. De seguro que los que han pasado toda su juventud estudiando sin pensar que en la presente sociedad no basta el mérito para llenar el estómago y que es mejor nacer de determinados vientres que ser un pozo de ciencia, maldicen en su interior el no haber venido al mundo en forma de caballo, y harían, cual otro Faust, un pacto con el diablo, si éste siguiera la moda antigua de ir por el mundo comprando almas, para meter la suya dentro del cuerpo de cualquier *poney* de las carreras, dejando para quien los quiera, todos sus estudios sobre el lenguaje que usaba Homero ó todas sus habilidades para interpretar las obras de Bethowen ó de Listz.

M.C.D. 2018

La influencia del invierno es fatal, y se ceba solamente en los parias de la sociedad.

Es un motivo de tristeza y hasta de muerte para el pobre y de alegría para el rico.

Mientras el infeliz desheredado se estremece por el frío y se chupa los dedos para que entren en reacción, la encopetada señora se lanza á la calle muy satisfecha de cumplir sus deseos, presentándose cubierta de pieles hasta las orejas y dejando que el viento se encargue de enseñar sus medias negras hasta más arriba de las rodillas.

Lo que á la inmensa mayoría causa el dolor y la miseria, á la exigua minoría privilegiada divierte y agrada.

El invierno es el amigo de los poderosos y el azote de los necesitados. ¡Felices los paises que, como el nuestro, sólo reciben su visita de paso, y desgraciado París que le tiene ocho meses sentado á su mesa!

El es quien presenta la naturaleza bajo una forma tiránica, y hoy que el mundo marcha adonde debía estar hace ya muchos siglos, y que protesta de todas las violencias y coacciones, así vengan de lo más alto, debe protestarse contra esa estación, aunque no podamos huir de ella. Imitemos á los pacientísimos contribuyentes de España que ante los despilfarros del Estado tienen el fiero arranque de protestar... en el seno de sus familias y de pagar después.

¡Abajo el frío y que luzca siempre el sol del

M.C.D. 2018

Mediodía! ¡Viva el verano, hermosa democracia de la Naturaleza, y muera el invierno, representación del despotismo! Muera, aunque nos de gabanes gratis, pues estos resultarán siempre tan ineficaces y de poco abrigo, como las garantías y reformas que para hacerse simpáticos, regalan á nuestra patria los inviernos políticos.

17 de Noviembre de 1890.

M.C.D. 2018

XIV

LOS NIHILISTAS

La gran ciudad tiene todas las semanas su asunto de moda. Para ello pone á contribución lo mismo las artes y las ciencias que las desgracias y los crímenes; y si hoy se ocupa con fruición de un hecho trágico, no hay cuidado que persista mucho tiempo en tal conducta, pues á los pocos días pensará en un asunto ridículo, y á la semana siguiente lo habrá olvidado todo para hablar de la nueva *estrella* (ampuloso calificativo que aquí se da lo mismo á una bailarina que á una tiple de ópera ó á una cantadora de *couplets)* que haya hecho su aparición en cualquier escenario parisién.

El asunto del día, era hace poco tiempo, el compositor Bizet y la reaparición en las tablas del Odeón de su ópera *La Arlesiana* con letra del ilustre novelista Alfonso Daudet, obra que, como casi todas las del joven é infortunado maestro, fué silbada en su estreno por un público casi tan rehacio á la música original y nueva como el presente; pero ya se ha borrado casi de la memoria de todos la exhumada ópera, y la atención

M.C.D. 2018

parisién sólo se fija en el asesinato de un general ruso, exjefe de la policía moscovita y víctima de la venganza nihilista.

Este es un asunto muy propio para el pueblo parisién que gusta, en cuestión de noticias, de los platos fuertes, y para el cual los personajes más interesantes que ha producido la presente época son Eyraud y Gabriela Bompart.

En los cafés y las tertulias de París, allí donde se reunen unas cuantas personas y entablan conversación, el tema de ésta viene á ser inmediatamente, el asesinato del general Seliverstoff y las mayores ó menores probabilidades que la policía tiene de encontrar al asesino Padleweski.

Este crimen se ha revestido en su realización de circunstancias que no pueden menos de llamar la atención de los parisienses.

Aparte de la inmensa audacia, que ese ejecutor de la venganza nihilista ha demostrado, dando muerte al general ruso en pleno *boulevard* de los Italianos, arteria la más concurrida de París, en un hotel tan frecuentado como el de Baden y á las doce del día, existe la no despreciable consideración, de que un actó de tal naturaleza, ha venido á destruir todos los trabajos de algunos años que Francia venía realizando.

Existen en la actual historia muchos absurdos de que se extrañarán grandemente los pueblos del porvenir, pero el más notable de todos, el que más pugna contra el sentido común, es esa solicitud algunas veces hasta impertinente, q ue

M.C.D. 2018

Francia muestra en halagar á Rusia por todos los medios.

Una esperanza (que yo creo bastante infundada) de que la nación moscovita preste su valiosa ayuda al pueblo galo el día que éste entable su decisiva lucha con Alemania, hace que Francia preste toda clase de homenajes al czar y se muestre propicia á ayudar muchas veces las gestiones de la policía imperial, con una complacencia en ciertas ocasiones poco digna.

Es verdaderamente extraño, por no decir ridículo, ese maridaje entre la república más fuerte de Enropa, entre el pueblo que despertó al mundo con su inmortal revolución y el estado que todavía vive en las tinieblas de la Edad Media y sometido á un poder absurdo, tiránico y aplastante, que no deja paso al menor resplandor de la libertad.

Rusia es aquí la nación más en moda. Se publican periódicos con el título de *La Alianza Franco-rusa;* los dueños de café, para atraer al público patriotero, ponen á sus establecimientos rótulos alusivos á las buenas relaciones entre la república y el imperio; y en las exposiciones, panoramas y demas instalaciones en la vía pública, nunca se olvida interpolar en el bosque de banderas tricolores el pabellón moscovita, que miran con simpatía todos estos panzudos burgueses que por las noches, metidos en la cama y con el caliente gorro de algodón calado hasta las orejas, leen *El Patriota* ó *La Cocarde* y sueñan en la bendita hora de la revancha.

M.C.D. 2018

De esta injustificada y general simpatia que París siente por el cesarismo moscovita, se desprende que los infelices rusos emigrados que lógicamente creen que están más á seguro de toda persecución é incomodidad en el seno de una república, tengan muchas veces que trasladarse á Inglaterra, pues se encuentran más libres dentro de un estado que si bien es monarquico respeta los derechos individuales, que en un pueblo democrático, que en su afán patriótico, se olvida de todo lo que representa moralmente á los ojos de Europa y no perdona medio de ponerse bien con ese czar poderoso que tan buenos servicios puede prestarle en caso de guerra con Alemania. Los dos millones de jinetes de que el soberano ruso dispone han excitado á Francia, y con tal de tener el apoyo de las bandas de feroces cosacos sacrifica su dignidad de república y persigue, aun con mayor ensañamiento que si se tratara de un enemigo propio, á los que imitan su pasado ejemplo y conspiran contra la tiranía que reina en su país.

A pesar de este rigor que Francia tiene con los enemigos del hombre poderoso á quien sin fundamento alguno cree su aliado, París está lleno de rusos que se dedican al estudio ó que dirigen desde la gran ciudad los movimientos que en su patria se preparan, para derribar el poder imperial.

De cada centenar de rusos que vive en París la mitad por lo menos, pertenecen á la temible

M.C.D. 2018

asociación revolucionaria, y hay que tener en cuenta que la colonia moscovita asciende aquí á algunos miles.

De todos los estudiantes extranjeros que pululan por el Barrio Latino una tercera parte por lo menos son rusos.

A pesar de los horribles medios de propaganda que tales revolucionarios emplean, no se puede evitar cierto sentimiento de simpatía cuando se les estudia de cerca y se comprende su especial situación.

Esos jóvenes inteligentes, entre los que se cuentan muchos de raro talento, vienen aquí ó á Alemania á estudiar concienzudamente huyendo de la deficiente enseñanza que se da en las universidades imperiales, y al vivir en el seno de una república que si bien no puede compararse con Suiza y los Estados Unidos tiene bastante tinte democrático, y contemplar que en toda Europa, hasta los estados más reaccionarios están dulcificados por toques de constitucionalismo, no pueden menos de volver los ojos á su patria; y al verla sumida en tiránica barbarie, sin otras leyes que la voluntad caprichosa de un hombre que no contento con asumir la suprema potestad política posee la religiosa, confundida en las nieblas de la ignorancia y marchando á la cola del movimiento intelectual, sienten el deseo de librarla de tan espantoso despotismo.

El ideal que agita y mueve á los revolucionarios rusos no puede ser más noble y digno.

M.C.D. 2018

Iguales aspiraciones que á ellos han guiado á los grandes hombres de todas las naciones que se han hecho merecedores de la gloria y del reconocimiento de todos sus compatriotas. Lo único que puede censurárseles es los terribles medios que emplean para conseguir su noble fin: ese uso constante de la dinamita y los más infernales ingredientes de destrucción. Pero hay que tener en cuenta el especial carácter de los hijos del Norte, incapaces de sentir esos entusiasmos momentáneos y enérgicos propios de las gentes del Mediodía, que arrollan cuanto se opone á su paso, y también hay que considerar el embrutecimiento en que vive el verdadero pueblo ruso que en su degradación besa la mano del que le tiraniza, y es por lo tanto elemento con el que no puede contarse para un movimiento revolucionario.

El nihilismo es el terrible y nunca interrumpido ataque de una pequeña colectividad contra un poder absurdo, con el magnánimo fin de libertar á un pueblo ignorante y fanatizado que odia á los que se sacrifican por darle la vida; y de aquí que los revolucionarios, en vista del escaso apoyo que les presta el país, tengan que acudir á los reprobables medios de sorda destrucción.

Para cumplir la misión redentora que se han impuesto, tienen que sufrir toda clase de penalidades; y aun lejos de Rusia, en la misma Francia, viven recelosos y siempre vigilantes, para evitar el continuo espionaje de que son objeto.

M.C.D. 2018

Aquí el tipo del ruso revolucionario se ve en todas partes y no tarda mucho en reconocerse. El barrio escolar, es el punto donde con más frecuencia se les puede ver, pues abundan en él las estudiantas que, con su largo gabán, su gorrita de pieles, el pelo cortado y gafas sobre la corta nariz, asisten á los anfiteatros de anatomía, llevando su cartera bajo el brazo, atestada de libros y papeles; y el estudiante de ojos saltones, pómulos pronunciados y lacias melenas de Cristo viejo, que permanece horas enteras en la cervecería ó el café, con la cabeza apoyada en la palma de la mano y contemplándolo todo con mirada vaga, propia del hipnótico ó del que sueña despierto.

En las clases de Química es donde se reunen en mayor número tal clase de seres, y es de ver la atención con que escuchan á los profesores, atienden á los experimentos y toman apuntes, pues de todas las ciencias ésta es á la que más afición muestran los rusos.

Si en cualquier establecimiento público entabláis conversación con uno de esos soñadores del Norte, os contestará con amable desvío, al mismo tiempo que haciéndose el distraído irá examinándoos de piés á cabeza como para apreciar la mayor ó menor habilidad con que un espía puede disfrazarse. Si le habláis de su patria, os nombrará al czar con tanto respeto que si se tratara de Dios, y ni una vez dejará de llamarle *nuestro padre*, ni cesará de aseguraros que Rusia es el país más feliz y bien gobernado del mundo. Sólo

M.C.D. 2018

después de muchos días, cuando sabe ya ciertamente quién sois y por qué os encontráis forzosamente lejos de vuestra patria, se atreverá á preguntaros si habéis *visto la luz*, y romperá su habitual reserva, para sonreir irónicamente siempre que hable de su emperador, y saludaros cuando os encuentre con simbólicos apretones de manos. Pero la confianza de un ruso liberal no pasa de ahi, y jamás, ni aun en los momentos que lleva en el estómago un cántaro de aguardiente y de cerveza, le podréis sorprender la menor palabra que indique su pertenencia á la temible asociación, porque estas melenudas cabezas nunca se marean ni se olvidan de que les rodea una espesa red de enemigos.

A pesar de las contínuas persecuciones, estos infatigables obreros de la revolución, no dejan de trabajar ni un solo instante. Para obrar con mayor libertad tienen en París su misterioso comité directivo, y en Rusia los ciegos y entusiastas ejecutores que llevan á la práctica su pensamiento.

Aquí se fraguan esas terribles hecatombes que asombran al mundo y hacen vivir al czar en perpétuo estado de alarma. Hace unos seis meses, y en un conocido *restaurant* del Barrio Latino, la policía francesa detuvo á cuatro jóvenes y dos muchachas, todos de nacionalidad rusa, en cuya vivienda habia sido encontrada una maleta que al día siguiente debía salir para San Petersburgo, y que contenía una docena de bolas como el puño, que si por cualquier incidente fortuito llegan á

M.C.D. 2018

estallar, indudablemente vuelan media docena de hoteles cercanos con toda su población de estudiantes.

Estos revolucionarios, de rostro aniñado y de aspecto grave y frio, constituyen una vecindad muy peligrosa.

Hoy los seis jóvenes nihilistas están ya por sentencia de los tribunales franceses, sufriendo condena en los presidios; pero no por esto han cesado los rusos de París en sus maquinaciones, y buena prueba de ello, es el reciente asesinato realizado en el hotel de Baden.

Existe una causa que es el principal factor de tal persistencia en la lucha, y ésta es la venganza personal é íntima que agita á casi todos los nihilistas.

La mayor parte de esos jóvenes que figuran en el partido revolucionario, tienen mucho que llorar, á causa de las terribles represalias con que el gobierno ruso responde á sus ataques. Unos han visto cómo sus padres ó hermanos morían en las horcas de San Petersburgo ó Moscou por tomar parte en los complots revolucionarios; otros han contemplado á sus más cercanos parientes marchando entre filas de bayonetas, camino de Siberia, donde se sabe cuando se va, pero nunca si se podrá volver; y hay muchachas nihilistas que esperan triunfe la revolución en su patria para poder reunirse á sus amantes que allá en las heladas llanuras de la región del castigo y con la cadena en el pié, trabajan dieciocho horas diarias

M.C.D. 2018

en el fondo de las minas que exhalan la muerte, y con el látigo de cuero del cosaco perpétuamente suspendido sobre sus espaldas.

El amor y los santos afectos de familia, entran por mucho en esa lucha cruel que se entabla entre dos poderes, distintos pero iguales en lo terrible de los medios que emplean para exterminarse.

El mismo Padleweski, autor del asesinato verificado en el hotel Baden, podrá haber obrado como ejecutor de la justicia revolucionaria, pero lo cierto es que su brazo estaba principalmente impulsado por el vehemente deseo de vengar el triste fin de seres queridos.

El difunto general Seliverstoff, durante los años que fué director de la policía imperial, condenó á muerte ó á ser deportados á la Siberia más de veinte mil personas, y entre éstas se encontraban, según recientemente se ha sabido, el padre, un hermano y otro pariente próximo de Padleweski.

Censurable es que el hombre acuda para vengarse á un medio como el asesinato, tan reprobado bajo todos los puntos de vista, pero algunas veces existen circunstancias que justifican un tanto al criminal, y no es de las menos dignas de consideración el deseo de vengar á los seres que se amen. Esto es propio del corazón humano, y tal anhelo, se manifiesta en todo el mundo sin distinción de caracteres, culturas y razas.

En ninguna ocasión como en la presente se ha

M.C.D. 2018

mostrado el poder que tiene el nihilismo, lo bien organizado que está, y el espíritu de fraternidad y mutuo auxilio que reina entre sus miembros. El asesino del general, después de realizado el crímen, ha desaparecido como si lo hubiera tragado la tierra.

La policía francesa, que no puede negarse es un cuerpo bien organizado, hace los mayores esfuerzos para encontrarle, pero es dudoso que logre su deseo. Apenas se realizó el crimen funcionó el telégrafo y se tomaron las mayores precauciones en las fronteras, por lo que se tiene la certeza de que el asesino no ha salido de Francia.

Para esconderse no hay punto más á proposito que esta inmensa ciudad con sus misteriosos tugurios que sólo de oídas conoce la policía. Es más fácil á un hombre perderse para el mundo en un París que en el desierto de Sahara ó en el Polo Artico.

La misteriosa asociación rusa se extrema en la presente ocasión para hacer desaparecer su instrumento. Su castigo podía ser terrible; porque ¿quién sabe hasta dónde podía llegar esta Francia que tanto deseo tiene de hacerse simpática al czar y que hoy está desesperada porque un hecho criminal ha destruído su obra de aproximación de algunos años?

Tal vez si Padleweski fuera hallado por la policía francesa, los demócratas del mundo entero tendrían ocasión de ver con asombro cómo un gobierno republicano llevaba á la guillotina á

M.C.D. 2018

un hombre que si ha obrado criminalmente hay que tener en cuenta que ha procedido así, no por perversión, sino por el deseo de libertar á su patria de quien la oprime y de los que fueron sus crueles instrumentos.

Hay datos para afirmarse en esta suposición que á primera vista parece absurda.

La manía patriótica que hoy domina Francia y la hace buscar futuros auxiliares en estados que por sus instituciones tan distantes están de ella, la ha llevado á cometer actos que empequeñecen ese sublime carácter de encargada de fomentar la libertad en todos los pueblos que le dió la grandiosa revolución de fines del pasado siglo.

Durante la primera Exposición Universal que se celebró en París, reinando Napoleón III, el emperador de Rusia, padre del actual, paseando en coche por el Bosque de Boulogne fué saludado con un pistoletazo que no le causó daño alguno.

El autor del disparo era un estudiante polaco de 17 años, casi un niño; pero el César francés en obsequio á su augusto amigo no anduvo por las ramas, y sin fijarse en la edad del reo ni en el nulo resultado de la tentativa, lo condenó primeramente á muerte, y después tuvo que conmutar dicha pena por la de reclusión perpetua, en vista de la general protesta que produjo su sentencia.

Esta conducta nada tiene de extraña tratándose de un tiranuelo como Napoleón el *pequeño*; pero lo que resulta ilógico, lo que no se puede

M.C.D. 2018

menos de censurar, es, que al proclamarse la República, el nuevo gobierno no diera libertad al joven polaco, y que los presidentes, desde Thiers hasta Carnot, que tan abierta han tenido la mano para dar indultos, no se hayan dignado ejercer su gracia con aquél para no enemistarse con Rusia; y aun sigue el infeliz estudiante en las colonias penales por el delito de haber intentado contra el opresor de su patria lo que ningún francés supo hacer con el déspota cruel que se fabricó un manto imperial con la sangre inocente y la republicana, vertidas en las calles de París durante la cruel jornada del 2 de Diciembre.

¡Ay de Padleweski si llega á cogerle la policía francesa!

La República está justamente indignada con los nihilistas, que han venido á quitarle por algún tiempo, la esperanza de contar con la poderosa amistad del oso blanco y el apoyo de sus dos millones de ginetes.

6 de Diciembre de 1890.

M.C.D. 2018

XV

LOS PATINADORES

Del mismo modo que en las visitas ceremoniosas y de puro cumplimiento, cuando el tema de la conversación se agota, se habla del tiempo y de sus innumerables variaciones, muchas veces el escritor, si no encuentra en el ambiente social que le rodea, motivo suficiente para llenar las cuartillas hambrientas de tinta, acude á aquel tema eterno, y la temperatura y la naturaleza le prestan motivos para escribir con más ó menos suerte.

Aquí, hablar del tiempo no es un pretexto para salir del paso, sino que es tratar de lo que más interesa á París en la presente estación. ¡Al diablo Eyraud, la Bompard y demás *ilustres* criminales que son objeto de la general curiosidad! El vecindario parisién parece no ocuparse ya tanto de los trajes que llevarán los asesinos de Gouffé en el acto de la vista, ni de las experiencias de hipnotismo que en Gabriela harán célebres doctores, y únicameute piensa en el modo como combatirá más económicamente ese frío que no se bate en retirada por más arrobas de carbón que se arrojen en la chimenea para vencerlo.

M.C.D. 2018

Este año—según dicen los parisienses de pura sangre—el frío es mayor que en otros, y hay patriota que se alegra de que baje la temperatura, pues en ello ve una clara demostración de que Francia puede contar, para la ansiada revancha, con el auxilio de Rusia. El tiempo que actualmente reina demuestra la existencia cierta de la alianza, y que el imperio moscovita, en señal de amistad y mutuo auxilio, envía á París el frío que le sobra en sus estepas.

La súbita bajada de la columna termométrica ha acabado de completar el original aspecto de París en invierno. Una vez por semana cae una copiosa nevada que se congela en el suelo y cubre por algunos días la gran ciudad con un extenso manto, blanco en unos trechos, y en otros sucio y asqueroso por la contínua circulación; las noches se encargan de extender una alfombra de escarcha crujiente y granulenta como sal molida para que pase sobre ella el nuevo día al entrar en París; y el frío va de continuo en busca de agua que helar, y á los arroyos que corren en las calles por junto á las aceras los solidifica dándoles el aspecto de diminutos mares polares con sus ondas congeladas.

Hasta las fuentes de agua corriente caen bajo su poder avasallador, y veis á los leones, á los genios ó á las ninfas que antes arrojaban gruesos chorros de líquido sobre los grandes tazones, cómo ahora están cubiertos de colgantes babas de hielo, y cómo de sus bocas sale una barra

M.C.D. 2018

blanca, sólida y transparente, que formando atrevida curva va á terminar á sus pies y se sostiene en tan dificil equilibrio hasta que un golpe del frío cierzo la parte en dos y esparce por los alrededores las esquirlas de esa agua solidificada por el frío tan dura como la piedra. El hielo y la nieve congelada adquieren tal resistencia con una temperatura tan baja, que las brigadas de obreros que limpian las calles con picos y azadones, tienen que esforzarse tanto como si arrancaran piedra del fondo de una mina.

Inútil es decir los efectos que ese frío causa en las aguas estancadas. Las charcas de los paseos y los lagos del Bosque de Bolonia son ya desde hace algunas semanas bruñidas y sólidas superficies sobre las cuales puede andarse sin otro peligro que el de resbalar y aplastarse las narices.

Esta época del año, tan cruel para el que no tiene chimenea que le caliente, techo que le cobije y vino que le reanime, es esperada con verdadera ansia por los miles de aficionados al patinaje, que apenas cesa el verano y empiezan á soplar los primeros cierzos, salen todas las tardes después de almorzar bien, hacia el Bosque de Bolonia, para enterarse si los lagos tienen ya corteza, y ostentan con aire de satisfacción los patines de acero colgando del brazo.

La afición á patinar domina tanto á este pueblo, que en las casas pone pisos de madera encerada y en las calles pavimentos de asfalto para darse el placer de resbalar, pues le gusta más

M.C.D. 2018

andar de este modo que levantando los pies.

Hace más de una semana que París no se preocupa de otra cosa que del patinaje. Los periódicos publican en lugar preferente los artículos en que se enumeran cuidadosamente todas las baronesas, miladys, príncipes destronados y condes rusos, que en la tarde anterior llamaron la atención haciendo *eses* de beodo sobre hielo del Bosque, y el que se sienta á vuestro lado en el café de una á dos de la tarde, ó pasa por la calle junto á vosotros con aire satisfecho, sea viejo ó joven, vaya mejor ó peor vestido, salvo raras excepciones, de seguro que lleva pendientes del brazo los imprescindibles patines.

La manía general aprovecha cuantos medios tiene á su alcance para ejercitarse, y hasta las diminutas lagunas de los *squares* de barrio se ven agobiadas por el peso de una turba de muchachos que resbalan y dan porrazos sobre el hielo acompañando sus movimientos con infernal gritería.

Ni el Luxemburgo, ese jardín clásico, serio y entonado como los senadores que celebran sus sesiones en el palacio que existe junto á él, se libra de dar su tributo á la afición parisién de la época, y allí acude á patinar la juventud del barrio, esa turba de estudiantes revoltosos y de muchachas que aprenden Medicina y Leyes por reflejo.

El estanque central del paseo, á la hora en que los *restaurants* escolares del barrio acaban de despachar sus chuletas de caballo enfermo y sus

M.C.D. 2018

tortillas de huevos podridos, recibe la carga de la juventud original que hace la digestión del almuerzo resbalando sobre el hielo y ayudándola con soberbios batacazos.

No se ven allí patines. ¿Para qué, si no son necesarios? Esa juventud melenuda y barbuda que en su afán de abaratar la vida, suprime el peluquero, sabe patinar con las suelas de sus zapatos, y hace sobre el hielo en sus rápidas correrías un sin fin de caprichosos dibujos que terminan siempre con imágenes de Cristo al natural.

Las muchachuelas del barrio encuentran magnífica la ocasión para lucir las botas de papel charolado que guardan cuidadosamente para los bailes de Bullier y otras ocasiones supremas, y allá se lanzan también en competencia con sus amigos á entablar rápidos patinajes, que siempre terminan con violentas posturas de rana y exhibición de interioridades más ó menos limpias que el público de las orillas saluda con nutridos coros de carcajadas.

Alguna vez un patinador no puede detener el empuje que ha dado á su cuerpo, y cayendo en la orilla, da una tremenda cabezada sobre la bruñida piedra de los bordes del estanque. El hielo se salpica con sangre, pero acuden los guardias, se cargan al herido y... la cosa no pasa más adelante, pues inmediatamente entran en acción nuevos patinadores, y las primeras medias negras que se exhiben y el primer pantalón femenil que sale á luz rasgándose ruidosamente en la caída, hacen

M.C.D. 2018

olvidar la cabeza rota y que la fiesta siga tan alegre como al principio.

De vez en cuando un nuevo é importante espectador acude á presenciar tan original diversión, y allá arriba, entre las peladas ramas de los árboles y rompiendo las densas y negruzcas nieblas, aparece una colosal oblea roja que se puede mirar de frente sin que moleste á los ojos, y que aquí quieren hacernos creer á los hijos del Mediodía, que es el sol.

Pero donde se muestra en toda su extensión la afición al patinaje es en los lagos del Bosque de Bolonia.

Todas las tardes suben la avenida de los Campos Elíseos, á pie ó en carruaje, miles de personas que atraviesan el bosque, sin pararse en la alameda de las acacias, que antes era el punto favorito de paseo, y van á detenerse en las orillas del gran lago, sobre cuyo césped hay establecida una verdadera feria de patines, carritos resbaladores y puestos para depositar los abrigos incómodos.

Los que tienen la fortuna de vivir en un país de eterno sol, donde el agua no se congela en las botellas y basta el ridículo brasero para espantar el frío, no pueden concebir un espectáculo como el que ahora ofrece el punto citado.

El gran lago que se extiende entre las altas orillas formando caprichosas puntas y curvas, helado, terso y luminoso, semeja un fragmento de algún colosal espejo que serviría á Microme-

M.C.D. 2018

gas (el gigante descrito por Voltaire) cuando bajó á la tierra.

Un triple cordón de carruajes rodea el lago; más cerca de éste, una inmensa multitud ocupa las verdes vertientes de las orillas, y sentada ó de pie contempla con fruición el incesante patinaje con las numerosas y ridículas escenas á que da lugar, y sobre la tersa y extensa superficie se deslizan con la rapidez de fantasmas y con caprichoso vaivén, algunos miles de seres de todas clases, sexos y nacionalidades.

Los rusos vuelan con una rapidez vertiginosa sobre el hielo con la confianza del que está en su casa, y ostentan su gorrilla felpuda, su dormán de pieles y sus altas botas de charol rematadas en puntiagudos patines; los ingleses mueven con solemnidad sus escuálidas pantorrillas cubiertas con medias de obscura lana, y patinan con la seguridad que les da el pensar que, aunque se empeñen el cielo y la tierra, un hijo de la Gran Bretaña no puede dar un batacazo que haga reir á los franceses; y en cuanto á los alemanes, resbalan con gran calma como aquel á quien nadie corre, por nada sacan sus manos de los bolsillos del mal trazado gabán, y si alguna vez su cabeza cuadrada entabla relación atronadora con el hielo, se levantan tranquilamente, y arreglándose los espejuelos, miran con desprecio á los galos que rien burlonamente y se consuelan pensando que hasta ahora éstos son los que han sufrido los verdaderos porrazos.

M.C.D. 2018

Los franceses son ruidosos en el patinaje como en todas sus diversiones. Se buscan, se empujan, se atropellan y caen al suelo sólo por hacer reir á los que miran, pues en este pueblo excepcional divertir al prójimo constituye un gran honor.

El mundo elegante de París tiene en tal diversión todas sus representaciones. Los Guyes, los Gontranes ó los Gastones, esos representantes de la sangre azul que tienen ocupada de contínuo la imaginación con las carreras de Longchamps, salen en estos días de las cuadras, son infieles por un poco tiempo al *Gladiateur*, al *Nelusko* ó á otro cualquier caballucho cuya imagen ocupa un lugar en su corazón al lado de la *femme cherie*, y pasan la tarde en el lago con el *monocle* en el ojo, contoneando el cuerpo con un patinaje *chic* y llevando el bastón con la contera en alto y el puño en el bolsillo del gabán ó empujando el carrito donde va arrellanada y envuelta en pieles alguna condesa de rostro retacado ó la tísica hija de algún banquero que tiene cuatro millones de dote y no sabe á quién escoger entre tantos rostros pálidos con bigotillos erizados que se venden en unión de sus títulos góticos y pergaminos del tiempo de las Cruzadas.

Las *cocottes* en moda, acuden al patinaje con gorrilla de pieles, traje de terciopelo blanco orlado de armiño y altas botas: cogidas del brazo de algunos perdidos elegantes que no tienen reparo en ser sus acompañantes públicos, hacen verdaderos prodigios de ligereza, y cuando se

M.C.D. 2018

cansan de dibujar sobre el hielo caprichosos arabescos con los cuchillos de los patines, se sueltan y van siempre á empujar á algún señor viejo y panzudo que con el felpudo cuello del gabán subido y el sombrero calado hasta las orejas, se desliza con la pesadez de un oso, y se queda azorado y conmovido hasta las entrañas al contacto de aquella tromba blanca, deslumbrante y perfumada que se le viene encima.

Se ven allí matrimonios recientes que patinan con la empalagosidad de la luna de miel, cogiditos de las manos, mirándose siempre y buscando las orillas apartadas; y vivarachos papás que la echan de mozalbetes y quieren enseñar el patinaje á la niña de encendidos carrillos, mirada azorada y pelos para atrás, que se deja remolcar con el susto del que se encuentra al borde de un abismo, y más que á los batacazos, teme todavía á que le vea las medias la endiablada turba de colegiales de Liceo, temibles y mofletudos tenorios de quince años, que con el kepis sobre una oreja y el capote abierto chupan con una voracidad sin límites los primeros cigarros, y ebrios de libertad y nicotina se dejan caer de espalda sobre el hielo para llamar la atención, y sobre todo para que la hambrienta y curiosa vista pesque algo.

En aquel espantoso ir y venir de personas que pasan por vuestro lado con la velocidad de quiméricos ensueños, no podéis apreciar con exactitud los rostros que este frío intenso y punzante

M.C.D. 2018

desfigura hasta darles un carácter grotesco. Los bigotes se erizan y se cubren de escarcha hasta dar á muchos hombres el aspecto de esos gatos furiosos por los celos que maullan en los tejados, y en cuanto á las mujeres no hay que hablar, pues ellas que con tanta nimia atención cuidan de estar siempre hermosas, cometen un gran desacierto al abandonar el caliente *budoir* con una temperatura que tiene el privilegio de desfigurar los rostros.

Los ojos más hermosos se embotan y lagrimean incesantemente con las caricias del viento helado, las sonrosadas mejillas adquieren un tinte amoratado, y en cuanto á las narices, ese adorno de la cara que en muchas poesías he visto designado con los apodos de *columna de marfil*, *divino arco*, etc., se enrojecen de un modo vulgar, y lo que es peor, destilan una vía láctea de menudas perlas que van á posarse congeladas sobre el fino bozo del labio superior.

Pierde con esto la belleza, que bajo el poder del frío, adquiere los mismos rasgos que la verdulera de los Mercados centrales que cada cinco minutos entra en el *Bar* á beber una copa de aguardiente, pero se enriquece esa perfumada poesía de los salones, pues el vate relamido á quien en invierno den un álbum, si quiere prescindir del manoseado tema de ensalzar en quintillas ó alejandrinos los cabellos, el rostro, los ojos y hasta los pies de la dueña, puede encontrar un motivo de

M.C.D. 2018

inspiración que le inmortalice entonando una oda «Al destilo nasal de Fulanita.»

El patinaje es la diversión más peligrosa de los franceses. Algunas veces sucede que el hielo se convierte en escenario de comedia de magia, y cualquier actor desaparece por escotillón, con la sola diferencia de que abajo no encuentra el foso con los tramoyistas ni escalera para subir.

Cuando después de andar con mucho cuidado evitando los resbalones y el encuentro con los veloces patinadores se llega al centro del gran lago y se contemplan las orillas á bastantes metros de distancia, no se puede evitar el estremecimiento de frío que produce el pensar que bajo los pies sólo se tiene una corteza de hielo de ocho centímetros, y después tres metros de agua, cuya temperatura no debe ser muy agradable. Además hay que considerar que quien se hunde, aunque nade como un tiburón, no sale ya, pues el movimiento del agua lo aparta del boquete, y cuando vuelve á flote su cabeza tropieza con el hielo y allí se queda. Todas estas consideraciones son motivo suficiente para que aquel que no siente gran ilusión por el patinaje y los lagos helados, juzgue el sitio poco cómodo y se retire hacia la orilla con tal preocupación que cada vez que el polvo de hielo cruje bajo sus botas, le parece llega ya el momento supremo, y empieza á sentir como

M.C.D. 2018

á pesar del tiempo corre el sudor por su espalda.

El pasado domingo fué el día que más concurrido estuvo el lago del Bosque. Más de seis mil patinadores martirizaron con sus suelas de acero la congelada superficie, pero ésta al fin se cansó de tal tormento y dió por terminada su paciencia con un espantoso crujido que en los primeros instantes produjo un silencio general, trocándose después en aceleradas corridas y espantosa gritería.

El hielo se conmovió aún más con el peso de tanta gente que corría sin ninguna precaución, y comenzó á trepidar de un modo tan alarmante, que cuando ganamos las orillas patinadores y mirones, lo hicimos con tal ímpetu que rodaron por el suelo los puestos públicos de que antes he hablado.

La autoridad, deseando evitar peligros, ha puesto alrededor del lago grandes cartelones que indican la prohibición del patinaje; pero no durará por mucho tiempo tal prescripción, y pronto volverán los *sportmans* del hielo á lucir sus habilidades.

Hasta ahora no han ocurrido en el presente año desgracias por causa del patinaje; pero es indudable que antes que el invierno termine, París tendrá que añadir á su estadística de víctimas algunas del traidor hielo.

M.C.D. 2018

Otra de las costumbres de la gran ciudad más dignas de descripción y que tienen más carácter propio, es el grandioso preparativo de la llegada de Noël y la abrumadora solicitud de *les etrennes* que por todas partes os salen al paso; pero asunto es éste que por su extensión bien merece—como dicen los novelistas—capítulo aparte.

M.C.D. 2018

XVI

EL NOËL

Las agonías del año, aquí, como en casi todas las partes del mundo, han sido saludadas con las tradicionales fiestas que aunque cubiertas de cierto tinte religioso, no resultan en el fondo más que sacrificios en honor de la abundancia y la glotonería.

Hermoso aspecto el qne en la actualidad presentan las calles de París. Todo cuanto en los ardores de una pesada digestión y animados por los fantásticos vapores de la cerveza ó los enloquecedores vahos del vino, pudieran soñar los glotones personajes de Rabelais, se ve realizado, se mira y hasta si se quiere se palpa, sólo con pasear algunas horas por las calles de la gran ciudad.

La época presente ha paseado la arrebatadora ola de la tradición por tiendas, almacenes y mercados, y empujados por una inundación tal, se han desbordado los mil tesoros de productos varios que contenían, no parando éstos hasta posarse en los iluminados y elegantes escaparates, ó formar colosales montones en las aceras.

Los productos alimenticios de todas las partes del mundo, los refinados placeres del paladar in-

M.C.D. 2018

ventados por todos los países, se han dado cita en esta ciudad universal, donde hay seres que sólo viven para comer y beben todos los días *Champagne* de un siglo de antigüedad que les cuesta á quinientos francos la botella.

Los jamones se muestran apilados por centenares á las puertas de las tiendas; las cajas de frutos exóticos, montadas unas sobre otras, forman columnas interminables; las botellas escalonadas construyen gigantescas pirámides, sobre las cuales se quiebra la luz formando los más vivos colores; los escaparates de las *charcuteries* ostentan la fauna comestible de los más lejanos países revuelta con los fiambres más en moda, las frutas tropicales y las aristocráticas trufas, y á la entrada de las carnicerías cuelgan, rozando sus troncosas astas con el suelo, los esbeltos venados de los Alpes, que aunque con el vientre abierto, conservan, sin duda por miramientos á su distinguido orígen, la cenicienta piel para no ser confundidos con los montones de corderos, cabritos y terneras, que de espaldas al público, pendientes en filas del techo y desollados á estilo de contribuyentes, ostentan grandes rosas de trapo en el... rabo, pregonando con este detalle el gusto artístico del dueño del establecimiento.

El árbol de Noël, ese juguete que despierta vivos recuerdos de la infancia en los franceses, se muestra en todos los establecimientos, verde, recto y con una velilla de colores en cada hoja, y es de ver, cuando por la noche encienden éstas, con

M.C.D. 2018

qué inefable arrobamiento se detienen las turbas de muchachos á contemplar el barbudo y jorobado gnomo de caperuza roja que lo sostiene, las mil gotas de escarcha que brillan en su follaje, y sobre todo los vistosos juguetes que cuelgan de cada rama.

Otra de las cosas que cambian momentáneamente la faz de París y anuncia que nos encontramos en la anual fiesta de fin de año, es la feria que se establece en los grandes *boulevards*, y desbordándose por el *boulevard* Sebastopol, pasa los puentes y se extiende por el de Saint Michel, principal arteria del barrio escolor.

El viajero que entre en París en estos días, si mira únicamente lo que en la calle tiene más cerca, no reconoce la ciudad que goza el general renombre de emporio de la elegancia y del buen gusto.

La tal feria, que atrae la atención de esos parisienses que encuentran motivo de burla en todo lo que ocurra más allá de las barreras, es una fiesta de lugarejo ridícula y miserable.

Unos cuantos centenares de barracas sucias, miserables y construídas con madera de cajones, obstruyen las aceras del *boulevard*, y dentro de ellas, por regla que casi no tiene excepción, ó se venden naranjas, turrones y cromos de batallas, en los que predomina la tinta roja, y los soldados franceses siempre llevan la mejor suerte, ó se fabrican tarjetas al minuto á franco al ciento, industria que en estos días tiene gran éxito, pues

M.C.D. 2018

hasta la última de las cocineras que se hace llamar *madame* por su señora, cree de imprescindible necesidad tener sus pedacitos de cartón con el nombre impreso para repartirlos á principio de año al carbonero, el *garçon* de la *epicerie* y demás amigos íntimos.

La fotografía ambulante es también la industria que tiene en tal fiesta la principal representación. Sus barracas un poco mayores que las restantes, están adornadas exteriormente con cuadros que guardan fotografías humosas é indecisas representando por lo regular fieros soldados en traje de campaña ó criadas con estrambóticos sombreros, y á la puerta de aquéllas está de centinela el artista dueño del *establecimiento* invitando á los transeuntes á que entren en éste y se pongan frente á la máquina bajo el toldo de lona que obscurece todavía más la luz plomiza y triste.

A esto queda reducido en resumen el Noël parisién. No hay aquí la algazara de Navidad en los países meridionales, ni la Nochebuena acude con su acompañamiento de ruídos inarmónicos y discordantes propios de la inspiración musical de la infancia.

La tal noche queda reducida á unas cuantas solemnidades religiosas en las principales iglesias de París, de las cuales sólo la de San Sulpicio, por estar enclavada en el barrio levítico, logra atraer alguna gente, y á las colosales borracheras que proporciona la tradicional cena del *reveillón*, las cuales, encontrando reducido el es-

M.C.D. 2018

pacio de las casas, se lanzan á las calles para aturdir á los transeuntes con estruendosos berridos.

En dicha noche dan principio tambien los bailes de máscaras, esas fiestas que durante medio año preocupan á la gran ciudad. Bullier, el baile favorito de la gente alegre que pulula por el Barrio Latino, es el que este año ha disparado el primer cañonazo en honor de la locura, celebrando el primer baile de máscaras.

Los parisienses *fin de siecle* que viven á la otra parte del Sena pasaron en la Nochebuena los puentes y fueron al baile de los estudiantes á ver los primeros disfraces, ó lo que es lo mismo, á apreciar sistemas más ó menos artísticos para exhibir el mayor desnudo posible sin excitar el rigor de la policia.

Los hijos de la Sorbona ó de la Escuela de Medicina, para bailar la *cuadrille*, echaron mano del vestuario antiguo y pusieron á contribución la indumentaria, desde la de los antiguos galos hasta la de los hombres de la Revolución, y en cuanto á las muchachuelas del barrio ó las *cocottes* de mayores vuelos, agotaron la variedad de los almacenes de disfraces, ó de las sastrerías de teatro, siendo en mayoría las que llevaban trajes de abogados y magistrados, pues las parisienses encuentran muy graciosos el extravagante birrete francés y la toga, aunque cuidando mucho de plegar ésta por delante de modo que permita la exposición de las torneadas pantorrillas.

M.C.D. 2018

Sólo en Nochebuena y en un baile como Bullier puede darse el espectáculo de una Juana de Arco bailando con el terrible Danton, y un clown acompañando con extravagantes contorsiones los pasos de cancán de un lindo magistrado del Tribunal de Casación.

Toda la escandalosa locura, toda la algazara de Nochebuena y Navidad, ha quedado reducida á los dos bailes celebrados en dicho salón, y después de esto nada ha quedado en París que demuestre la fiesta propia de la época, á excepción de una costumbre que no se manifiesta en las calles, sino en las casas y del modo más alarmante para el paciente.

Los españoles que en esta época se quejan de las temibles consecuencias que acompañan á la costumbre de los aguinaldos, debían pasar estos días en París, y entonces se convencerían de que con razón el pueblo francés es el inventor de *les etrennes*.

En esta época, medio París, con motivos más ó menos problemáticos, se cree con derecho á sacarle el dinero á la otra mitad. Llaman á vuestra puerta y entra un cartero que os da un almanaque de cinco céntimos á cambio de un franco, y aunque os dice un ceremonioso *merci* se marcha malhumorado con su suerte que le proporciona parroquianos tan pobres. Al día siguiente entra otro cartero. ¿Qué es esto? El anterior es el que os trae las cartas del extranjero, este es el que os entrega los periódicos, y se cree tan merecedor de *les*

M.C.D. 2018

etrennes como su compañero. Le dais el consabido franco, consolándoos con la esperanza de que ha terminado el aguinaldo; pero llega un tercer dependiente de correos encargado de la correspondencia interior que os pide dinero por la única tarjeta que hace tres meses recibisteis de un amigo que vive al otro extremo de París, y á tan inesperada demanda de recompensas siguen las de los empleados del gas, que no se fijan que en vuestra casa sólo alumbra éste la escalera; la de los obreros que arreglaron la calle allá por el mes de Agosto; la de los aprendices de la sombrerería en que sólo habéis entrado una vez, y la de todo el personal de establecimientos que ni de oídas conocéis; y aun sentís espanto pensando que el año nuevo se acerca, y que como famélicas fieras que miran con codicia vuestros bolsillos, os esperan los criados del *restaurant* y del café y las acomodadoras de los teatros, que aspiran á cambiar por una pieza de cien sueldos cada una de las tagarninas que adoruadas con lazos tricolores ofrecen á sus clientes.

Todo el mundo busca en la presente época pretextos más ó menos justificados para alcanzar el dinero del prójimo, y en verdad que tal preocupación, más que la tradicional costumbre de la época anual que atravesamos, la justifica la temperatura que reina actualmente en París y que hace necesarios mayores gastos para el sostenimiento de la vida.

Como si la naturaleza estuviese convenida con

M.C.D. 2018

esos artistas que no saben pintar las escenas de Nochebuena ó Navidad sin ponerles por fondo nieves y hielos, en el presente año el invierno responde á las carcajadas de alegría de París extremando sus rigores, y por las calles se pasea arrollador un viento glacial y punzante que devora el calor de cuanto encuentra, mientras que el piso está contínuamente cubierto por congelada escarcha.

El frío ha hecho bajar el nivel del Sena más de metro y medio, los tranquilos canales tienen la superficie helada y amenazan despanzurrar los barcos en ellos anclados, y la corriente del río arrastra grandes témpanos, tan numerosos, que casi cubren la extensa superficie y que chocan sin cesar contra los pilares de los puentes, produciendo un ritmo seco y un tanto espeluznante.

La presente época sólo puede resistirse en París olvidándose de que existen calles y paseos y pasando los días á estilo de invernada esquimal, con el estómago lleno de alcohol y al lado de una buena y bien cargada chimenea.

El ánimo se contrista cuando se piensa en los miles de seres que andan por París sin casa, hogar ni comida, y que por único lecho tienen en verano esos muelles del Sena que ahora están cubiertos por el hielo. ¡Qué será de los muchachuelos que en las noches tranquilas os salen al paso para ofreceros una flor mustia ó un lapicero á cambio de una limosna! ¡Qué de esos infelices que por toda comida diaria toman una absenta y

M.C.D. 2018

andan dando traspiés, más borrachos por el hambre que por el alcohol! ¡Qué de esos desheredados tan rotos como altivos, que veis sentados en los bancos del Luxemburgo en las tardes de sol, hojeando muchas veces algún libro de los clásicos, y que saben el griego y el latín, pero ignoran los medios de alcanzar una comida!

En épocas como la actual, en este Noël alegre y divertido que sirve al feliz vecindario de París para emborracharse, es cuando se ven más de cerca esas irritantes desigualdades sociales que llegan á hacer aborrecible la humanidad, y á creer en que el egoísmo es el único sentimiento del corazón humano.

En la misma Nochebuena, cuando los criados de las grandes casas pasaban por las calles con paso apresurado llevando grandes bateas con costosos manjares; cuando turbas de jóvenes y muchachuelas cogidos del brazo y en fila saltaban y caían sobre las aceras delirantes por el vino y roncos de tanto gritar, como los danzantes báquicos de la antigüedad; yo he visto á la puerta del *restaurant* Foyot, situado frente al Senado, y que es un establecimiento grave y enfático cual los abuelos de la República que á él van á comer, como los *garçones* arrojaban á golpes á un viejo haraposo y trémulo que había tenido el escandaloso atrevimiento de entrar en el comedor en busca del pan desmigado que quedaba encima de las mesas y los residuos de vino que contenían las vacías botellas. Verdaderamente era muy dig-

M.C.D. 2018

no de castigo que en la noche que todos comen y se emborrachan hubiera quien osara, mal vestido y sin dinero, meterse en busca de sobras en un *restaurant* donde nadie come por menos de veinte francos y donde los residuos de las comidas se arrojan al estercolero.

Aquel pobre viejo, acostumbrado sin duda á tales recibimientos, marchóse resignado pensando que en tal noche la ley social era como en todas, y que él no era el único que á aquellas horas no cenaba en París, y al sentirse tocado en el hombro y que algo entraba en su mano, se puso á temblar, creyendo sin duda que le ocurría la peor desgracia, ó sea que la policía, castigando su atrevimiento, iba á llevarle al asilo de mendicidad, tan temible para el que es libre.

Mañana es la gran fiesta francesa: el año nuevo, mucho más celebrado aquí que el Noël.

El vecindario feliz, el que come y tiene amigos se prepara hace días para esta fiesta que rivaliza en ruído y alegría con el 14 de Julio.

Las personas mayores dedican estos días á escribir las direcciones de centenares de tarjetas que envían á sus amigos á guisa de salutación, y los muchachos preparan el zapato para ponerlo cerca de la ventana ó en el fondo de la chimenea, por donde llegan los obsequios que los papás eligen en los monumentales surtidos de juguetes del *Louvre* ó del *Bon Marché*.

Mañana es el día de los besos. Amigos ó simples conocidos se dan el ósculo de entrada de año,

M.C.D. 2018

y las dueñas de hoteles, *restaurants* y cafés, creerían faltar á sus deberes profesionales si no saludaran de tal modo á sus habituales parroquianos.

En estos días es cuando muchos piensan que no obraron acertadamente al concurrir á establecimientos donde la dueña no es bonita y únicamente llama la atención por su papalina y sus anteojos, y se proponen ser más previsores para el viniente año.

Los muchachos se reunen y piensan con fruición en el próximo contenido de sus zapatos. ¡Quién sabe los mundos de ilusiones que se forjan en la mente de chicos y grandes! ¡Quién sabe lo que el joven espera del beso que mañana le dará la amiga á quien requiere inútilmente, y lo que el niño aguarda que baje por el cañón de la chimenea!

Hasta en el mundo de la infancia, en ese mundo inocente y desprovisto de pasiones, se muestra esa irritante desigualdad social de que antes hablaba.

Teodoro de Bauville, un poeta poco conocido en España, pero aquí muy popular por la dulzura de sus versos, se paró á examinar un pillete de ocho años, hermoso como un ángel, que tiritando de frío, con ojos asombrados, contemplaba los escaparates de un almacén de juguetes.

—De todos esos objetos—le preguntó el poeta—¿cuál es el que deseas te dejen los Magos en el zapato?

—A mí nada me pueden dar los Reyes—contes-

M.C.D. 2018

tó el muchacho con tristeza.—Eso es para otros niños.

—¿Por qué dices eso?

—Porque empiezo por no tener zapatos.

Y al decir eso mostraba sus piececitos desnudos sobre la nieve.

31 de Diciembre de 1890.

M.C.D. 2018

XVII

EL BARRIO DE SAN SULPICIO

Así como en ciertos países existe la separación de castas, en Paris predomina la separación de barrios, ó dicho con más claridad; que las diversas clases sociales ó las diferentes industrias ó modos de vivir se separan, hacen una vida aparte y eligen su nido en el extremo de la gran ciudad que les marca la tradición y la costumbre.

Cada cuartel ó gran barrio tiene aquí su carácter peculiar y propio.

El del Louvre es el de los grandes mercados, el de las gigantescas *epiceries*, «el vientre de París,» como le apellidó el eminente Zola; el de la Bolsa es el rico y opulento por derecho propio, donde están las casas de banca sobre cuyos mostradores ruedan los billetes y los *luíses* de oro con tanta abundancia como los garbanzos y lentejas en un almacén de ultramarinos, y donde existen las grandes tiendas que tienen mil ó dos mil empleados; el del Temple es el nido de los ropavejeros y cambalacheros, y allí, junto á los muebles y las joyas de la gran mundana caída en la desgracia, se ve lo mismo la casaca dorada de un embajador que la blusa harapienta del último

M.C.D. 2018

ahogado expuesto en la Mourgue; el del Hotel de Ville es el cuartel oficial y burocrático donde viven todos los que cobran gran sueldo del Estado ó la burguesía que come, pasea y se aburre recordando los tiempos juveniles pasados en la tienda ó en la fábrica; el Latino ó del Panteón, el que guarda todas las presentes lumbreras de la ciencia y el arte, y todas las futuras que hoy no pasan de la categoría de estudiantes; el del Elíseo donde viven confundidos el presidente de la república y los hombres más influyentes de la situación, con los millonarios improvisados que se llaman monárquicos, porque esto da cierto aire distinguido; el de San Germán donde se cobijan los condes y duques descendientes de los Cruzados, la gente privilegiada que mira con desprecio á esa canalla que ahora manda en Francia, y que con su tisis, su anemia, sus escrófulas y su típica imbecilidad dan á entender la nobleza de su sangre y lo antiguo de una raza jamás cruzada con los plebeyos, esos seres que se ocupan en cosas tan despreciables como el trabajo y el pensamiento; el de Belleville donde se canta la Marsellesa á todas horas, donde los niños aprenden á llamarse ciudadanos, los hombres y las mujeres parecen contrariados porque no existe el Imperio y no pueden darse el placer de levantar barricadas ó ir cada mes á tiros con los soldados del tirano, y donde todas las noches al salir del taller se reunen los miembros de los numerosos comités para acordar si deben pedir cuentas á cualquier dipu-

M.C.D. 2018

BIBLIOTE VALENCI

tado que votaron por indicación de Rochefort y que luego les salió boulangista: y así como todos estos barrios tienen carácter propio y especial que les diferencia de los demás, así lo poseen también los restantes de París, cuya enumeración sola llenaría mucho espacio.

Cada uno de ellos da materia suficiente para interminable descripción, pero ninguno más digno de ser pintado que el de San Sulpicio, que en esta gran ciudad, dominada continuamente por la fiebre del progreso y de las reformas, produce el efecto de un verdadero anacronismo.

Pasáis por sus calles y el pavimento suena bajo los pies con ese estruendo que produce la soledad, y las casas en gran parte cerradas, parecen protestar contra el que viene á turbar la general calma.

Cuando dejando la última calle del siempre alborozado Barrio Latino se entra en el de San Sulpicio, se experimenta idéntica impresión que si se penetrara en un templo, y hasta el olfato parece percibir ese olor especial propio de locales grandes, cerrados, polvorientos y fríos, donde se une el humo del incienso con el de la cera.

Aquel es el barrio eclesiástico de París, el cuartel inmutable que, exceptuando las reformas hechas por el municipio, se encuentra hoy como estaría hace cincuenta años. Allí vive el obispo, allí está el seminario y allí ostentan sus gigantescos escaparates los establecimientos de objetos religiosos que surten á las iglesias de todas las partes del mundo.

M.C.D. 2018

Las calles están mal alumbradas por la noche; algún ómnibus que pasa cada media hora consigue con su estrépito apagar un tanto el incesante tañido de las campanas que llaman á los fieles á las oraciones nocturnas, y á lo largo de las paredes, entre las sombras, se deslizan las negras filas de viejas y curas que van hacia San Sulpicio, cuyas altas ventanas destacan en la obscuridad sus vidrieras de colores bañadas por la internaz luz de las lámparas.

Las calles estrechas y tortuosas del barrio y que sirvieron de escenario á Alejandro Dumas cuando escribió sus célebres *Tres Mosqueteros*; la arquitectura anticuada de sus edificios; los sonidos de órgano y de campanas que conmueven por la noche la desierta plaza de San Sulpicio, la monumental fuente de *Los cuatro arzobispos* que en ella existe, y aquellos recatados y misteriosos transeuntes que se deslizan en la sombra, todo hace pensar en pasados siglos, y hasta parece que se está viendo trasladado á la realidad uno de los fantásticos cuentos de nuestro Becquer.

Cuando se pasa durante la noche por ese barrio tranquilo, creyente y mojigato, en el que se ven muchas viejas y ninguna muchacha, muchos mantos negros á estilo de dueña de comedia y pocos sombreritos, cuesta trabajo creer que aquello es París, que un poco más allá, á la otra parte del Sena, está la gran ciudad *fin de siecle*, la de la electricidad y el movimiento, y que apegado á aquellas inmutables calles donde impera el silen-

M.C.D. 2018

cio, existe el Barrio Latino, eterno asilo de la algazara y el escándalo, donde permanece cerrada la antigua capilla de la Sorbona, porque ni un solo estudiante entra en ella á oir misa.

Raro contraste el que ofrecen estos dos barrios, entre los cuales no existe valla alguna. Separados por sólo unas tres calles, están San Sulpicio y el Colegio de Francia, y tal espacio se tiene que recorrer únicamente para después de haber oído un sermón del obispo de París, asistir al gran anfiteatro del citado establecimiento de enseñanza y escuchar la crítica de la Biblia hecha por Ernesto Renan, ó las lecciones de ateísmo práctico que da Pierre Laffite, actual maestro y jefe de la escuela positivista.

Hace un siglo, el Barrio de San Sulpicio dominaba al Latino; las cátedras de la Sorbona eran propiedad absoluta del clero que disponía á su gusto de la ciencia, pero vino la revolución con sus declaraciones de derechos y libertades, y el primero tuvo que comenzar á batirse en retirada hasta hoy, que está reducido al estrecho perímetro que presenta el aspecto antes descrito.

Hasta el cruel positivismo de la época se ha introducido en ese barrio guardador de la fe de pasadas edades, y ha convertido el cuartel donde viven los creyentes en un gran bazar de objetos de culto y devoción.

Todos los pisos bajos de las casas están ocupados por almacenes, en los que se venden, desde candelabros de cobre para la más pequeña ermita

M.C.D. 2018

hasta iglesias enteras de madera con destino á las misiones de Africa y Oceanía, y lo mismo santitos pequeños para la devoción doméstica, que colosales imágenes que hoy se muestran tras los vidríos de los escaparates con la frescura de color del reciente barnizado, y que tal vez al ser compradas para distintos países, realizarán por el tiempo portentosos milagros.

Casi todos los establecimientos de tal clase tienen sobre la puerta el rótulo «Se venden purgatorios y caminos del Calvario,» y su negocio no debe de andar mal, pues en vez de disminuir su número va aumentando cada vez mas, y todas las mañanas la calma del barrio se ve interrumpida con la llegada de estrepitosos carretones de carga y por el martilleo que se necesita para clavar grandes cajones repletos de imágenes, candelabros y lámparas, embalaje que por lo regular lleva en su tapa la dirección para lejanos países, siendo los jesuítas de Manila y las demás órdenes religiosas de Filipinas los parroquianos más asiduos de estas tiendas, lo que prueba la actividad que desarrollan en civilizar aquellas posesiones españolas.

Por más absurdo que parezca, los dueños de tales establecimientos son judíos convertidos, pero judíos al fin, de los que recibieron la eterna maldición del Hijo de Dios por haberle dado muerte tan ignominiosa ó injusta; pero hay que manifestar que ellos no dan lugar á la menor censura, pues se limitan á vender lo más caro que pueden, guardan el sueldo que pillan bajo siete

M.C.D. 2018

llaves, votan en las elecciones el candidato legitimista que les indican sus parroquianos, ceden sus tiendas para tertulia de sacerdotes y de ésos jóvenes flacuchos, macilentos, de melenas lacias, rostro afeitado y largo levitón, que hablan con éxtasis del buen conde de París futuro rey de Francia, y escriben folletos enternecedores contra el gobierno actual; se cuidan mucho de asistir como espectadores platónicos, á los *meetings* realistas, que semejantes á cualquiera reunión anarquista de aquí, acaban siempre á palos, por si el príncipe Bonaparte (a) *Plómplóm* es más guapo que el duque de Orleáns, á quien este irrespetuoso pueblo republicano llama el *duque fiambrera* por aquella su calaveradita del año pasado de presentarse en Francia contra la ley de proscripción pidiendo el fusil y la fiambrera de soldado; y hace algún tiempo, cuando se decía que Boulanger se iba con los realistas y que con los millones de la duquesa de Uzés iba á restaurar la monarquía, estos industriales sagrados, en un rapto de entusiasmo político, pusieron el busto del heroico general de gran parada, en esos escaparates donde se exhiben en todos los tamaños la Virgen de Lourdes ó Juana de Arco.

A la vista de esa estatuaria religiosa que produce la industrial Francia, es cuando menos se comprende la aceptación que tiene en todo el mundo católico.

Las imágenes que se ven en las antiguas capillas españolas dan más naturalidad al culto.

M.C.D. 2018

Compréndese la impresión que á un creyente causan en los templos de España esos Cristos severos ysombríos que presentan la contracción del dolor en su forma artística y evocan el recuerdo imponente de la muerte; pero lo que no puede imaginarse por más esfuerzo que se haga, es cómo tienen ahora tanta aceptación estas obras de los artistas religiosos franceses, que influídos por la devoción elegante, atrayente y risueña inventada por los jesuítas, pintan la sangre de un color tan bonito como el vino de Burdeos, dejan las imágenes tan sonrosadas y rizaditas como un dependiente de peluquería y dan á otras que exhiben un corazón flamígero y rojo, la misma expresión de vanidad satisfecha, que tiene en su rostro cualquier tendero, cuando enseña á sus amigos la cruz de la Legión de Honor que le ha proporcionado una agencia á cambio de tres mil francos.

Estas tiendas donde se exponen tales obras artísticas, son también los centros de donde parten los escritos piadosos que se traducen á todas las lenguas europeas, y que se titulan *Receta para confitar almas* ó *Ferrocarriles para el cielo y el infierno*, siendo dignas continuaciones de aquella obra de un fraile español del pasado siglo tan célebre en todo el mundo y que llevaba por encabezamiento *Verdadera y espiritual alfalfa para los borregos de Cristo*.

A esto queda reducido el Barrio de San Sulpicio. No hay en el, vecindario joven ni ruidos de ninguna clase durante la noche; apenas se difun-

M.C.D. 2018

den las primeras sombras, ciérranse todas las puertas y reina en las calles un imponente silencio que sólo algunas veces los revoltosos alumnos de la Escuela de Bellas Artes (muchachotes forzados y francotes que consideran como el peor de los insultos el ser llamados *aristócratas*, y como el más repugnante afeminamiento llevar camisa blanca y limpia) se encargan de turbar á la salida de las clases nocturnas. Pasan por el distrito levítico, en grandes bandas, gritando como locos, cantando *couplets* un tanto desvergonzados y dando serenata á los estudiantes del Seminario, bajo cuyas ventanas se están horas enteras entonando la Marsellesa.

Reina el odio más enconado y la hostilidad más feroz entre el Barrio de San Sulpicio y los otros que le rodean. Estos le aturden con sus cantos, con sus vivas y sus manifestaciones ruidosas, pero él se venga con la protesta silenciosa y pasiva. En el 14 de Julio, aniversario de la toma de la Bastilla, y en las demás fiestas republicanas, mientras todo París se cubre de banderas tricolores y rebosa en alegría y ruído, él permanece más obscuro y silencioso que de costumbre; sus calles parecen las de una población deshabitada y á sus balcones no asoma ni un mal trapo, ni la más pequeña luminaria.

Algunas veces sucede que existe en el barrio algún republicano que se ha trasladado á él buscando habitación barata, ó algún indiferente que sigue la general costumbre y engalana sus balco-

M.C.D. 2018

nes en dichas fiestas, lo que les vale entre los vecinos el título de impíos y descamisados y les acarrea la venganza, que tiene por ejecutores al portero, antiguo suizo de iglesia que no deja en paz á los niños de la familia cuando se detienen en el portal; á las criadas de los otros pisos, que llaman siempre que pasa frente á la puerta de la habitación, y á los señores de éstas, que cuando encuentran en la escalera á los audaces heterodoxos que ponen luminarias el 14 de Julio, no les saludan y aun los empujan rudamente.

De poco tiempo á esta parte el barrio presenta nuevo aspecto por causa de una ley del actual gobierno.

En las tardes de los domingos, revueltos con curas y estudiantes del seminario, vense pasar por sus calles grandes grupos de soldados que inmediatamente llaman la atención por su porte especial.

El rojo kepis lo llevan tirado sobre los ojos como si se avergonzaran de que alguien les viera el rostro, su mirada está fija de contínuo en el suelo, el capote holgado y rugoso les cae lacio sobre las piernas á estilo de sotana, en su labio superior empieza á sombrear un bigote espeso y cerdoso que delata la larga costumbre de afeitarse, llevan las manos cruzadas sobre el vientre en humilde actitud y andan silenciosa y tímidamente como si cuidaran de no agitar demasiado aquel machete, que parece se les quiera escapar de la cintura.

M.C.D. 2018

Son los seminaristas que este año por primera vez han sido comprendidos en el servicio militar obligatorio que aquí existe.

Los buenos muchachos, apenas salen del cuartel en los domingos, vuelan á su barrio á respirar el ambiente del querido seminario y á echar un párrafo con los padres que antes se encargaban de su enseñanza, pero existe entre éstos quien nota con escándalo que el número de los semanales visitantes disminuye, y que hay antiguo seminarista que ya ha aprendido á ponerse el kepis ladeado. y en los días de paseo, en vez de ir á San Sulpicio, se marcha con sus alegres compañeros del batallón á la otra parte del río, quién sabe dónde.

Con razón se escandalizaba el piadoso vecindario del barrio ante la ley militar de la República, y ya presentía los peligros que con ella amenazaban á esta incauta juventud y las seducciones á que iban á estar expuestas sus almas.

Cuando hace un mes llegó el instante fatal de marchar los conscriptos á los cuarteles, el barrio de San Sulpicio alborotóse hondamente, y con solemnes funciones religiosas protestó del *atropello* que efectuaba el gobierno.

Verdaderamente merecía tal correctivo esta República, que para llamar á los seminaristas á las armas, se funda en razones tan fútiles é insignificantes, como que todo francés tiene el deber de defender á su patria, sea cual fuere su estado y profesión, y en que no hay motivo para que en las filas á donde van médicos, abogados, ingenie-

M.C.D. 2018

ros y escritores, dejen de comparecer los futuros sacerdotes.

Ya saben los buenos y piadosos vecinos que la actual ley militar es general para todos los franceses, y que hoy, cuando les llega el turno, lo mismo viste el capote de simple soldado el hijo del presidente de la República ó el joven que con su talento llama la atención de toda Francia desde el periódico ó el libro, que el último mozo que carga fardos en los muelles; pero ellos creen que no estaría mal una excepción á favor de esos muchachos tímidos é inocentes, aunque sobradamente robustos, y que nada tendría de anormal é ilógico que en las circunstancias dificiles para la patria ese populacho republicano se rompiera la crisma con los prusianos para defender los hogares y las familias de aquéllos.

Además, la ley actual tiene también excepciones, pues libra del servicio militar á los maestros de las escuelas públicas.

Esto pone fuera de sí al vecindario de San Sulpicio, y con mucha razón.

Sólo á un gobierno republicano se le ocurre demostrar que el seminarista no es tan útil y necesario á una nación cómo el hombre que enseña á leer y escribir á los muchachos y abre sus tiernos cerebros á la luz de la ciencia.

11 de Enero de 1890.

M.C.D. 2018

XVIII

EL TIEMPO Y LOS TEATROS

Faltaba un espectáculo nada más para que el invierno fuera completo en el presente año, y el frío, que por esta vez se muestra espléndido y derrochador como empresario de teatro que *echa el resto*, no ha querido negarnos tal gracia á los ateridos habitantes de París, y el Sena, de la noche á la mañana, ha aparecido revestido con una coraza de hielo blauca, dura é inmóvil.

Hace días que esta gran capital presenta un aspecto nada grato. El cielo, de eterno color plomizo, sólo deja filtrar á través de sus brumas una luz cenicienta y triste que obscurece todos los objetos, y á los más hermosos edificios les da el tinte propio de los panteones en la hora del crepúsculo. El piso, cubierto de una espesa capa de nieve crujiente, sólida, sucia por el tránsito, y que la contínua helada se ha encargado de bruñir, está resbaladizo hasta el punto de que las gentes anden sobre él con tanto cuidado como si marcharan sobre un espejo. Los agentes de seguridad para prestar sus servicios van en parejas cogidos de la mano para auxiliarse mutuamente

M.C.D. 2018

en caso de caída, y los coches de alquiler y ómnibus se ven obligados á marchar tan pausadamente que los transeuntes á pie les avanzan siempre en la carrera.

Un viento helado y cortante ruge estrepitosamente sobre los tejados de París, derribando chimeneas y rompiendo ventanas de boardillas, y envueltos en su torbellino, bajan á la tierra noche y día los copos de nieve, esas blancas moscas del invierno que pasan y repasan silenciosamente ante los ojos, y con su fría picada estremecen la epidermis.

Esta es la semana de las caídas cómicas, de los miembros rotos y del hartazgo de los hospitales. Un descenso del termómetro tan enorme y persistente equivale á una epidemia, que no porque carezca de nombre para la ciencia, deja de ser tan terrible como las conocidas.

En la presente semana han muerto en París algunos cientos de seres más que de ordinario. Andan por estas calles cuerpos de antiguo mal alimentados y faltos de todo abrigo, que son verdaderos vasos en que la miseria va vertiendo poco á poco el líquido de la muerte. La temperatura reinante ha sido la última gota encargada de producir el desbordamiento, y en estos días caen sin cesar primero en la cama del hospital (si es que la encuentran), y en la fosa común después, numerosas víctimas, en apariencia, del frío, pero en realidad de privaciones anteriores.

Entristece pensar que en esa ciudad monstruo

M.C.D. 2018

donde al placer se rinde eterno culto y á donde acude como atraído por el imán del lujo gran parte del dinero de la tierra, hay seres que mueren asesinados por el rigor de la naturaleza, teniendo por cómplice al egoísmo de la sociedad.

En la presente época el frío afea á la gran ciudad, y el vecindario sale poco á la calle por miedo al peligroso resbalón ó á la traidora pulmonía, ó bien por demasiado amor á la chimenea ó al caliente *poel*.

La vida y la actividad se alejan de las calles para concentrarse en los edificios; las familias de vida modesta ó los individuos de lacio bolsillo hacen la invernada esquimal junto al fuego bostezando de fastidio ó mirando con aire estúpido las brasas, y únicamente los ricos ó aquellos á quienes no les falta nunca un *luis* en el portamonedas, pueden gozar de esos placeres caros y ruidosos que proporciona el invierno.

El París del verano es la ciudad que más distracciones presenta al que no quiere despedirse del único franco que lleva en el bolsillo, pero el del invierno no puede ofrecer al pobre, bien sea de levita ó blusa, otros espectáculos que esos montones de nieve y ese gran río helado que hacen pensar en el horripilante aspecto que tendría la tierra si girando en su órbita se alejara del sol más de lo marcado en las eternas leyes astronómicas.

La presente época es la de los teatros, que apenas si tienen localidades suficientes para ese

M.C.D. 2018

público acomodado, que obligado durante el día á permanecer en casa, así que cierra la noche, corre presuroso en busca de la armonía musical y poética ó el chiste verde y desvergonzado que le distraiga y le haga olvidar las horas de aburrimiento en el hogar ó las de fatigoso trabajo en la oficina.

Los teatros de París merecen un estudio particular y extenso, pues no pueden menos de llamar la atención de los españoles, poco acostumbrados á esta especial organización de los espectáculos.

Cuando Castelar, en su época de emigración, escribía cartas á los periódicos de América, ya manifestaba en ellas su extrañeza por el aspecto que presentan los teatros franceses; y éstos, desde entonces hasta ahora, en nada han sufrido reformas.

¿Queréis ir al teatro en París? Pues si no deseáis pagar la prima que la contaduría cobra por despachar los billetes durante mañana y tarde, tenéis que esperar ante las cerradas puertas del teatro hasta media hora antes de empezarse la función, y cuando éstas quedan abiertas, sufrir un verdadero diluvio de pisotones, codazos y empellones para penetrar en el atrio y llegar á la taquilla.

Algunos minutos antes de las siete y media de la noche, todos los teatros de París tienen ante sus cerradas puertas una interminable cola de gente que se enrosca y se mueve como los anillos

M.C.D. 2018

de una serpiente, y espera, revestida de envidiable paciencia, que los empresarios den la orden de apertura y hagan el gran favor de admitir el dinero del público. Se necesita aquí un verdadero é imperioso deseo de ir al teatro para permanecer á veces una hora entera á las puertas de aquél, sobre el hielo ó la nieve que cubre la acera del *boulevard*, sin menear un solo pié y sufriendo las impertinencias de los agentes de policía que van colocando en línea á señoras y caballeros con el mismo aire del sargento que forma á los reclutas en el campo de instrucción.

Se abren por fin las puertas, suena un murmullo de satisfacción, y la gente, individuo por individuo, se desliza por el mezquino postigo, tras el cual, tieso y con aire imponente, esta un guardia republicano.

Os toca, por fin, el turno; vais á entrar, pero en el mismo instante el citado guardia, con ademán solamente, extiende el brazo y os detiene, porque ya han entrado treinta espectadores, y hasta que á éstos no los despachen en la taquilla, no puede dejar pasar ni uno más. Entonces, con un violento retroceso, tenéis que contener la avalancha de trecientas ó cuatrocientas personas que os empujan por detrás deseosas de entrar, y seguís esperando diez minutos más, temblando de frío, conteniendo con una mano el sombrero, que parece os quiera robar el helado viento, y tapándoos con la otra la boca para espantar las pulmonías que por allí andan sueltas.

M.C.D. 2018

Se ablanda, por fin, el inquebrantable guardia, desaparece la valla de su brazo y entráis casi en el aire, empujados por todas partes y revuelto con señoras á quienes han apabullado el sombrero, ó caballeros que se lamentan de haber perdido algo en el tumulto. Hacéis entonces una nueva peregrinación á lo largo de las barandillas de hierro que serpentean hasta la taquilla, y cuando al fin llegáis á aquel ventanucho indecente, tenéis que entendéroslas con una señora, por lo regular enormemente gruesa, que lleva papalina blanca con lazos de color rosa y grandes antiparras, la cual no se mueve á daros el billete hasta que tiene vuestro dinero en el cajón. Si habéis pedido una simple entrada os dan un cartón descomunal; pero si deseáis una localidad, entonces la empleada se quita la pluma de la oreja, os pregunta vuestro nombre, lo escribe en un pesado librote, arranca de él un talón, vuelve á apuntar aquél con la clase de asiento que os corresponde, os lo da y ya podéis marcharos bien contentos de que le baste con tales requisitos y no pida los documentos de seguridad y basta la fe de bautismo.

Casi un cuarto de hora después de haber pasado la puerta del teatro, podéis llegar á la gran escalera, en cuya primera meseta hay una gran tribuna, en la que se ostentan, puestos de frac y corbata blanca, tres venerables señores con el sombrero calado y teniendo á ambos lados un individuo vestido de azul y oro, como cualquier

M.C.D. 2018

diplomático, con una deslumbrante cadena al cuello.

Comparecéis respetuosamente ante aquel imponente tribunal, y los de la cadena os toman el billete, lo miran y se lo dan á los tres *magistrados*, que lo vuelven á mirar con ademán reflexivo, se lo guardan al fin y os lo cambían por otro de diferente color. Ya podéis pasar y subir más arriba, alabando de paso al cielo por el talento que ha dado á los franceses para revestir todos los actos de solemnidad y realizar cumplidamente la división del trabajo. En cada rellano de la escalera vais encontrando un empleado que si no os cambia el billete os lo examina y da su visto bueno cortándole las puntas y algunas veces rasgándolo por la mitad.

Después de atravesar un verdadero dédalo de pasillos y escaleras, éstas cada vez más resbaladizas y aquéllos mas bajos y angostos, se respira por fin, llegando al sitio designado. Un grupo de mujeres, por lo regular viejas ú horriblemente feas y con papalinas iguales á la que lleva la empleada de la taquilla, os sale á recibir y allí vuelve á efectuarse la división de trabajo propia de todos los teatros de París. Una os quita el gabán y lo cuelga en el guardarropa, diciendo:—Señor, son cincuenta céntimos; otra os coge el bastón y lo deja en el mismo sitio, repitiendo:—Señor, son veinticinco céntimos, y las demás os ofrecen unos gemelos mugrientos y ahumados con los que nada se ve, y cuyo alquiler cuesta un franco, os quie-

M.C.D. 2018

ren obligar á tomar un banquillo para los pies como si fuerais una señorita, ú os piden un *pequeño beneficio* para socorrer á alguna compañera imaginaria á quien durante todas las noches del año se le están muriendo hijos sin tener con que enterrarlos, ó se le seca la leche y necesita pagar nodriza.

Perseguido por el desprecio de aquellas papalinas rosa, si es que no sacáis el portamonedas, y oyendo como dicen que debéis ser inglés ó español, ó lo que es lo mismo salvaje, atravesáis la mampara de cristales que os abren con llavín y os echan á las espaldas apenas habéis pasado. Por fin os encontráis en la sala de espectáculos.

¡Qué teatros los de París! Nada tan deslumbrante como el aspecto que presentan; pero en ninguna parte podrán estar los espectadores más incómodos. En estos salones dorados, centelleantes y cubiertos á trechos con colosales esculturas, todo se somete al golpe de vista artístico, son obras construídas para placer de los arquitectos, y en cuanto al público... que lo parta un rayo.

Los pisos altos están adornados para complemento del género arquitectónico, con gruesas columnas que obligan á muchos espectadores á estar con el cuello torcido toda la noche, y en los palcos, estrechos y profundos como ratoneras, si es que no están frente al escenario, sólo ven el espectáculo las dos personas que se sientan delante, y las cuatro restantes pasan las horas puestas de puntillas y alargando violentamente

M.C.D. 2018

la cabeza para distinguir únicamente los últimos músicos de la orquesta.

Hay que alabar la sabiduría de los empresarios parisienses. Cuando los arquitectos terminan los teatros conforme á sus gustos, llegan aquéllos y empiezan á sembrar asientos por todas partes. No importa que una columna tape aquí, ni que una moldura obstruya la vista allá, lo importante es crear localidades y que la taquillera tenga muchos billetes que vender.

A tal punto llega la ambición de la empresa por tener muchos asientos disponibles, y de tal modo quieren que crezca la capacidad de sus salas de espectáculos, que en los pasadizos que existen entre las butacas, y al extremo de cada fila de éstas, colocan asientos movibles que una vez empieza la función son ocupados por amigos y paniaguados de *la casa*, con lo cual queda cerrada toda salida. Existiendo este abuso, siendo los pasillos angostos y bajos de techo hasta el punto de hacer peligrar la integridad de los sombreros, y estando las mamparas cerradas con llave, es como se comprenda que un incendio ó una simple alarma en los teatros parisienses, produzca siempre algunos centenares de víctimas.

Una de las cosas que requieren estudios más largos y concienzudos es llegar á conocer el nombre de todos los asientos que existen en estos teatros. Cada fila de localidades tiene un nombre diferente, y los palcos, excepción hecha de los de primer piso, se despachan por asientos, con lo

M.C.D. 2018

cual, suele suceder, que en un reducido espacio pasan la noche codeándose seis personas que no se conocen y se miran con recelo. Por esto, sin duda, aqui sólo van al teatro con frecuencia las familias ricas, pues la clase media se contenta con asistir tres ó cuatro veces al año, que es cuando le permiten sus ahorros tomar un palco entero. Así evitan que la niña de la casa esté sentada cerca de cualquier muchacha descocada y rubia artificial, que se atreve á pellizcar las piernas al pacífico papá y sonríe provocativamente en las narices de la madre.

Cuando se está habituado á los teatros españoles, que indudablemente son de construcción menos artística que los de París, pero que en cambio resultan más animados y alegres, no se puede evitar cierta penosa impresión siempre que se asiste á las representaciones de aqui, en cuyos entreactos el público permanece tan inmóvil y silencioso como si estuviera en misa.

Además, los teatros de París pecan siempre de obscuros. Las luces están todas en el techo y no alumbran más que la parte alta, dejando el patio en una semiobscuridad, que aun se hace más densa en los rincones y bajo el saliente que forma el balcón del primer piso en el que hay filas de butacas ante los palcos. Al nivel del patio y en lo que en los teatros españoles llámase platea, hay unos tugurios obscuros que aquí reciben el nombre de *bañeras* y en los cuales la baranda llega hasta el cuello de los que las ocupan. Existen las

M.C.D. 2018

tales *bañeras* en todos los teatros; raramente las ocupan más de dos personas, y más extraño es aún que éstas sean de un mismo sexo, de lo que resulta que el infortunado á quien toca sentarse en la última fila de asientos del patio, pasa la noche preocupado y no sabiendo si atender á la función que se desarrolla sobre la escena, ó á lo que ocurre á sus espaldas.

La mayor parte de los coliseos de Paris que tienen gran importancia presentan el aspecto de un cuartel, ó si se quiere, de una plaza sitiada. En las puertas hay centinelas con el fusil al hombro, y al entrar en el patio se ve el cuerpo de guardia con su repleta armería y su olor especial á cuero sangriento. En la Gran Ópera el aparato militar es imponente todas las noches que hay función. Una compañía de la Guardia Republicana custodia el edificio, y un pelotón de jinetes del mismo cuerpo patrulla por sus cercanías; ni más ni menos que si estuviéramos en tiempos de Napoleón III, y de un momento á otro fuera á aparecer Orsini con sus bombas explosivas.

Si los teatros de París dan materia suficiente para un largo estudio, no lo proporcionan menos los espectáculos que en ellos se presentan. En París el drama tiene intérpretes inimitables, y la ópera cómica no le va á la zaga; pero en cuanto á ópera seria, hay que reconocer que ni Francia da buenos cantantes, ni los franceses tienen gran sentimiento musical.

La Gran Ópera, que es aquí el primer templo

M.C.D. 2018

del arte lírico, tiene un público que ofrece el espectáculo más triste. Aquí no van á *oir* las óperas, sino á *verlas*. Excepción hecha de unos cuantos melenudos alumnos del Conservatorio que escuchan la obra con la partitura sobre las rodillas, estudiando, como vulgarmente se dice, sobre el terreno, ó de algunos *dilletanti* que oyen atentamente, el resto del público ostenta en la mano el libreto de la ópera y se entera con mucho cuidado del argumento, siguiendo sobre las páginas los versos que va cantando el artista. Así se comprende que los argumentos de todas las óperas francesas sean tan enrevesados y llenos de accidentes como un drama de Bouchardi.

Esta afición á la letra más que á la música, exige en los artistas un perfecto conocimiento del idioma, y de aquí que no puedan presentarse en el gran teatro más que cantantes franceses, con lo que pierde mucho el arte, pues ni el idioma galo es musical ni es notable esta nación por sus voces.

En la Gran Ópera asombra el aparato artístico con que se reviste la más insignificante de las obras; impresionan profundamente aquel decorado realmente fantástico, la orquesta que llena más de una tercera parte del patio y los coros y cuerpo de baile que bien suman más de cuatrocientos individuos, pero en las partes principales, excepción hecha de dos ó tres artistas regulares, no hay ni uno solo que pueda cantar sin protesta dos noches en el Real de Madrid y aun en teatros españoles de menos importancia.

M.C.D. 2018

Los buenos artistas que tiene el gran teatro, son únicamente los barítonos, pues en cuanto á tenores, todas las *eminencias* de este género que pasan por su escena después de haber sido anunciados con grandes letras en los carteles, no resultan al espectador, más que como unos buenos señores gordos y con piernas de alambre á estilo de escribano de comedia, que cantan con una voz engolada y una entonación nasal irritante que los depravados oídos de por aquí encuentran de buen gusto.

A un cantante de la Ópera para recibir ovaciones le basta con pronunciar el francés tan bien como un miembro de la Academia, y hacer ciertas inflexiones melifluas propias de monja en el coro cuando en una melodía sentimental tiene que decir *mon Dieu* ó *mon cœur*.

Una vez cumplidos estos requisitos, nada importa la falta de voz y la carencia de verdadero arte. Dios mediante, y la mansedumbre del público de aquí que es proverbial, puede ir tirando la ópera francesa tan ahita de compositores de más ó menos mérito que le escriban obras, como hambrienta de buenos artistas franceses que las canten.

Además, para algo está esa *claque* feroz; institución que de intento he dejado para el fin, y que en cualquier teatro francés es tan importante como la misma compañía que actúa en la escena.

¡Llénense de vergüenza, en vista de su atraso,

M.C.D. 2018

esos empresarios españoles que por todo refuerzo para el éxito de las obras meten en los últimos rincones del *paraíso* dos docenas de infelices, cuyos extemporáneos aplausos hace callar pronto el público con sus siseos! Aquí debían venir á estudiar los adelantos teatrales y á ver de cerca esa *claque* de frac y guante blanco que ocupa cuatro filas en el patio de la Ópera, y esos jefes de la legión aplaudidora, por lo regular hombres venerables que hasta tienen aire de senadores, y que cuando llega el momento señalado, sin recatarse del público y con la solemnidad del que cumple una misión tan importante como la del director de orquesta, dan fuertes golpes en la barandilla que tienen delante, lo que sirve de señal para que retumben las cerradas descargas de los *alabarderos*.

Aquí han hecho aún más los empresarios. Les ha parecido poco la *claque* masculina, y han organizado la femenina, y por si esto no era suficiente han contratado familias enteras para que vayan á aplaudir, así es que muchas veces se ve como en los palcos los padres y los hijos é hijas, emperejilados con sus mejores trajes, chocan las manos á rabiar hasta que de bajo hacen la señal que equivale á ¡alto el fuego!

Cuando no se está en el secreto de estas delirantes ovaciones que se repiten todas las noches, el espectador que paga su entrada en la taquilla se extraña de que se aplauda tan rabiosamente á cualquier partiquina de formas mórbidas ó al tenor de ronquera crónica que sale á *gallo* por nota

M.C.D. 2018

pero todo lo comprende cuando atendiendo á las murmuraciones de los pasillos sabe que la primera tiene un amigo rico, gran protector del arte... plástico, que paga sus triunfos, y que el segundo dedica casi todo su sueldo á defenderse de una silba amparándose de la *claque*, que se vende cara.

Además los empresarios parisienses no tienen inconveniente en declarar la existencia de la *claque*, pues ésta, cuando más numerosa y fuerte, parece que da mayor importancia al teatro.

Casi tanto empeño como manifiestan los inocentes empresarios españoles en negar la existencia de los alabarderos en sus teatros, tienen los franceses en ostentar el número y clase de su *claque*.

Cinco días antes de verificarse el estreno de una obra en el teatro de la Opera Cómica fuí á su contaduría á encargar una localidad.

—No quedan más que pocos asientos del patio—dijo uno que parecía empresario.—Los tres últimos pisos están destinados para la *claque*.

¡Más de medio teatro destinado á los aplaudidores mercenarios!

Así cualquiera se atreve á escribir obras para el teatro, y aun si es necesario un mudo puede cantar la más difícil ópera de Wagner.

19 de Enero de 1891.

M.C.D. 2018

XIX

EL CARNAVAL

Para la gran ciudad el Carnaval no tiene más que un día. El domingo y el lunes no presentan en París otro aspecto que el de los días ordinarios de la semana, y apenas si por algún niño más ó menos artísticamente disfrazado que las mamás ostentan con satisfacción por los *boulevards*, se conoce que estamos en la anual fiesta de la locura; pero llega el martes, el para los franceses tradicional *Mardi Gras*, y la metrópoli europea se resarce de la tranquilidad que ha venido observando. Los establecimientos cierran sus puertas, y la inmensa población de los barrios extremos, disfrazada ó con los trajes del día de fiesta, afluye en las primeras horas de la tarde al centro de París, á esos interminables *boulevards* que constituyen la arteria aorta del gigante que reposa tendido en las orillas del Sena.

No se crea por esto que el Carnaval en París presenta ningún espectáculo deslumbrador ni distinto del que ofrecen las ciudades españolas al celebrar igual fiesta. Aquí como ahí, son infinitamente más los que salen á la calle ansiosos de que

M.C.D. 2018

las máscaras les diviertan que los que tienen la abnegación de vestirse de mamarracho para hacer reir á los demás.

En París el Carnaval queda reducido á los bailes que son innumerables y que vienen celebrándose tres veces á la semana desde la Nochebuena; pero en las calles tal fiesta no presenta otro aspecto que el que pueda ofrecer la más miserable aldea.

Ridículos fantasmones cubiertos de andrajos y con escobas al hombro, muchachos vestidos de mujer y jóvenes con trajes de hombre, zagalotes con la cara pintarrajeada y una sucia camisa de su amiga por todo traje aparente; he aquí las creaciones artísticas del Carnaval callejero en esta gran ciudad, que desde lejos es mirada como cuna de la elegancia y el buen gusto.

Este es el aspecto que presenta el Carnaval espontáneo, el que produce esos seres que por divertir á los demás y con algunos litros de vino en el estómago recorren casi desnudos, saltando y vociferando, algunos kilómetros, estrujados por la multitud que va ansiosa de un punto á otro para contemplár las escasas máscaras y adquirir así la seguridad de que se encuentra en la época de los disfraces.

Al lado de este Carnaval, como ya hemos dicho espontáneo, hay otro que producen los industriales de París, esa buena gente adoradora incondicional del dios anuncio, y que no deja pasar la ocasión para ensalzar hasta las nubes la excelencia de sus productos.

M.C.D. 2018

Resuena de repente en los *boulevards* una espantosa trompetería. La conpacta muchedumbre se arremolina; toda la gente, que empieza ya á aburrirse, se remonta sobre las puntas de los pies para ver mejor, y rompiendo las masas de carne humana, desfilan tres ó cuatro carruajes adornados con flores de papel y banderas tricolores. En uno de ellos va la delegación de Orfeo, ó lo que es lo mismo, media docena de esos valerosos é inspirados seres, de gorrilla de terciopelo que eternamente os desgarran los oídos con sus trompas de caza que mugen interminables fanfarrias. En otro se ostenta la gracia de Venus, representada por unas cuantas muchachas lacias, escrofulosas, vestidas de corto y escotadas hasta el vientre, que tiritan en sus asientos y pasan contínuamente las manos sobre su pecho rojo como una remolacha, para hacerlo entrar en calor, y cierra la marcha el vehículo más lujoso, en el que se exhibe con aires de reinas y vestidas como grandes señoras, aunque con colores chillones, dos ó tres viejas obesas y abotagadas, que representan á Mercurio, y á quienes acompañan sus caballeros, hombrecillos barbilampiños de melenita rizada, perfumada y rubia, y que se ruborizan cuando la gente los mira.

Aquella especial cabalgata que atruena el *boulevard* con los rugidos de sus trompas, es el anuncio ambulante (según rezan los papelillos de color que arrojan sobre la gente) de una *brasserie*, que por lo regular se llama *La ísla del Placer ó El*

M.C.D. 2018

albergue de Cupido, y en la cual treinta ó más *damas* con trajes originales sirven á los parroquianos. La gente se queda pensando en que si para muestra basta un botón, cómo serán las restantes *damas* que no se exhiben por las calles.

Tras este movible anuncio pasan al poco rato unos cuantos mosqueteros artísticamente vestidos y moviendo bizarramente su capa colorada y la espada rabitiesa.

Silba ferozmente el público á aquellos mascarones que tan insípido traje han escogido y tan fieramente se presentan; pero pronto cesan tales manifestaciones al ver que aquello no es más que otro anuncio y que sobre la espalda de los héroes de Dumas se ostenta en sendos cartelones ese reclamo tradicional, que indudablemente pasará á la historia como las arengas de Napoleón: *Si toséis, tomáis pastillas Geraudel.*

Y después de tales anuncios, van desfilando otros que se ostentan sobre carromatos y con acompañamiento de atronadores músicas. Unas veces es el ya fastidioso jabón de los Príncipes del Congo; otras el dentífrico Kalaudok, y cuando no, el anuncio de biberones, de ropas hechas pagadas á plazos ó de academias de baile.

A esto queda reducido el Carnaval en París. A pesar de esta falta de movimiento y originalidad que se nota en la fiesta de la alegría, bien puede decirse que son muy pocos los que no se disfrazan. En la tarde del *Mardi Gras* se ven por las calles de París muy pocas caras limpias de adornos es-

M.C.D. 2018

trafalarios, pues la mayor parte ó llevan gigantescos bigotes de cáñamo ó se endosan descomunales y fantásticas narices. Aquí no son necesarios los disfraces. Para que á uno no le conozcan en una población de tres millones de habitantes, no son necesarios esos parches estrambóticos que colocan en su rostro los parisienses.

Causa un efecto algo raro el pasear entre caballeros y señoras vestidos como de costumbre, que marchan gravemente ostentando extravagantes caretas que mueven los velludos párpados ó narices rubicundas é interminables que giran como trompas de elefante.

Los vendedores ambulantes pasan por entre la multitud pregonando narices y calvas postizas que llevan en grandes cestas. A lo mejor algún panzudo matrimonio burgués, que pasea sus vástagos vestidos de coraceros, zuavos ó *incroyables*, se detiene ante uno de tales vendedores, y el marido, riendo como colegial que comete su primera calaverada, compra una estrafalaria nariz de cartón, que coloca sobre la de su rostro. Los niños celebran con carcajadas la gracia del papá, y la esposa, rebosando satisfacción, mira á cuantos la rodean, orgullosa de un marido tan chistoso y pillín que le ha deparado la suerte.

Si por Carnaval se entiende la fiesta de la alegría y el desenfreno, en ningún barrio de París como en el Latino se guarda la tradición de aquél.

En el barrio literario no hay disfraces anuncios, ni sus vecinos necesitan para divertirse las

M.C.D. 2018

mascaradas de los industriales. Los estudiantes, y sobre todo los alumnos de la escuela de Bellas Artes, son personas competentes en los asuntos de alegría y bullicio.

Las cabalgatas extravagantes se han sucedido unas á otras por el *boulevard* Saint-Michel, arrancando carcajadas al numeroso público que llenaba las anchas aceras. Los alumnos de la Escuela de Pintura han desfilado vestidos con sus largas blusas de taller y viejos sombreros de copa, llevando en alto, cuadros que sólo la policía permite se exhiban en el barrio latino; los unos por la suciedad de su asunto (en la verdadera acepción de la palabra) y los otros por ser capaces de causar rubor al más bigotudo *sargent de ville*. La tal procesión de la alegría, que estaría compuesta por más de quinientos individuos, deteníase á cada momento, y todos ellos con acompañamiento de serpentones, roncos tambores y discordantes sonidos de la hojalata, bailaban infernales danzas empujando á los curiosos, y cometiendo otras acciones, malas para ser contadas, pero que arrancaban alaridos de sorpresa y alegría á las muchachas, las del barrio, que á veces eran lanzadas por un brazo vigoroso al centro del vertiginoso corro.

Pero de todas las comparsas estudiantiles, ninguna llamó tanto la atencion como la formada por alumnos de la misma escuela y que representaba un ejército romano.

Cuanto de extravagante hubiera podido imaginar Goya al dibujar uno de sus fantásticos car-

M.C.D. 2018

tones, veíase allí realizado. Abrían la marcha un pelotón de lanceros romanos, montados en... velocípedos, y seguían tras ellos las vencedoras legiones, cuyos soldados ostentaban como tonelete ó sayo la camisa con los faldones al aire, alpargatas españolas á guisa de sandalias, casco de bombero á la cabeza con plumaje de palmas de escobas; cual escudo defensivo, tapaderas de ciertos lugares por lo excusados indignos de nombrarse, y por armas defensivas, el machete de artillería, el trabuco naranjero y hasta la navaja de Albacete. El divino César marchaba en el centro de su ejército coronado de ajos y envuelto en amplia toga formada con una sábana cuajada de manchas, y junto á él iba la emperatriz y sus damas vestidas casi tan sobriamente como se paseaban las amigas de Nerón por los jardines romanos.

Describir el ruido y algazara que acompañaban á tal desfile resulta imposible. Los espectadores gritaban locos de contento; el espacio se conmovía con los rugidos de la trompeta y los mugidos del caracol, y los soldados romanos detenían su marcha para bailar el can can, haciendo contorsiones desvergonzadas que hubiera envidiado un mico.

A la caída de la tarde desbandáronse las raras procesiones, pero sus individuos, comprendiendo que no era hora todavía de llevar á la cama el alcoholizado estómago, esparciéronse por el barrio cometiendo las más originales locuras.

Sobre un banco del *boulevard* escolar, un mu-

M.C.D. 2018

chacho, vestido de Dante, peroraba ante risueña multitud, ostentando en la mano una bandera tricolor. En algunos momentos el alcohol dejaba libre de trabas su lengua, y hablaba con una elocuencia natural, que agradaba al público. Bajo aquel disfraz y aquella estupenda embriaguez, se adivinaba al estudiante de Derecho, futuro orador que aprovechaba la ocasión de ensayarse arengando á las masas. ¿Quién sabe si Gambetta en su juventud haría lo mismo en este barrio que vió sus más floridos años? El elocuente Dante había momentos en que elevaba su palabra, y ondeando la bandera hablaba de la patria, de los deberes de los ciudadanos y de una porción de cosas todas á cual más sublimes, aunque para ello se valía de símiles extravagantes que le hubiera envidiado el estudiante borracho que aparece en *Los Miserables*; pero de pronto debió acordarse que estaba en Caruaval, y en medio de una brillante apología de la Francia, cayó del cielo al suelo y terminó su discurso diciendo que los tres colores de la bandera nacional eran hermosísimos, pero que él prefería más... tres merluzas fritas y un vaso de vino. Aquel arranque de elocuencia carnavalesca valió al orador el ser conducido en triunfo por sus amigotes.

Donde el Carnaval tiene su principal culto en París, es en los bailes de máscaras; desde los que se celebran en el gran teatro de Ópera hasta los que se verifican en el último saloncillo de Montmartre; pero éste es asunto ya demasiado

M.C.D. 2018

conocido para intentar hacer su descripción.

Al pasar el *Mardi Gras*, la gran ciudad ha recobrado su aspecto normal; pero no por esto debe creerse que terminaron las anuales fiestas de la locura. Muy al contrario; ahora es cuando principian, pues en París el verdadero Carnaval se celebra á mitad de Cuaresma, y es notable por las brillantes cabalgatas que organiza el gremio de lavanderas y los vendedores de los mercados.

En la fiesta de *Mardi Gras*, lo único que le da bastante semejanza con nuestro Carnaval son algunas comparsas de cuatro ó cinco individuos que vestidos de turcos ó de clowns recorrían los grandes *boulevards*.

Aquí todas las máscaras dan algo. Las que no regalan papelitos de anuncios, proporcionan empellones y crueles pisadas. Únicamente las citadas comparsas iban pidiendo dinero á todo el mundo, y para ello se valian de repiqueteo de castañuelas, golpes de pandero y alegres jotas entonadas por guitarras y bandurrias, que *madames* y *mademoiselles* oían con la boca abierta y aire abobado.

Inútil será decir que los que tal hacian eran españoles.

Es una cosa que consuela y hasta causa cierta satisfacción, que en esta Babilonia, donde las gentes de todas las partes del mundo vienen á dejar su dinero, la mayoria de los españoles sólo lleguen á sacárselo á los franceses bajo mil diversos pretextos.

M.C.D. 2018

Esto podrá demostrar cierta miseria en nuestro país, pero también denota viveza de ingenio y arte de la vida en nuestros compatriotas.

Causaba risa ver que aquellos alegres muchachos, que corrían por entre los grupos obligando dulcemente á las francesas á que llenaran sus panderetas de monedas, cuando encontraban á un español á quien tal vez momentos antes habían pedido dinero no reconociéndolo por compatriota, se empeñaban con esa nobleza brutal, propia de la raza, en convidarle *á unas copas*.

Somos aún los mismos de hace un siglo. Nuestro pueblo no cambia, y aunque modificados aparentemente por el progreso de las costumbres, resultamos todavía idénticos á los antiguos hidalgos, que antes que trabajar iban en busca de la sopa de los conventos, pero que á cambio de esto, los pocos ochavos que guardaba su escarcela los gastaban para encubrir su miseria, convidando con una loca prodigalidad.

12 de Febrero de 1891.

M.C.D. 2018

XX

EL VIAJE DE LA EMPERATRIZ.—LA SENSATEZ FRANCESA.—LOS ARTISTAS Y LA EXPOSICIÓN DE BERLÍN.—ENRIQUE REGNAULT.—LA «MI-CARÉME».—LAS LAVANDERAS DE PARÍS.—LA GENTE DE LOS MERCADOS.—PARA LO QUE SIRVE AQUÍ LA MONARQUÍA.

A juzgar por las noticias que aquí llegan del resto de Europa, la gran ciudad ha estado sobre un volcán (como diría un político de orden), sin darse exacta cuenta de ello.

La prensa extranjera, y especialmente la española, ha llegado aquí cargada de artículos y noticias de sensación, de los cuales se desprende que con motivo del viaje de la madre del emperador de Alemania á París, por menos de un pelo no han empezado los ejércitos franceses y germanos á romperse la crisma, convirtiendo los Vosgos en nuevo campo de Agramante.

Los parisienses no pueden menos de extrañarse al ver la importancia con que en toda Europa ha sido acogido un suceso que en esta capital no ha conseguido llamar la atención.

La emperatriz Federico se ha paseado por París bien á su placer, llevando una numerosa es-

M.C.D. 2018

colta de policía que miraba temerosa por todos lados como esperando que el mundo viniera abajo, y á sus oidos no ha llegado ni un ¡muera! ni un tímido silbido. Y eso que dicha señora, no sabemos con qué intención, ha tenido empeño en exhibirse en los barrios donde más abunda la gente revolucionaria y en visitar los puntos donde más tristes recuerdos se guardan de la pasada guerra, entre ellos el palacio de Saind-Cloud, bárbaramente incendiado por los prusianos.

La protesta contra la imperial viajera ha quedado reducida á una corona fúnebre que Paul Deroulede, ese fogoso poeta que en su extravío patriótico afirma que hasta el ropaje del Padre Eterno tiene los colores de la Francia, puso en el monumento á Regnault la tarde en que la emperatriz visitó la Escuela de Bellas Artes.

Hay que reconocer que Francia progresa y se hace cada vez más razonable en la cuestión patriótica. Acabaron ya aquellas famosas Ligas de patriotas, alborotadoras por costumbre, que de centinelas del honor nacional se convirtieron en instituciones nocivas para la república y el orden; borróse ya del cerebro de la mayoría del pueblo francés la eterna idea de la revancha y de la guerra á todas horas; hoy, en esta nación, se cree que los Estados no son fuertes por su poderío y grandeza militar, ni por las estupendas conquistas, sino por el trabajo, los adelantos industriales y la ciencia, y se empieza á tener un verdadero concepto de la patria, creyendo que

M.C.D. 2018

ésta no consiste en palmos más ó menos de territorio, sino en los hombres que lo pueblan, y que si la reconquistada Alsacia y Lorena ha de costar las vidas de dos ó tres centenares de miles de hombres, bien están dichas provincias en manos de los alemanes, pues de lo contrario sería peor el remedio que la enfermedad.

Esa patriotería que se reanima y crece con los redobles de tambor y el humo de la pólvora, está en carácter en los estados autócratas, en imperios góticos como Alemania, en naciones que carecen de grandes medios de vida y necesitan de la guerra y la rapiña para poder vivir; pero en pueblos como Francia, en las repúblicas laboriosas que rinden ferviente culto á la libertad, deben rechazarse esas aspiraciones guerreras que convierten á una raza en cuadrilla de bandidos que para subsistir necesitan cada veinte años entrar en lucha con los vecinos y arrancarles su riqueza, y deben hacer únicamente conquistas intelectuales en el campo de lo desconocido, remediando con ello las miserias de la humanidad, y teniendo la firme confianza de que á los ojos del porvenir valdrá mucho más la menor de las Exposiciones Universales que todas las victorias del loco Napolón I y todos los paseos de la bandera tricolor por los países vencidos.

Estas son hoy indudablemente las nobles aspiraciones del gobierno republicano, é idénticas son también las del verdadero pueblo francés, pudiendo asegurarse que á seguir por tal camino, la

M.C.D. 2018

prudencia y el derecho triunfarán sobre la insolencia y la fuerza, y al fin Alemania resultará vencida, pues sus innumerables ejercitos y sus vastos cuarteles serán su verdugo, mientras que Francia se engrandecerá con sus legiones de obreros, de inventores y de sabios, y por cada caserna que tenga su eterna enemiga, contará ella diez fábricas, templos elevados á la divinidad del progreso.

Atendiendo á estas justas y prudentes razones, París ha mirado con indiferencia la visita de la emperatriz alemana, y si ésta envolvía algún oculto fin, los autores de la trama han resultado chasqueados ante una actitud despreciativa, sin afectación, que ellos no esperaban.

Con la agitación producida por tal viaje y la protesta organizada por Deroulede, ha venido á tratarse otro asunto relacionado con aquél, y que consiste en si los artistas franceses deben acudir á la Exposición que va á celebrarse en Berlín.

La opinión pública se ha mostrado unánimemente contraria á que el arte francés esté representado en dicho concurso. Está aún reciente la gigantesca Exposición Universal que en 1889 se celebró aquí, y todos recuerdan que en aquél concurso, al que acudió el mundo entero, negáronse altivamente á tomar parte, no sólo el gobierno prusiano, sino los productores particulares de Alemania. Sería, pues, una candidez inconcebible el que esta nación fuera á enriquecer con sus productos la Exposición de un pueblo que

M.C.D. 2018

no ha mucho demostróle el mayor desprecio.

Además, en esta ocasión conviene dejar sólo á ese imperio soberbio y militante, para que su soberano, esa cabeza desequilibrada que tiene por única aspiración política imitar al gran Federico, y que pretende envolver á la Europa en una guerra, aprenda la diferencia que existe entre las naciones que todo lo fían á las armas y las que cuidan con ahinco del progreso intelectual. Si el emperador de Alemania quiere celebrar una Exposición artística, haga que sus sombríos feldmariscales ó sus gigantescos granaderos pinten cuadros ó cincelen mármoles y bronces, y si el éxito no corresponde á sus esperanzas, cúlpese á sí mismo, y para consolarse verifique concursos de cañones, ametralladoras, fusiles de repetición y demás medios de asesinar hombres, y entonces estará en carácter y demostrará una vez más lo que todo el mundo sabe: que el único artista verdadero de la Alemania actual es Mr. Krupp.

Como un argumento más para oponerse á que los artistas franceses vayan á Berlín, la prensa parisién ha recordado en estos días que justamente dicha clase es la que peores recuerdos guarda de la guerra con Alemania, y ha exhumado el recuerdo del heroico Regnault.

Enrique Regnault era una de las mejores y más ciertas esperanzas de la pintura francesa. Escritor tan notable como eminente artista, era de los mayores admiradores de las cosas de España, y sus cartas á los periódicos parisienses so-

M.C.D. 2018

bre asuntos de nuestra tierra bien pueden reputarse como la obra más limpia de falsedades y exageraciones que ha salido de pluma francesa, Entusiasta republicano y deseoso de que existiera la libertad en todos los pueblos, sintióse profundamente emocionado ante nuestra gloriosa revolución de Septiembre, y como testimonio de admiración á su caudillo, pintó el magnífico retrato ecuestre del general Prim que existe en el museo del Louvre, y que en este género de pintura tal vez no tenga igual en el mundo. Al estallar la guerra franco-prusiana, el joven Regnault abandonó Madrid para ir á morir por su patria, y en París se inscribió en el batallón de artistas, cuyo comandante era el célebre Messonier. Durante el sitio de la gran ciudad realizó notables hazañas, y en el último combate que los sitiados libraron en Buzenval con las líneas prusianas, alcanzó un fin tan trágico como glorioso. Cuando ya las tropas que formaban la columna de salida se retiraban derrotadas, Regnault, enardecido por la desgracia, siguió avanzando completamente solo, y haciendo fuego llegó hasta las mismas trincheras de los sitiadores, donde una bala le partió el corazón. Bien puede decirse que el último tiro que en Francia dispararon los alemanes fué para dar muerte al joven heroico, destinado á asombrar al mundo con sus obras.

Hoy Regnault tiene una estatua en el patio de la Escuela de Bellas Artes, en cuyo pedestal se leen los innumerables nombres de los artistas

M.C.D. 2018

muertos en aquella sangrienta guerra, y en este fúnebre monumento ha sido donde Deroulede colocó la corona antes mencionada.

Cuando todavía existe fresco en todas las memorias el recuerdo de Regnault, cuando aun viven muchos de los artistas que á su lado hacían fuego y con él compartían las fatigas de la guerra, sería un verdadero sacrilegio que la pintura francesa fuera á dar mayor lustre á una exposición que ha de redundar en honor del eterno enemigo de la Francia. Por esto la opinión de París se ha mostrado hostil á que fueran á la capital alemana los artistas franceses, y éstos han declarado por conducto de los pintores más ilustres, que ninguno de ellos asistirá á la Exposición de Berlín.

Puede, pues, darse por terminado este asunto. Además, la gran ciudad casi lo ha olvidado ya, pues el suceso culminante de la presente semana con su cortejo de alegría y bullicio, se ha encargado de borrarlo de su memoria.

El jueves celebróse aquí la fiesta de la *Mi-Carême*, ó lo que es lo mismo, el verdadero Carnaval.

París permanece un tanto tranquilo en los días que los demás países celebran la fiesta de las máscaras, y guarda toda su alegría para la Media Cuaresma.

Esta fiesta entra en el catálogo de las tradicionales, y en ella toman parte y son los verdaderos héroes, esas dos clases que cuidan de ensuciar nuestro estómago y de limpiar nuestra ropa: los

M.C.D. 2018

vendedores de los mercados y las lavanderas.

En la *Mi-Caréme* se llenan de máscaras las calles, más aún que en los días de Carnaval, pero éstas no constituyen más que la parte accesoria de la fiesta, formando la principal las clases antes citadas.

El personal que acude á los lavaderos, y el que vende desde la carne hasta los adornos para muertos en los grandes mercados, rivalizan en dicho día para presentarse públicamente con más *sprit* y ganar los premios que ofroce el municipio.

El dueño de cada lavadero alquila un enorme carromato que empavesa de banderas tricolores, flores de papel y escudos patrióticos, monta en él, vestido de negro como si fuera á una importante ceremonia, seguido de su familia, de todas las dependientas de su casa que tienen buen palmito, y de una charanga atronadora, y despues arrea los caballos hacia los *boulevards* deseoso de ver pronto los carros de los establecimientos rivales y apreciar si le sobrepujan en *arte* y buen gusto.

Cada carromato que pausadamente va rodando por entre la compacta muchedumbre es una verdadera Arca de Noé. Donde apenas si caben veinte personas van cincuenta. El dueño se exhibe con aire de satisfacción en el pescante al lado del cochero, ostentando en la negra levita los premios que ha ganado en anteriores años; sobre él saltan los niños de la casa vestidos de diablos ó de micos, mordiéndose el rabo y haciendo otra clase de contorsiones menos edificantes; en el

M.C.D. 2018

interior del carruaje y casi amontonadas van las lavanderillas, disfrazadas con toda clase de trajes que dejan á la vista las pantorrillas y el pecho, arrojando besos al público ó sosteniendo diálogos morales con los chuscos que miran desde las aceras; y en la trasera, mugen sin parar en las boquillas de sus instrumentos, media docena de músicos que parece tienen fuelles bajo los asientos, á juzgar por la inacabable cantidad de aire que encierran sus cuerpos.

Para comprender el encanto de esta fiesta, hay que considerar la diferencia que existe entre las lavanderas de España y las de París, y saber que aquí, la que todas las semanas viene á por vuestra ropa sucia, es una señorita, por lo regular bastante guapa, enguantada, bien vestida y con una gorrita á la moda, que deja en la calle el ligero cochecillo que ella misma guía, y entra en vuestro cuarto á la hora en que todavía estáis en la cama, para llevarse el envoltorio de lienzo con la dignidad del que cumple una gran misión, después de saludaros con una figura que envidiaría una colegiala.

Imagínese el lector, más de treinta carros rellenos de muchachas de tal clase, que llevan en el cuerpo la alegría propia de la fiesta y de un almuerzo fuerte, y que van enseñando... cosas que no se ven todos los días, y así podrá comprender por qué todo París acude en la *Mi-Carême* á los *boulevards* á presenciar el desfile de los lavaderos.

Las cabalgatas organizadas por los vendedo-

M.C.D. 2018

res de los mercados no llaman menos la atención. De muy antiguo existe rivalidad entre los mercados centrales y el de San Germán, en punto á presentarse en dicho día con mayor aparato.

Los vendedores y vendedoras de París, bravas gentes, que todos los domingos van al teatro y quedan extasiados ante los trajes de las operetas, están en sus glorias durante la *Mi-Carême*, y ponen á contribución todas las roperías históricas de la ciudad.

Ellos buscan siempre algún traje propio para montar á caballo y ceñirse un enorme espadón, esto sobre todo; y ellas su mayor deseo consiste en encontrar un traje igual al que vieron en la pasada semana á cualquier tiple de la Ópera Cómica.

Las dos cabalgatas de los mercados se anuncian en los *boulevards* con la estrepitosa é infernal trompetería que producen las fanfarrias formadas por taberneros, panaderos, etc., y tras esta introducción, desfilan de dos en dos un tropel de carniceros, hueveros y empleados del *halle*, que, montados en briosos corceles de alquiler, van vestidos de guerreros galos ó paladines de la Edad Media, con interminables mostachos y toda clase de armas ofensivas y defensivas. Estas buenas gentes toman en serio su papel, y semejantes á aquellos milicianos nacionales que gritaban *¡atrás, paisano!* á los mismos vecinos de su calle, van mirando con aire de compasiva superioridad á la gente que está en las aceras, y de seguro que hasta piensan en la cara de miedo que pondrían

M.C.D. 2018

los alemanes si los vieran por un agujero. A lo mejor, entre este tropel de fieros jinetes, se destaca alguna jamona de buen humor que durante el resto del año vende coles y remolachas, y que en dicho día, para lucir las formas que, según ella dice á sus amigos es lo único que le queda, se viste de pajecillo, se pone bigote de crepé y va bamboleando su hemisferico vientre y sus robustas posaderas sobre el huesudo jamelgo que, como Atlante, sostiene el peso de un mundo entero.

Después del grupo de jinetes, con acompañamiento de músicas ratoneras, va desfilando una larga fila de carruajes cargados de Catalinas de Médicis ó Marías Antonietas que tal vez á estas horas se habrán ya tirado de los pelos y dado de bofetadas en medio del mercado por chismes del oficio; de Enriques IV y Luises XIV que entre sí, amigablemente, apuestan vasos de vino para ver quién es más bruto y se carga fardos más pesados, y de Mariscales de Francia, que rara es la noche que dejan de visitar las comisarías de policía, por tener la bebida pesada y romperlo todo en las tabernas.

Estas originales cabalgatas, compuestas por el elemento selecto de los mercados, desfilan por las principales arterias de París, van á las redacciones de los diarios más populares á ofrecer ramos de flores á los periodistas, costumbre que demuestra el aprecio que aquí se tiene á la inteligencia y el respeto que hasta los más ignorantes profesan á los hombres encargados de ilustrar al

M.C.D. 2018

pueblo y deleitarle intelectualmente; y cuando cierra la noche se dirigen á acabar la fiesta en cualquier salón de baile donde coronan la diversión con el *cancán* y borracheras estupendas.

Lo que en los *boulevards* llamó más la atención el jueves al desfilar las cabalgatas, fué una joven vendedora que había tenido la humorada de vestirse como las antiguas reinas de Francia en las grandes ceremonias.

La corona de refulgente pedrería falsa que ostentaba sobre la cabeza, era saludada por el público con generales carcajadas y vivas á la reina dados en tono de zumba.

Estos pueblos republicanos son muy irrespetuosos con el pasado y llevan su crueldad hasta el punto de no sacar á la calle reinas y coronas más que en los días de Carnaval.

Dícese generalmente, que Francia va adelantada en política algunos años al resto de Europa.

Pues si así es, hay que confiar, sin temor á pecar de exagerados, que pronto veremos todos los pueblos latinos cómo la monarquía pasa al catálogo de los recuerdos y es exhumada únicamente en los días de Carnaval para excitar el regocijo público.

28 de Febrero de 1891.

M.C.D. 2018

XXI

LA LLEGADA DEL BUEN TIEMPO

La gran ciudad saluda actualmente la llegada del buen tiempo.

Las nieves y las lluvias adelantándose á la gente *chic*, que de aquí á unos meses marchará á la campiña, se han alejado con dirección á sus posesiones veraniegas del Polo, y el velo ceniciento, fúnebre y monótono que cubría á París, semejante á las obscuras decoraciones que en ciertas obras escénicas se remontan para que quede á la vista la esplendorosa apoteosis final, se ha arrollado á un extremo del infinito, dejando al descubierto un cielo azul sin mancha alguna de nubes y un sol que, si no tan hermoso como el de España, es algo mejorcillo que la oblea roja que entre la bruma iba pavoneándose por el espacio en las tardes del pasado invierno.

París, se apresura á gozar del hermoso espectáculo que empieza á ofrecerle la naturaleza, con la misma ansia que el público de un teatro cuando le cuestan caro los billetes. Bien hemos comprado las caricias de este sol con largos meses de nieves y ventiscas.

Reinan universalmente las más extrañas ano-

M.C.D. 2018

malías. Muchos pueblos han hecho al sol objeto de culto como personificación de Dios, y esto ha sido siempre, no en estas regiones frías é ingratas que sólo la civilización logra hacer habitables, sino en aquellas donde la temperatura es elevada y donde el astro del día domina con tal imperio que, en vez de acariciar á los hombres con tibios besos, les envía agudos pinchazos, cuando no el cachete de la congestión ó la asfixia.

Aquí hubiera estado en su verdadero terreno la adoración del sol; aquí donde cada una de sus raras visitas es tan apreciada como la de todo aquel que trae lo que hace falta; y de seguro que su religión no hubiera desaparecido como en los países meridionales, pues no hay nada mejor para conservar el prestigio que prodigarse poco.

París, en estos días risueño, alborozado y rejuvenecido ante la llegada del buen tiempo, es semejante al esquimal, que después de una noche de seis meses, saluda desde la puerta de su choza la boreal aurora, nuncio de interminable día.

Todo parece cobrar otro aspecto: las tintas negruzcas que el invierno daba á la gran ciudad, bórranse bajo el enérgico brochazo que la naturaleza da con su pincel empapado en luz y colorido, y el sol, al igual del rey Midas de la leyenda que convertía en oro los objetos que caían en sus manos, va embelleciendo todo cuanto toca.

Rompiéronse por mil partes las cortezas de hielo de estanques y fuentes, y sus pedazos fueron devorados por el naciente calor; apagáronse

M.C.D. 2018

ya las más de las chimeneas, y sólo entre el bosque de tubos que crece sobre los tejados, alguno que otro lanza en el espacio su espiral de azulado humo; liquidáronse las heladas agujas que erizaban los negros troncos de los árboles, y éstos, aunque todavía desnudos y con el ramaje escueto é inmóvil cual osamenta de esqueleto, comienzan á sentir cómo hierve en las venas de sus leños la adormecida savia que sale de su letargo para extenderse desde el extremo de la más honda raiz á la punta de la altiva rama, y robando á la tierra sus más ricos gérmenes, salir fugitiva por la entreabierta yema, y suspenderse en el espacio tomando la forma de verde hoja, madre de la fresca sombra, de sabroso fruto que en su aterciopelado cutis ostenta los colores del iris, ó de gallarda flor que á cada caricia del viento contesta derramando oleadas de perfume.

Estamos en los preludios de esa revolución que anualmente estalla en el mundo vegetal. Nada á la vista delata la existencia de ocultas fuerzas que se agitan buscando la válvula de la expansión; la naturaleza, al igual de los pueblos en víspera de revuelta, permanece tranquila en la superficie y como sometida á la tiranía devastadora del invierno; pero no tardará en llegar la hora de la hermosa catástrofe y surgirá sobre las antes heladas tierras la deslumbrante democracia primaveral, la más hermosa de las estaciones.

No permite todavía el tiempo los paseos por los alrededores de París y el Bosque de Bolonia;

M.C.D. 2018

MUSEO BIBLIOTECA VALENCIA

pero en cambio la parte de este inmenso vecindario que no tiene que trabajar para comer, se esparce por los *squares* de los barrios y los jardines urbanos, como el Luxemburgo, las Tullerías y el Parque de Monceau.

¡Hermoso espactáculo el que todas las tardes ofrecen dichos paseos! A las dos, ó sea cuando los tres millones de estómagos que encierra París hacen la digestión del almuerzo, si es que todos han tenido con qué almorzar (lo que nadie podría dar por cierto), los citados sitios de recreo se ven invadidos por una multitud, perteneciente en su mayoría á esa clase acomodada y no rica que está tan lejos de la aristocracia como de la plebe, y que aprovecha las tres horas de sol que aun quedan del día para airear los cuerpos tostados durante cuatro meses por las chimeneas y entumecidos y viciados en el antihigiénico ambiente de cerradas habitaciones.

Miles de sillas orlan las anchas calles de árboles, y sentadas en ellas pasan el tiempo personas de todas clases que con deleitosa fruición gozan del halago de un sol que luce más que calienta. Caballeros panzudos y viejos leen los periódicos, teniendo al lado á la niñera pizpireta, que más que al nieto que lleva en los brazos atiende á los soldados de la guardia que en grupos se pasean frente á ella, y algunos de los cuales le hacen gestos tan expresivos como poco cultos; respetables señoras se entretienen en hacer *crochet* en el abierto bolso que guardan entre las rodillas, y

M.C.D. 2018

algunas veces hasta despachan su correspondencia con las gafas caladas y escriben sobre un cajoncito contenedor de artículos que bastarían para la más bien montada oficina; mamás jóvenes y elegantes, mientras los niños juegan á pocos pasos de distancia, se entretienen en hacer la crítica de cuantos pasean cerca ó trazan caprichosas figuras sobre la arena con las conteras de sus sombrillas, mirando con el rabillo del ojo á los paseantes machuchos que se paran á contemplarlas; y revueltas en este concurso sentado, se ven muchas niñas casaderas muy enfrascadas en la lectura de la última novela de Onhet ó de Pierre Loti, y que de vez en cuando levantan los ojos del libro para fijarse si distraídamente dejan al descubierto algo más que los pies, pues andan por aquellos alrededores cuadrillas de jovenzuelos de veinte años, que cuando no ejecutan suertes de gimnasia en detrimento de sus chisteras, buscan con la tenacidad de un Colón agradables descubrimientos que saludan con picantes comentarios y ruidosas carcajadas.

Turbas de niños chillan, corren, se empujan, caen en las anchas avenidas, y semejantes á pelotas de goma de vistosos colorines que rebotan sin interrupción de un punto á otro, saltan por las diminutas praderas esos graciosos cuerpecillos que asoman por entre las pieles del hueco y corto abrigo la picaresca cabecita envuelta en cascada de rubios rizos y cubierta por artística gorrilla.

M.C.D. 2018

La niñez es la edad más egoista en punto al goce del placer; así es que estas legiones infantiles de seres tan pequeños como diabólicos, se apoderan de los paseos en son de conquista y disfrutan de su propiedad absoluta con entera libertad. El paseante que descuidadamente pasa por entre el animado enjambre de pequeños, se expone á mil riesgos, y unas veces recibe en las piernas el latigazo dirigido al trompo de colorines que danza trazando caprichosas curvas en la arena, otras se enreda en el cordel de una comba, y cuando no, recibe un tremendo pelotazo que le arrebata el sombrero á larga distancia.

Los estanques, libres ya de sus cadenas de hielo, conviértense en procelosos mares que surcan vistosas balandras ó vaporcillos mecánicos, contemplando el curso y las aventuras de las liliputienses naves en su viaje de una á otra orilla, un inmenso concurso de chicos y grandes que miran con aire abobado.

El perpetuo vecindario de los paseos, los cisnes de los canales, las palomas de las casetas de los guardas y los gorriones de los árboles, toman parte en las alegres fiestas del buen tiempo, y con la confianza del que está en su casa y no puede ser molestado, se acercan á la gente y andan á picotazos, ni más ni menos que los hombres en la vida social, por alcanzar las migajas que les arrojan.

La presente época constituye el debut anual de muchas gentes á quienes nuestro Fígaro podía

M.C.D. 2018

haber incluído en la clase de los que se dedican á *medios de vivir que no dan para vivir*. Los paseos se cubren en parte de *tíos vivos*, caballitos de muelle, columpios y teatros Guignol. Estos últimos atraen toda la atención del público infantil, ansioso de contemplar por centésima vez las travesuras de Pierrot y los garrotazos de Polichinela.

Aunque parezca trivial, el aspecto que presenta el público de esos teatrillos al aire libre, no puede menos de impresionar al que siente interés por la infancia.

Es un espectáculo simpático el que ofrecen aquellas rubias cabecitas que escuchan con fruición las gatunas armonías que arranca un artista callejero á la cascada arpa, y celebran con risotadas las contorsiones de los monigotes que danzan en el diminuto escenario.

Sentados en las primeras filas están los niños vestidos de raso y terciopelo, y un poco más lejos los que ni tan siquiera llevan gorra y calzan zuecos, aprendiendo así en los primeros años de la vida, ó sea cuando reina la igualdad natural y el franco tuteo, que en el mundo existe una ley de clases que da por resultado tremendas desigualdades sociales. Pero estas divisiones establecidas allí por lo que cada uno paga, desaparecen en cuanto la alegría se apodera del bullicioso concurso. Cada palo que los autómatas se propinan ó cada ridícula cortesía que se hacen, es saludada con las mayores demostraciones de gozo, y en-

M.C.D. 2018

tonces se confunden unos con otros, acordándose únicamente de que son niños.

Contemplando tan bullicioso público pueden hacerse grandes observaciones. Hay muchachos que ríen á carcajadas, y á cada gracia de Polichinela saltan del asiento y frotan frenéticamente con las manos las rodilleras de sus pantaloncitos; pero hay otros que permanecen seriotes y estirados, sin que se note en su mofletuda cara expresión alguna de sorpresa. Estos por el tiempo han de sentarse con toga roja en los sillones del Tribunal de Casación ó figurarán entre las modernas momias que llevan el nombre de senadores. Algunas niñas rien como locas y se agarran convulsamente del brazo de su criada, campesina morenota y hombruna que todavía conserva el olor del establo donde pasó sus mejores años, y que mira al escenario con más asombro que los pequeños; pero otras, al dar rienda suelta á su alegría, inclinan la cabeza graciosamente, con la enguantada manecita se tapan la boca para que no se vean las melladuras producidas por la caída de los primeros dientes y hacen todo cuanto han visto á las niñas... mayores. Esas coquetuelas de siete años están destinadas á dar mucho que hacer á los futuros gomosos, que ahora corren tras el rodante aro, ó piden á sus niñeras con apremiante necesidad que los lleven á ciertos sitios del paseo y les aflojen la ropa.

La futura sociedad, se delata con todas sus pasiones y convencionalismos en esa generación

M.C.D. 2018

que hoy todavía es feliz, pues para gozar le basta espacio en que correr, algún que otro caramelo, y por toda aspiración artística las tontorerías de Guignol.

Una novedad encuentran ahora los parisienses en los paseos, y consiste en los juegos de ciertas sociedades infantiles, fomentadas con objeto de favorecer la robustez de la juventud.

En sitios reservados de los jardines funcionan estas sociedades, y los niños que las forman van vestidos con trajes de punto y gorrillas de los más vivos colores. Una enorme pelota lanzada por el maestro entre los dos grupos que los discípulos forman, es la principal base del juego, y todos se lanzan á cogerla, luchando ambos bandos por conservarla, y resultando vencedor el que consigue llegar con ella á determinado sitio.

Todo les está permitido á los jugadores para conquistar la pelota, lo mismo la puñada que revienta una nariz en sangre que la patada que levanta la piel, y el público se divierte y aplaude la furia con que los pequeños gladiadores, unas veces corriendo, otras boxeando y las más revolcándose y formando agitado montón, se disputan el apetecido triunfo.

Inútil resultará que digamos que este *ilustrado* juego es de origen inglés. Lo natural parece creer que la juventud que así se educa constituirá una generación de brutos que ni hechos de encargo para mozos de cuerda, pero aquí dicen que el tal juego es muy bueno y útil, pues desarrolla los

M.C.D. 2018

puños, y en cuanto á la inteligencia... de sobra la hay en el mundo.

Para los enjambres de pequeñuelos que han tenido que pasar muchos días tras los cristales de las ventanas viendo caer la nieve, esta es la época feliz, la época de los juegos y la alegría.

Algún día llegará á ser su recuerdo el más hermoso y sonriente de cuantos surgirán en su memoria.

La llegada del buen tiempo produce un doble placer en los hijos de París. Gozan de los esplendores de la estación, y al mismo tiempo evoca en su cerebro la dichosa época de la niñez transcurrida en estos mismos paseos.

Para los que viven lejos de la patria y esperan ansiosos la hora de volver á ella, resulta imposible este goce, y ante el despertar de la vegetación y la delirante alegría de la infancia, se sienten dominados por la pena, y en alas del pensamiento vuelan hasta los jardines, testigos de sus primeros juegos, y reconocen que los espectáculos de la naturaleza son siempre más hermosos vistos en la tierra que sustentó su cuna.

7 de Marzo de 1891.

M.C.D. 2018

XXII

LOS CONCIERTOS DE LAMOREUX

Todos los domingos, á las dos de la tarde, cuando la concurrencia es mayor en los Campos Elíseos, si hace buen tiempo, se forman grandes grupos frente á las cerradas puertas de un pequeño y lindo circo de paredes blancas como el mármol, y cuya entrada, que con sus columnas dóricas y frontón triangular, recuerda las construcciones griegas, remata en una bizarra estatua de la República, montada sobre el mitológico caballo alado.

Aquel es el local donde da sus conciertos la célebre orquesta que dirige Mr. Carlos Lamoreux. El pequeño circo, en medio de esta ciudad antimusical, que en gustos artísticos no va más allá de los alegres *couplets* de cualquier ópera cómica, es igual al frondoso y seductor oasis en el centro del árido desierto.

Allí se congregan los *amateurs* de la buena música, esa masa entusiasta que en todos los países tiene el mismo carácter, tal vez porque comulga en idénticos gustos.

La orquesta de Lamoreux es en París una verdadera institución. El que venga aquí con el pro-

M.C.D. 2018

pósito de ver cuanto de notable encierra la ciudad del Sena y se marcha sin oir un concierto de dicha orquesta, no puede decir que conoce todo lo sorprendente que encierra la antigua Lutecia.

Los conciertos Lamoreux no tienen rival en el mundo, y al decir de los inteligentes que han viajado mucho y hecho estudios profundos de la música en diversos países, las célebres orquestas alemanas ó las tan encomiadas bandas austriacas, no pueden ponerse en parangón con esos ciento cincuenta profesores que, como autómatas y con una precisión asombrosa, obedecen á la batuta del primer maestro director que tiene Francia.

Hay una circunstancia que aun hace más atrayentes dichos conciertos, y es el afán que demuestra Lamoreux en dar á conocer las obras de los grandes maestros de todos los países. Adorador incondicional del genio, no se deja llevar de las sensiblerías patrióticas de los franceses; para él no hay música alemana, ni italiana, ni de la triple alianza, y allá donde encuentra el arte lo recoge y va después satisfecho á ofrecerlo al público de la gran ciudad.

Lamoreux hace ya algunos años que está sosteniendo á favor del ilustre Wagner una ruda campaña con la patriotería de París. Cuando el *Lohengrin* fué silbado y estorbada su representación por las masas del *chauvinisme*, el tenaz maestro no se desanimó por ello, y á los pocos días, ya que la obra del genio alemán no podía presentarse sobre las tablas, la dió entera en uno de sus

M.C.D. 2018

conciertos con partes cantantes y hasta con acompañamiento de coros.

A él deben los *dilletantis* de París el conocer á Wagner tan completamente como no se le conoce fuera de Alemania. *Tristán é Isolda*, *Los maestros cantores de Nuremberg*, *Parsifal*, *El Crepúsculo de los dioses*, *Sigifredo* y otras obras del inmortal maestro alemán, han sido interpretadas por la orquesta de Lamoreux, y algunas tan por completo, que sólo faltaba la representación escénica para que la ilusión fuera completa.

En los programas de todos los conciertos figuran por lo menos dos números reservados á las obras de Wagner, é intercaladas entre estas van regularmente producciones tan inmortales como alguna de las diez sinfonías de Beethoven, las arrobadoras producciones de Schumann, ó fragmentos del *Sakowtala*, del húngaro Goldmarck, compositor tan inspirado como poco conocido.

El circo donde Lamoreux da sus conciertos es muy pequeño; y como los gastos que acarrean tanto cantante y músico son muchos, de aquí que los precios de entrada sean algo caros, costando cinco francos las localidades más baratas, á pesar de lo cual todavía experimentan aumento en los días que se ejecutan piezas que exijen gran masa coral.

Esto no impide que todos los domingos se llene el circo por completo. Las localidades más caras las ocupa un público elegante, en el que figuran las notabilidades artísticas y literarias de París,

M.C.D. 2018

y las altas galerías quedan rebosantes de esa masa especial, y bien puede llamarse cosmopolita, que en todos los países constituye el elemento entusiasta é impresionable de las audiciones musicales. Solteronas rancias que en sus buenos tiempos brillaron en el Conservatorio, y que llevadas de la afición al arte que ha ocupado toda su vida, van á oir ahora la nueva música para teclearla en su piano, á los pocos días, entre una fantasía de *Lucia* y otra de *Norma* que les recuerdan sus floridos años; señores viejos y ciegos á quienes su desgracia no deja otros placeres que los auditivos, y estudiantes atacados de feroz monomanía musical, que entran los primeros en la sala de espectáculo, buscan el rincón que ocupan por derecho propio hace ya mucho tiempo, y poniendo su abrigo de modo que sirva de mullido asiento, casi se tienden sobre el banco para escuchar más cómodamente los números del programa. Intercalados en tal público, se ven grupos de niños ó niñas con uniformes que pertenecen á las escuelas municipales de París, y á quienes el ayuntamiento da entrada gratis en los conciertos y facilita la educación artística mediante la subvención que anualmente concede á Lamoreux.

En ningún espectáculo del mundo se guarda el orden y la compostura que en dichos conciertos. Apenas el director empuña la batuta, reina en el público un silencio absoluto que no es interrumpido durante los pasajes de las obras, ni por el más pequeño murmullo de aprobación; y

M.C.D. 2018

así que empieza cada número del programa, se cierran las puertas del local, no dejando entrar á los nuevos espectadores que llegan, hasta que termina la ejecución de la pieza, para que de este modo no turben el general recogimiento con sus pasos y sus preguntas á las acomodadoras.

La orquesta de Lamoreux delata solamente en la manera de situarse la dirección de un gran artista. Está colocada como en una escalera, en forma de triángulo, cuya base arranca del último piso del circo, bajando por el graderío hasta descansar el vértize en el centro de lo que antes era la pista.

El director ocupa la parte baja, ó sea dicho vértize, y ante su vista tiene aquella enorme masa de hombres é instrumentos escalonados que forman largas filas, estando cada una de éstas elevada más de medio metro sobre la que tiene delante. De este modo Lamoreux, colocado abajo, domina y ve desde las manos hasta la cabeza de todos los individuos que forman su numerosa orquesta.

Rara vez podrá encontrarse una precisión tan matemática, una inteligencia tan admirable como la que existe entre dicho director y su orquesta.

Alza Lamoreux su batuta, y el agitado cañaveral que forman los arcos de los violines sube sin que ninguno de éstos sobresalga un milímetro sobre los demás; á la menor señal, los instrumentos de metal ó los coros callan ó dejan oir sus voces con una precisa prontitud que asombra, y no

M.C.D. 2018

parece sino que aquella inmensa masa de músicos y cantantes, graves y fijos en su trabajo, que lucen elegantes fracs y deslumbrantes pecheras, son una colección de autómatas cuyos hilos de movimiento van á reunirse formando un haz en las manos del maestro, que los maneja á su voluntad.

Además pocos directores podrán encontrarse como Lamoreux. Este posee á la perfección esa facilidad difícil, propia de los grandes artistas, y hasta en las obras cuya ejecución implica mayor compromiso, y que otros dirigían agitándose como energúmenos, sudando como peones del campo y abofeteando el aire con grandes manotadas, él muestra cierta dejadez y frialdad aparentes; apenas si separa la batuta dos palmos del cuerpo, y para los ruidosos acordes que algunos señalarían volteando los brazos hasta trazar circunferencias completas en el espacio, le basta una pequeña indicación con la mano izquierda.

En la tal Sociedad de Conciertos todos saben su deber. Lamoreux vive en artística familiaridad con sus subordinados, y desde el violín concertino al que toca las campanillas chinescas, lo mismo el tenor que el último corista, todos penetran en sus intenciones de director, y ayudados por sus conocimientos le siguen con pasmosa facilidad.

Estos conciertos han venido á establecer en París como una moda musical: las obras van pasando ante el público, que durante meses ente-

M.C.D. 2018

ros se encariña con ellas, y después las deja en olvido relativo para conceder su favor á otras que llegan revestidas de la seducción de la novedad.

Dos obras entusiasman ahora á los *dilletanti* parisienses y ocupan un lugar preferente en los programas de todos los conciertos: la sinfonía en *mi bemol* de Schumann, composición grandiosa y atrevida que el ilustre maestro alemán escribió en Colonia en 1850, inspirado por la visita á su legendaria catedral, y que tituló *Sinfonía Rhiniana*, y los más notables fragmentos de *Los Maestros Cantores de Nuremberg*.

Esta obra de Wagner ocupa un lugar aparte entre todas sus óperas, pues pertenece á un género completamente nuevo, y tal vez por esto el gran compositor la distinguía con especial cariño.

Los Maestros Cantores, considerada por un punto de vista, puede titularse *ópera filosófica*, y mirada bajo otro aspecto bien puede ser llamada en la jerga del día, una *ópera burguesa*.

No hay en ella luchas de brutales pasiones ni espíritu romancesco; no figuran amores de caballeros del cisne, ni aspiraciones de Tanhauseres y apariciones de Venus; sus protagonistas son honrados menestrales, y toda la esencia del poema dramático es la lucha entre el genio libre y espontáneo y el pedantismo de escuela. Dicho poema tiene por argumento los actos literarios de la có-

M.C.D. 2018

lebre corporación de artesanos de Nuremberg, que durante los bárbaros siglos de la Edad Media, se reunía todos los domingos en la iglesia de Santa Catalina con gran pompa y asistencia del pueblo entero, para estudiar y ejercitarse en las reglas de la poesía.

Los Maestros Cantores es una ópera simbólica en la que Wagner ha condensado su historia, pues el protagonista que sintiendo chispear en su cerebro la llama del genio batalla con los poetas tradicionales por no sujetar su inspiración á las reglas estrechas y puramente ficticias de éstos, es la imagen del mismo compositor alemán luchando fuera de los moldes cerrados de todas las escuelas y confiando en la fuerza de sus alas para volar por su cuenta en el cielo del arte.

Explicar el carácter de la música de dicha obra resulta imposible. Unicamente puede significarse algo, diciendo que es tan original que ni aun se parece á la música de las demás óperas de Wagner.

Indudablemente oyendo *Los Maestros Cantores*, fué cuando el mundo artístico de la tradición gritó *¡anatema!* y decretó que la música del compositor revolucionario era una amalgama confusa de ruidos espeluznantes.

Efectivamente; la primera vez que escucháis algunos fragmentos de dicha obra, especialmente del tercer acto, os estremecéis ante aquellos tremendos trompetazos, que parece van á derribar

M.C.D. 2018

la techumbre del local y hasta os ponéis nervioso y deseáis que acabe cuanto antes la ensordecedora amalgama que creéis compuesta para desgarrar los oídos.

Pero los que han hecho la crítica y han formado juício de Wagner después de una sola audición, son semejantes á aquel que para contemplar un fresco de Miguel Angel se arrimara á la misma pared, y al ver las colosales pinceladas, los grandes pegotes de color que nada indican y algunos metros de muro manchados solamente por dos ó tres tintas sin estar encerradas en el contorno de un dibujo, se retirara diciendo que el ilustre Buonarrotti era un mal enjabelgador de cocinas.

Dejad espacio entre el fresco y vosotros poniendoos á distancia, y de lo que antes creíais colosales manchas de color lanzadas al capricho veréis surgir la gigantesca obra del genio pictórico; retardad el juício ante Wagner, estableciendo entre la primera impresión y la opinión definitiva algunas audiciones, y entonces experimentaréis cierta vergüenza al conocer lo que encierra aquello que creíais inarmónicos y extemporáneos rugidos del metal.

Conforme los oídos van domesticándose con los latigazos que el avasallador genio os dirige en las sucesivas audiciones, se descubren nuevos horizontes, se encuentran armonías gigantescas y atrevidas como esas arcadas que se lanzan en el espacio apoyadas en débiles columnas y que parece van á venir al suelo; se siente asombro

M.C.D. 2018

ante combinaciones inesperadas y cambios de tono casi imposibles; el alma se conmueve cuando ve agigantarse por momentos un algo que no presentía y que si no se llama genio sobrehumano no puede recibir otro nombre; y al fin, semejante á la imagen radiante de luz y de belleza que en ciertas obras escénicas aparece en medio de espantoso aquelarre ó danza diabólica, de entre aquel mundo de sonidos, surge y va hasta vosotros una emoción artística tan conmovedora, que no podéis menos de acordaros de aquellos hombres del Génesis que al aparecérseles Dios entre relámpagos y truenos sentían tal impresión y quedaban tan deslumbrados, que para no cegar se arrojaban al suelo.

La danza de los aprendices en la pradera del Peguitz y la gran marcha de las corporaciones, son los dos fragmentos de *Los Maestros Cantores* que más tardan en comprenderse; pero el día que el espíritu penetra en ellos, el ánimo se convence de que nada se ha escrito tan gracioso como la primera y tan majestuoso como la segunda, y hasta se duda de que por el tiempo haya quien pueda igualarlas.

Inútil ha resultado para los detractores de Wagner la tarea de difamación llevada á cabo á través de muchos años.

Inútil resulta que hoy haya gentes en París que se opongan al paso del genio.

Los árabes dicen llevados de su fatalismo, lo

M.C.D. 2018

que ha de ser, será; y la historia, al dividir los progresos del arte en ciclos, dará á cada uno el nombre del genio que resume todo el movimiento de la época.

Así como en las letras y la música el siglo XVIII es el siglo Voltaire y Beethoven, el XIX será para las generaciones venideras el siglo de Víctor Hugo y Wagner.

16 de Marzo de 1891.

M.C.D. 2018

XXIII

LOS TRIBUNALES

La manía criminalista que desde hace algún tiempo parece dominar á la sociedad española y la hace ocuparse, con el mismo interés que si se tratara de sublimes heroínas, de ciertas sirvientes domésticas complicadas en delitos ruidosos, con ser tan exagerada y aun perniciosa, no tiene punto de comparación con las aficiones que esta gran ciudad demuestra por los tribunales y los asuntos que diariamente se ventilan en ellos.

París vive en una atmósfera que bien pudiéramos llamar saturada de crímenes. Aquí están los mayores perversos de todo el mundo, que demuestran un talento sin límites en la comisión de los crímenes y en los medios de salvar su responsabilidad, y aquí se cometen igualmente esos delitos ruidosos que por un año ó más tiempo hacen célebres en toda Europa los nombres de algunos miserables que en sus ataques á la moral social demuestran una ferocidad que sería mirada con horror hasta por los pueblos más salvajes.

Esto hace que la gran ciudad muestre especial afición á los asuntos criminalistas, y buena prue-

M.C.D. 2018

ba da de ello la literatura popular de París. Más de veinte periódicos se publican aquí, cuyas láminas, chorreantes de sangre y erizadas de puñales, están dedicadas á la descripción de los crímenes de la semana, y por si esto no fuera suficiente, los diarios de más circulación insertan en su folletín las novelas que Javier de Montepín, Carlos Morouvel y otros fabricantes al por mayor de delitos imaginados, producen sin cesar, siempre bajo el mismo patrón que no varía en ninguna circunstancia, pues en todas es idéntico. En el capítulo primero, comisión del delito misterioso sin que ningún indicio delate quiénes son sus autores; en el segundo, las instrucciones que el comisario de policía da á un agente tan listo como astuto y valiente, el cual en todo el resto de la novela va poco á poco desenmarañando la madeja hasta dar con los verdaderos criminales, salvándose de este modo los dos inocentes, que siempre son de distinto sexo, y en el epílogo, para que el lector no quede mal impresionado, se casan y.. *aquí terminó el sainete.*

Esta literatura especial, fabricada, no sólo para el público parisién, sino para el de todo el universo (pues tales novelas alquilan el folletín de la mayoría de los periódicos del mundo y extienden la creciente afición á los crímenes) sostiene el interés de este pueblo y le hace estar continuamente preocupado por la averiguación de los delitos.

La sección de las guías de París, que marca

M.C.D. 2018

todos los puntos de distracción pública, debía hacerse en esta forma: Teatro de la Gran Opera; Palacio de Justicia, etc. Ningún espectáculo existe en esta metrópoli europea que atraiga tanto la atención como la vista pública de un crímen ruidoso. Las mismas señoras que se exhiben en los palcos de la Opera acuden á la sala de Audiencias ansiosas de emociones, y para solemnizar más el acto estrenan trajes apropiados á las circunstancias, y el público que no tiene billete de invitación se da cruelmente de puñetazos por entrar, y si usara la navaja como el de España, de seguro que se mataría al pié de las estatuas de la Justicia y la Ley.

Para apreciar la afición que aquí se tiene á asistir á los juícios, baste decir que cuando se iba á celebrar el del *affaire Gouffe* el Procurador de la República recibió más de veinte mil cartitas perfumadas y con femenina ortografía que eran otras tantas demandas de billetes para la vista.

Esta sociedad *fin de siecle*, desequilibrada intelectualmente, degenarada en las pasiones y poseída de una nerviosidad histérica, busca con ansia los hechos criminales, pues viendo desfilar á los protagonistas de éstos se reconoce á sí misma. Además, para esa gran masa de gastada moral que constituye el llamado gran mundo, y que ha llegado á definir el amor del modo más extravagante, son verdaderos tipos novelescos é interesantes esos Otelos al día que miran con indiferencia cómo su mujer legítima hace la vida ale-

M.C.D. 2018

gre, y en cambio asesinan á su querida por celos; ó esos tipos estragados que de seguro desprecian á una joven honrada y pura que les profese cariño, y conciben fogosas pasiones por la mas abyecta mercenaria del placer, qne llega á ellos después de haber rodado por entre centenares de brazos, y con sus seducciones los empujan al presidio.

Cuando tales aficiones demuestra esa clase privilegiada que cree que vulgo significa gente que no tiene coche y ha de trabajar para vivir, natural es que los que carecen de medios para instruirse se sientan también atraídos por los juicios penales y hagan los más estupendos esfuerzos para poder entrar en el local donde se dictan las sentencias ruidosas.

La gran sala del palacio de Justicia, tan vasta como destartalada y sin otro adorno saliente que un Cristo polvoriento y un busto de la república; ese local donde se dió á conocer por primera vez el joven abogado Ganbetta defendiendo al valeroso periodista Delescluze, donde Víctor Hugo pronunció el más sublime de sus discursos á favor de su hijo perseguido por delitos políticos, y donde han dejado oir su voz los hombres más eminentes de Francia, bien puede decirse que ha sido visitado por todos los habitantes de la gran ciudad, pues un buen parisién se consideraría deshonrado si no hubiera asistido á la vista de algún juicio de resonancia, y de éstos siempre hay uno todos los días, ya que en París existe un

M.C.D. 2018

verdadero vecindario de criminales que se encarga de dar ocupación á la justicia.

Todas las mañanas, algunas horas antes que los tribunales abran sus puertas, ya están las galerías del gigantesco palacio de Justicia ocupadas por un inmenso concurso, en el que figuran en mayoría esos tipos puramente parisienses que nadie sabe á qué se dedican ni de qué viven; hombres que á cien pasos apestan con su pipa de barro y su hedor á aguardiente de trapos, y que llevan como común uniforme, la gorrilla sobre el cogote, el traje de pana gastado y descolorido en los codos y rodillas, y gruesos zapatones que hacen temblar el pavimento.

Estos son los que constituyen el coro obligado de las representaciones que diariamente se dan en la *Cour de Assises*, pero á veces sucede que algunos de ellos se cansan de ser coristas, y llevados de la ambición de gloria y del deseo de sobresalir, pasan á primeras partes y se sientan en el banco de los acusados con escolta de honor que les da la gendarmería.

En ningún país del mundo se tiene menos respeto á la magistratura y demás encargados de administrar justicia, que en Francia.

Esto tiene su razón de ser. París es la patria de la caricatura; aquí con tal de hacer reir, nadie se detiene en poner en ridículo aun á las clases más respetables, y la magistratura no se ha escapado de sufrir tal tormento; antes al contrario

M.C.D. 2018

parece que los franceses tienen gusto especial en hacerla blanco de sus sátiras.

No hay dibujante que deje de publicar de vez en cuando una lámina con magistrados ó jueces en actitudes más ó menos ridículas, y el traje propio de esta respetable clase es adoptado como disfraz por la gente más escandalosa. Existen en Paris, cervecerías en las cuales descocadas muchachas sirven á los parroquianos vestidas con la roja toga y el archiridículo gorro de los magistrados franceses, y no hay escaparate de *bibelots* en que no se exhiba un juego completo de micos vestidos de jueces, ó de abogados en las más visibles posiciones.

Esta pública preocupación no ha nacido en la Francia moderna, pues data desde los tiempos de Moliere; pero hay que decir también que de ello tiene en parte la culpa la magistratura francesa, refractaria á toda costumbre de la actualidad y apegada á lo antiguo hasta el punto de usar los mismos trajes de hace tres siglos y considerar que no se puede sentenciar rectamente llevando barba, y que para ello es preciso ir afeitado como un cura, ó cuando más dejarse unas patillas que son la envidia de los *maitre d' hotel*.

Por otra parte la justicia popular no goza de mejor suerte, pues los escritores monárquicos se han encargado de ridiculizar á los honrados ciudadanos que cumpliendo la ley forman parte del tribunal como jurados.

De esta general opinión, se desprende en con-

M.C.D. 2018

secuencia, una falta de respeto á los tribunales que raya en lo inverosímil.

Cuando se está acostumbrado á la seriedad majestuosa de los tribunales españoles que nace de la costumbre y no de la imposición de nadie, y se asiste después á un juício oral en la *Cour de Assises* de París, se experimenta inmediatamente una gran extrañeza.

El público está aquí en la sala de sesiones como en su propia casa, y en cuanto á los acusados, cuando son preguntados por el presidente, responden con tan insolente familiaridad, que parece están hablando á un amigo con quien toman la absenta todas las tardes.

Raro es el dia en que los periódicos no consignan en su sección de tribunales alguna desvergüenza dedicada por el reo á los magistrados, pero esto carece de importancia si se tiene en cuenta que muchas veces el acusado, así que termina la lectura del veredicto, se quita cautelosamente uno de sus borceguíes, y como muestra de agradecimiento, lo envía á las narices del presidente, no importándole que su pena sufra el aumento de algunos años de presidio por desacato.

La severidad con que los tribunales castigan tan inconcebibles insolencias no basta á evitarlas; el mal ejemplo cunde, y el menos importante de los criminales franceses, se consideraría indigno de su profesión, si al presentarse ante *los langostas* (que así llaman á los magistrados por sus

M.C.D. 2018

rojas togas) no les dirigiera unas cuantas insolencias.

Recientemente se ha puesto en práctica una ley, por la cual, los autores de delitos considerados como no graves son indultados á continuación de la sentencia, quedando por cinco años sometidos á la condición de en caso de volver á delinquir ser castigados con las penas máximas que corresponden al primero y al segundo delito.

Esta ley favorable á los procesados y digna de agradecimiento, no ha producido efecto en muchos de ellos, ni evitado el que se den el gusto de insultar á los que les juzgan.

En la pasada semana un procesado que era el cuarto á quien comprendía dicha ley y que por tanto debía esperar le pusiesen en libertad apenas terminado el juicio, se expresó del siguiente modo al presentarse ante la *Cour de Assises*:

—Acusado, ¿cómo os llamáis?—preguntó el presidente.

—Feliciano Dubois.

—¿Vuestra profesión?

—Fabricante de bozales para la magistratura.

—¿Cómo? ¿Qué es eso? Volvedlo á decir.

—No soy abogado para fastidiar al público repitiendo muchas veces la misma cosa.

Inútil será decir que tales gracias han valido al chistoso sujeto cuatro años de hospedaje forzoso.

2 de Abril de 1891.

M.C.D. 2018

XXIV.

¡VIVA LA REPÚBLICA!

Este es el grito que esta mañana al despertar ha lanzado al viento la gran ciudad, y éste también el que resuena en el espacio en las últimas horas de la noche cuando escribo las presentes líneas.

París se entrega con el delirio del entusiasmo á celebrar la fiesta de la Revolución.

El aniversario de la toma de la Bastilla, el 14 de Julio, es una fecha que forzosamente ha de hacer surgir recuerdos sublimes en la memoria de un pueblo republicano que con sus entusiastas manifestaciones quiere rendir un tributo de respeto al valor de aquellos heroes que se sacrificaron por la regeneración politica de Francia primero y de la humanidad entera después, produciendo la deslumbradora epopeya revolucionaria, de cuyo seno tempestuoso surgió esa trinidad moderna que es el *Hoc signo vinces* de las clases oprimidas y el espantajo de los poderes absurdos y tradicionales: Libertad, Igualdad y Fraternidad.

Pocas fiestas se celebrarán en el mundo tan

M.C.D. 2018

hermosas y espontáneas como la del 14 de Julio en París.

La gran ciudad, desde los tejados de sus casas, las cúpulas de sus torres y la parte más alta de sus monumentos públicos, eleva en el espacio más de cuatro millones de banderas tricolores, qne ondeando agitadas por el fresco viento del verano, parecen entonar un himno á la República que es inmortal, pues si bien sufre accidentes antes de arraigarse en un pueblo, cuando llega á subsistir veinte años como en Francia, penetra en todos los corazones y no logran arrancarla los esfuerzos reunidos de las antiguas clases parásitas, ni la atemorizan las amenazas de sombrías alianzas europeas.

Las calles han estado intransitables, pues á más de su población de tres millones de habitantes, durante días enteros los trenes han vomitado sin cesar en las diferentes estaciones de París miles de viajeros, que vistiendo pintorescos trajes vienen de los últimos rincones de la Fraucia.

Los que estamos acostumbrados á vivir en un país regido tradicionalmente, donde las ovaciones populares al jefe del Estado se regulan por el entusiasmo que dos pesetas pueden producir en la chusma asalariada para dar vivas, no podemos menos de sentir impresión ante una fiesta cual ésta, tan espontánea como sublime, en la que suena la aclamación del convencido, no la del mercenario, y en la que toman parte todas las clases sociales.

M.C.D. 2018

Para una fiesta tan asombrosa, la autoridad no publica aquí como en España bandos interminables encabezados con el imprescindible *ordeno y mando*. pues ha bastado ahora, como todos los años, una sencilla alocución de la corporación municipal en la que no se hace la menor imposición al vecindario.

«El 14 de Julio—ha dicho el municipio á los parisienses—es el hecho más grandioso de la humanidad que se regenera derribando la obra de la tiranía y proclamando los sublimes *derechos del hombre*. La República espera que sabréis conmemorar dignamente tan hermosa fecha. Engalanad vuestras casas, enarbolad en sus ventanas la bandera tricolor y que sobre ella pasen mugientes los ecos inmortales de la *Marsellesa*.»

El resultado, ha sido aparecer París en este día como cubierto por una verdadera orgía de azul, blanco y rojo, esos tres colores decretados por la Convención como bandera nacional, y bajo los cuales lucharon aquellos ciudadanos armados que á fines del pasado siglo se batían por la regeneración universal contra todos los tiranos de Europa coaligados.

Esta es la fiesta de la bandera nacional. Lo mismo tremola en el pararrayos de la torre Eiffel que sobre el imperial de los tranvías, y así luce sus colores sobre la cúpula del Panteon en cuyas criptas duermen el sueño eterno Lázaro Carnot, Latour d' Auvergne, Marceau y Víctor Hugo, como á la puerta de la taberna, donde los patrio-

M.C.D. 2018

tas, al son de orquestas más ó menos discordantes, entonan los cantos que mil veces han sonado como himnos de muerte en las batallas.

La fiesta de la Revolución, esa imponente ceremonia que comienza al amanecer con los disparos del triple cinturon de fuertes que ciñe á la gran metrópoli, ha ofrecido este año una novedad con la inauguración de la estatua de Danton, magnífica obra de arte emplazada en el boulevard Saint-Germain.

Era esta una deuda que la República tenía que satisfacer más ó menos pronto al hombre á quien más directamente debe la existencia. Hora era ya que en París el bronce perpetuara la atlética figura de aquel Hércules de la tribuna, cuya voz de trueno retumbaba sobre el Sinaí de la revolución para pronunciar una frase tan solemne como «sálvese la república aunque perezca mi nombre» ó hacer un testamento político en lo alto de la guillotina y faz á faz con la muerte, aconsejando al pueblo para ser vencedor «audacia, audacia y siempre audacia.»

La asquerosa baba de la calumnia había caído sobre la memoria del gran tribuno; sus grandes actos de energía, cuyas consecuencias toca hoy la Francia, tachábanse de vulgares asesinatos, y sus supremos esfuerzos para salvar la integridad del territorio de monstruosos abusos; pero afortunadamente un hombre ilustre, el doctor Rabinet ha dedicado su vida entera á justificar los actos del Júpiter tonante de la Revolución, y

M.C.D. 2018

hoy, aunque algo tarde, se ha hecho la luz, y el grande revolucionario adquiere la aureola á que era acreedor.

La casualidad crea muchas veces sarcasmos sangrientos. La estatua del tribuno popular, ha sido elevada en la parte media del boulevard de Saint-Germain, ó sea á la entrada mismo de ese barrio aristocrático que alberga á los representantes de la más rancia nobleza, cuyos antecesores estuvieron en las Cruzadas.

El hombre del 10 de Agosto; el que empujó al pueblo de París sobre el palacio de las Tullerías, en cuyo Carrousel entre el silbido de las balas y el fragor del combate murió la monarquía; el ministro que presidió las vengadoras jornadas de Septiembre, constituye un extraño espectáculo guardando en efigie la entrada de las elegantes calles donde residen los nietos de los que en aquella tormentosa época ó perdieron la cabeza en la guillotina ó fueron á hacer armas contra su patria á las órdenes de los príncipes refugiados en Coblentza. El porvenir es siempre una esfinge preñada de los más raros é inesperados contrastes.

La estatua de Danton, es sin duda la obra más hermosa en su género que ostenta París. El artista ha sabido dar al negruzco bronce la expresión ardiente de aquel tribuno, cuya voz tronando bajo la modesta cúpula de la Convención, se extendía por toda la Francia y llegaba hasta las fronteras para enardecer á los ciudadanos ar-

M.C.D. 2018

mados que se batían contra toda la Europa coaligada. El complemento de la atlética figura, que se yergue con la sublime convulsión de la elocuencia, son otras dos: la de un campesino que arrodillado prepara su fusil en ademan de defensa, y la de uno de aquellos pilluelos de la época, que con el gorro frigio á la cabeza y el tambor á la espalda, ofrece al grande hombre el laurel propio de los genios.

Cuando á las diez de la mañana, las amplias cortinas tricolores que cubrian la estatua cayeron al grito de ¡viva la República!, la inmensa muchedumbre prorrumpió en frenéticos aplausos que ahogaron por algún tiempo las marciales notas de la Marsellesa que entonaban las bandas municipales.

En aquella fiesta democrática reinó la franca y expresiva alegría propia de un pueblo que goza de entera libertad y se contempla feliz y con energía bastante para hacer frente á toda clase de peligros. Una hora después, en un lugar no lejano, verificábase otra ceremonia menos aparatosa y desprovista de ruidosos complementos, pero más conmovedora y sentimental.

Pocas veces he sentido una impresión semejante, á la experimentada á tal hora, en la gran plaza de la Concordia, cuyos extremos adornan las estatuas de las principales ciudades de la antigua Francia que simbolizan otras tantas regiones.

Ante la estatua de Strasburgo, esa capital de

M.C.D. 2018

las infelices Alsacia y Lorena que lloran amarradas al poderío de una nación que las tiraniza, fueron llegando y deteniéndose grupos de personas, al paso de las cuales se descubrían con respeto los transeuntes. Eran los desgraciados sin patria; los que los azares de una guerra han convertido en alemanes, cuando la sangre que circula por sus venas les hace mirar á Francia con el cariño que se guarda á la madre; los que esperan en silencio esa revancha que hoy constituye aquí un pensamiento nacional.

En aquellos grupos que llevaban coronas con melancólicas inscripciones, y que tristemente iban á depositarlas al pié de la gentil estatua, figuraban todas las clases sociales de las dos provincias perdidas. Allí estaba el patriota ardoroso, fugitivo por no sufrir las persecuciones y castigos de la policía alemana; el trabajador robusto del campo que prefiere sufrir la miseria en París antes que vestir el uniforme de los soldados del rey de Prusia; y las muchachas que siguiendo á sus familias vienen aquí á servir de criadas, y adornada la cabeza con el monumental lazo negro que semeja fúnebre y gigantesca mariposa, pálidas y de mirada triste, parecen otras tantas reproducciones de la imagen de la Alsacia, que apoyada en la cumbre de los Vosgos, contempla con sus llorosos ojos á Francia, como la hija infeliz que en brazos del audaz libertino llama á su madre para que la socorra.

Cuando se contemplan espectáculos como éste,

M.C.D. 2018

cuando se ve de cerca á estos seres que tenían una patria y hoy no la tienen, que poseen un hogar y un suelo propios y se ven forzados á abandonarlos por no poder sacrificar su conciencia, es cuando se comprende que si la justicia y el derecho no son palabras vanas, si es que hay algo superior á la voluntad de los hombres, algún día ha de sonar la hora de las supremas venganzas.

Polonia debe recobrar su ser: Alsacia y Lorena deben volver á ser francesas, ó de lo contrario habrá que confesar que en el mundo no existe ya más derecho que el de la fuerza brutal; que las naciones, para engrandecerse, han de proceder como los bandidos, y que la humanidad tiene que acatar con calma los hechos consumados, aunque éstos constituyan inauditas infamias.

Por fortuna se aproxima el momento en qué se resolverá la entablada cuestión internacional en el mismo terreno en que fué iniciada. Hace veinte años que Francia se dedica á la organización y fomento de su ejército, y el notable estado en que éste se encuentra, ha quedado demostrado en la gran revista celebrada en el inmenso prado de Longchamps.

Ochenta mil hombres fueron revistados por el general Sausier, gobernador militar de París, ante la presencia de Carnot, de los embajadores, de los diputados y senadores y de un inmenso gentío.

No pretendo hacer una detallada descripción de tal acto, pues espacio y sobre todo competen-

M.C.D. 2018

cia me faltan para ello; pero basta decir que contemplando el ejército francés del presente, salta al momento á la vista la enorme diferencia que le separa de las tropas del segundo imperio que con tanta desgracia hicieron frente á la invasión prusiana. Aquel soldado francés bigotudo, *feroche*, fanfarrón y con la pipa eternamente en la boca, que pasaba los días en el café tomando el agenjo y relatando campañas contra enemigos tan terribles como los medrosos ejércitos austriacos, los asustadizos chinos ó las desorganizadas guerrillas megicanas, es un tipo que afortunadamente para Francia, ha desaparecido ya; y el soldado que hoy tiene, aunque pequeño, de pobre aspecto y algo desgarbado como el español, es sufrido, animoso, robusto, obediente y capáz de esos nobles arranques propios en los reclutas y poco comunes en los matones de profesión.

La guarnición, que presenta 200 cañones, marchando en seis filas á todo galope, con una regularidad, que las piezas parecen atadas unas á otras, pues los cubos de las ruedas y las bocas de fuego no sobresalen unas de otras en la línea ni una sola pulgada, y que ofrece el magnífico espectáculo seis mil ginetes que maniobran á todo escape, agrupándose tan pronto en masa como formando pequeños pelotones, sin que se note la menor falta ni confusión, y que cargan en una extensión de medio kilómetro, parando rápidamente á la voz de ¡alto! y quedando de modo que ni un solo caballo avanza su cabeza un palmo

M.C.D. 2018

fuera de la larga fila, bien puede vanagloriarse de que no será vencída tan fácilmente por un ejército á quien hoy se alaba á ciegas únicamente por la comodidad intelectual que proporciona, ser adorador del éxito y elogiar siempre ciegamente al vencedor.

La gran revista del 14 de Julio, es un acto que demuestra al pueblo que se entusiasma con la república, como ésta ha sabido crear un ejército que con su sangre borrará las vergüenzas que proporcionó á la Francia la monarquía.

Si la patriótica fiesta es hermosa y alegre durante el día, no es menos bulliciosa al llegar la noche. Desde la bujía que luce en el fondo del farolillo veneciano al potente foco de luz eléctrica, y lo mismo la fila de vasos de colores que la artística guirnalda de llamas de gas, esparcen la claridad en el inmenso ámbito de la metrópoli y alumbran la alegría de un gran pueblo que, á pesar del enardecimiento, del entusiasmo y de las libaciones propias de las fiestas populares, no comete un solo acto que indique falta de cultura.

Más de mil plazas tiene París, y en todas han sonado esta noche las armonías de una orquesta más ó menos aceptable, y á cuyo son han danzado centenares de alegres parejas que muchas veces detenían su baile para aclamar á la patria y á la república.

Cuando se contempla una alegría tan general y expontánea; cuando se oyen tales aclamaciones, es inevitable el convencimiento de que la

M.C.D. 2018

forma de gobierno que hoy rige aquí, es eterna y ha venido á hacerse consubstancial con la nación.

Llegarán otros años con su aniversario de la revolucionaria fecha, y el pueblo seguirá aclamando esa forma de gobierno que en Francia tuvo su resurrección, y que es el porvenir de todas las naciones de la tierra.

La fiesta de este año ha acabado ya. Las músicas hacen oir su último bailable, las parejas danzan la postrer cuadrilla, el día empieza á empapar con la azulada claridad del alba el horizonte, y las iluminaciones lanzan sus últimos destellos.

El pueblo antes de retirarse á descansar aclama por última vez sus más caros ideales.

Siento deseos de imitarle, y puesto que dentro de poco voy á abandonar esta nación hospitalaria, digna por todos conceptos de respeto y gratitud, sea mi saludo de despedida, la aclamación que tanto ha vibrado hoy en mis oidos, conmoviéndome el corazón: ¡Viva la república!

15 de julio de 1891.

M.C.D. 2018

M.C.D. 2018

MUSEO NACIONAL CERAMICA
BIBLIOTECA
VALENCIA

ÍNDICE

Páginas

Al lector. 5

I.—El verano de Paris.—Los que se van y los que se quedan.—Elementos nuevos.—Ingleses y negros —Los agradecidos á la esclavitud.—Los destinos en la humanidad. 7

II.—Monliu Rouge y Bullier.—El cancancán y el pueblo francés.—Una frase de Carlos Max.—Las dos caras de los franceses.—Hasta donde llega su entusiasmo.—Lo que puede esperarse de los franceses. 16

III.—La aparición del invierno.—La «toilette» de París.—Los suicidios por miseria.—El romanticismo en las cocinas. 29

IV.—«Mireya» de Carlos Gounod.—La Provenza puesta en música.—La nueva obra de Massenet. —La Federal. 41

V.—La fiesta del millón.—«La Federal» de Massenet.—La juventud gimnástica. 48

VI.—El Domingo. 56

VII.—El entierro de Jofrin.—El cementerio del padre Lachaise.—El rincón de los federados.—El último día de la semana sangrienta.—El verdugo y las víctimas. 68

VIII.—Los nietos de los cruzados. 81

IX.—Las hijas de la noche. 92

M.C.D. 2018

X.—El Barrio Latino. 103
XI.—Los habitantes del Barrio Latino. 118
XII.—Estatuas y música. 133
XIII.—El invierno. 143
XIV.—Los nihilistas. 159
XV.—Los patinadores. 172
XVI.—El Noël. 185
XVII.—El barrio de San Sulpicio. 197
XVII.—El tiempo y los teatros. 209
XIX.—El Carnaval 224
XX.—El viaje de la Emperatriz.—La sansatez francesa.—Los artistas y la Exposición de Berlin.—Enrique Regnault —La «Micaréme.»—Las lavanderas de Paris.—La gente de los mercados.—Para lo que sirve aqui la monarquia. 234
XXI.—La llegada del buen tiempo. 246
XXII.—Los conciertos Lamoreux. 256
XXIII.—Los Tribunales. 267
XXIV.—¡Viva la República! 275

M.C.D. 2018

M.C.D. 2018

V. B. IBÁÑEZ

PARIS

M. B.

lo al escaso mérito de tales correspondencias, creyendo antes, que aquél era debido á la simpatía que el público dispensaba al que las había escrito.

Atendiendo á las indicaciones de varios amigos, que sentían ver entregadas tales producciones al olvido en que caen los trabajos periodísticos, el autor ha coleccionado sus cartas que hoy salen á luz con el título de *Paris*, (*Impresiones de un emigrado*) deseando que bajo la forma de libro, merezcan una acogida tan benévola, como al publicarse por primera vez en las columnas de un diario.

EL VERANO EN PAR
SE QUEDAN.—E
NEGROS.—LOS A
LOS DESTINOS EN

La gran ciudad
la crísis anual pro
portancia, donde
fortuna, que, grac
rigores de la Natur

El asfalto del
bosque de Bolonia
ricia del aristocrá
teatros están obsc
abre sus puertas c
salones están cerr
únicamente recibe
duos y monótonos
vida á una socieda
submarino; el salón
na descansa mudo
ximo invierno rep